Villanas 2

Mi bella pandora

Elizabeth Bowman



Selecta

Mi bella Pandora

BILOGÍA

Villanas 2

Elizabeth Bowman

Selecta

Prólogo

Wakefield Manor. Londres, invierno de 1816

En la atmósfera de la alcoba resonó el eco, lánguido y casi extinto, de un suspiro que encogió hasta casi aplastarlo el corazón de la joven que esperaba en el pasillo.

Eva ya no era una niña, tampoco una señorita necia: sabía exactamente lo que estaba a punto de acontecer.

Lo había intuido, de hecho, en cuanto Rose, la fiel doncella personal de su madre, acudió a buscarla con los ojos enrojecidos y una urgencia delatora en sus modos, de pronto aquellos extrañamente torpes y atropellados para lo que solía ser habitual en ella.

Había llegado el fatídico momento. Lo sabía.

Ojalá no hubiera alcanzado tan rápido semejante conclusión; le hubiera gustado poder ignorarla y barajar tal vez otras posibilidades, ¡cualquiera resultaría viable y mucho mejor recibida en tales momentos!..., pero sería una estúpida si siquiera se atrevía a poner en duda lo que resultaba tan obvio.

Su querida madre llevaba meses peleando a fuerza viva contra la de fúnebre crespón con el quimérico propósito de superar la tisis que

la había postrado en el lecho a finales del verano. Al parecer, tras todo aquel tiempo de agonía y, por momentos, de fugaces visos de esperanza, la descarnada figura había ganado finalmente la batalla.

Antes de traspasar el umbral, Eva se concedió unos segundos en el silencioso corredor en penumbra. Lo necesitaba, pues era consciente de que los siguientes minutos iban a resultar especialmente duros.

Se llevó una mano a la boca del estómago y allí la reposó, extendida la palma sobre la liviana muselina, mientras aspiraba una ingente y trémula bocanada que apenas fue capaz de retener unos pocos segundos en su interior.

Exhaló a continuación, intentando alejar de sí miedos y tanto dolor como albergaba dentro, tragó seco para intentar deslizar el nudo que apretaba su garganta, barbilla en alto y, lágrimas reprimidas tras los párpados, se adentró en la alcoba de su querida madre, sabedora de que al hacerlo acababa de traspasar el pórtico a otro mundo.

En efecto, el ambiente denso, cálido y agobiante que cargaba la atmósfera de la habitación la abofeteó con absoluta impiedad, como una llamada a la dolorosa realidad que se abría paso. Ya no había rastro de las fragancias florales que habitualmente envolvían a su madre; en ese entonces aquella estancia olía a linimentos, a sudoración y a dolor. A sufrimiento, a cansancio y desesperación.

Los cortinajes cerrados con celo y la escasa iluminación, apenas una palmatoria que latía sobre la mesita de noche, ayudaban a componer el escenario opresivo y tétrico en el que la señora Wakefield apuraba sus últimas horas. ¿Dónde habían quedado los tapices de mil colores? ¿Dónde los cuadros de paisajes rurales bordados con hilo de seda? ¿Por qué solo imperaban los claroscuros donde antes había luz y vida?

Recostada en el lecho en posición sedente, escoltada por infinidad de almohadones que actuaban a los costados a modo de sostén de un cuerpo desencajado, la señora Wakefield la observó acercarse a través de los párpados entornados. Al descubrir a su hija, a pesar de todo el dolor y de todo el agotamiento físico, la lánguida mujer sonrió.

Una elaborada cofia de encajes enmarcaba su rostro, en esos momentos más huesudo y cerúleo de lo que Eva recordaba; el cabello oscuro, suelto y larguísimo, deslizado sobre los hombros, ofrecía una imagen de la dama que permanecería grabada a fuego para siempre en la memoria de su hija.

—Eva, hija mía, acércate. —La voz gutural, como surgida de las profundidades de un sayo que pronto abandonaría el mundo de los vivos, supuso un innegable reclamo para la joven, que se sentó en el lecho, lo más cerca posible de aquella figura adorada para tomarle la mano, fría y finísima, apenas piel sobre hueso, y sostenerla entre las suyas en un vano intento de traspasarle calor y vida.

—Madre…

—Eva, querida —reiteró con gran sofoco la mujer—, mi tiempo se agota y debo partir —aspiró un hálito doloroso que la silenció un instante—. Siento en el alma tener que dejarte…

Eva tragó seco. Las lágrimas resultaron en ese punto ya imposibles de retener, de hecho, fue dolosamente consciente de cómo se deslizaban en raudos y silentes regueros por su rostro y de cómo, por momentos, velaban su mirada.

—No se sofoque, madre, descanse…

—No hay tiempo, querida —interrumpió la mujer; había urgencia en su voz—. Tu padre llegará en cualquier momento… —Un acceso de tos le sobrevino de pronto. Se llevó a los labios el pañuelo que apretaba en el puño libre y Eva distinguió las gotitas carmesí que lo

tiñeron de inmediato. No era la primera vez que su madre tosía sangre. De hecho así había empezado todo. Una vez se hubo recuperado de los sofocos y las sacudidas, la mujer continuó—. Quiero entregarte algo, hija mía, algo que debes tener tú. —Eva la observó con expresión interrogante—. Busca bajo las sábanas una caja que mandé acercar a Rose; ha de estar por aquí, en alguna parte…

Eva, sorprendida y confusa por la petición, levantó las sábanas que ceñían el cuerpo de su madre para rebuscar bajo ellas y efectivamente descubrir una bonita caja rectangular de madera, decorada su tapa con una talla que formaba el intrincado dibujo de una rosaleda. La tomó entre las manos; parecía bastante antigua y no pesaba demasiado, aunque resultaba obvio que contenía algo en su interior.

—Debes guardarla —pidió la señora Wakefield con inusitada firmeza.

Eva hizo ademán de girar la llave que asomaba en la cerradura metálica con forma de flor, pero su madre la detuvo de inmediato, al colocar la mano gélida y huesuda sobre la de su hija.

—¡No, no puedes abrirla, querida niña! —rogó, empleando para ello las escasas fuerzas que le restaban—. ¡Resulta imperativo que permanezca cerrada o tu vida, tal y como la conoces, cambiará para siempre! —Sus pupilas brillosas y anhelantes ornaban de desesperación aquella extraña exigencia—. Créeme: lo hará.

Eva la miró de hito en hito, tan asombrada como contrariada, mientras reposaba la caja sobre el regazo. La insólita demanda, amén de la insistencia de su madre, empezaba a asustarla tanto o más que las circunstancias de entonces.

—Solo prométeme que la guardarás, Eva, prométeme que no la abrirás ni permitirás que nadie más la tenga, que te limitarás a

custodiarla… —Las manos de la enferma aferraban con desesperación las de su hija—. Tu padre no puede saber de su existencia y tú no debes abrirla. —Movió la cabeza en negación—. Todo ha de permanecer como está, Eva, por tu bien, por tu futuro, es lo mejor… La caja ha de mantenerse cerrada —suspiró con gran agotamiento y, por un segundo, cerró los ojos; sus palabras a continuación sonaron como un reflejo de sus pensamientos—. Sería terrible si la abrieras y su contenido saliera a la luz; si eso sucediera, quizás ya no estés segura en ningún sitio…

—Madre, no entiendo…

La mujer jadeó en profundidad, su mirada angustiada fija en los ojos del color de los laureles de Eva, abiertos hacia ella de par en par.

Pareció que la buena mujer iba a decir algo más, pero entonces resonaron pasos en el corredor, lo que anunció la presencia de alguien que se acercaba con un vigor inesperado.

—¡Guárdala! —exigió con urgencia la dama, ya no había tiempo—. ¡Guárdala, querida mía, tu padre se acerca…!

Con una sonrisa y un cabeceo, la señora Wakefield puso fin a sus palabras.

Eva se apresuró a esconder la caja entre la vaporosa lazada del vestido, que descendía en cascada a su espalda, justo en el preciso instante en el que el señor Wakefield traspasaba el umbral. Su presencia, como un cuervo agorero y desafortunado a quien nadie solicita pero que siempre aparece cuando no se le espera, desestabilizó por completo el momento de intimidad entre madre e hija.

Eva se levantó de inmediato e inclinó la mirada al suelo.

Su padre le infundía un terror cerval y, desde muy niña, había aprendido a evitar su presencia y su cercanía tanto como fuera

posible. De hecho, Eva recordaba buena parte de su infancia escondiéndose de él, vigilando sus sonoras pisadas por la mansión para tenerlo localizado y evitar así cualquier posible encuentro; recordaba sus demandas en forma de gritos, sus puños descargándose sobre la mesa ante cualquier contrariedad y también el modo despótico en el que se dirigía al servicio.

Eva temía especialmente su mirada de acero, su voz de trueno y su corazón de hielo.

Severus Wakefield, marqués de Grafton, era digno merecedor de semejantes precauciones y en realidad jamás había intentado devaluarlas o suavizar la exposición que su conducta ofrecía a los demás. De hecho, y esto era algo que no había mejorado con el correr de los años, le gustaba considerarse a sí mismo poco menos que un dios supremo que campaba a sus anchas por sus dominios y entre un sumiso séquito de personajes a su servicio y disposición; y el caballero se encargaba expresamente de que al resto del mundo le quedara clara tal supremacía.

En Wakefield Manor, y en la mayoría de los círculos londinenses, el marqués de Grafton era observado como Zeus en su Olimpo y tan temido por todos como el propio dios que enarbolaba un rayo hacia el pueblo mortal. El hecho de ser uno de los pares más ricos y poderosos del imperio promovía sin duda tal arrogancia y despotismo por su parte.

Cuando el encumbrado caballero descubrió la escena entre ambas mujeres, una mueca sardónica asomó a su rostro, elevando un extremo de su grueso bigote canoso. Le asqueaba cualquier muestra de debilidad de carácter y aquel instante de meliflua despedida entre madre e hija simplemente le revolvía las tripas. Le semejó, por supuesto, tan estúpido como innecesario.

—Haz el favor de bajar a la sala —espetó a Eva, sin molestarse en

disimular su disgusto—. Martha te espera para continuar con la costura.

Eva encajó la mandíbula con dureza al tiempo que dirigía a su padre una mirada ceñuda cargada de resentimiento tras el velo acuoso que empañaba sus pupilas. ¿Ni siquiera con su esposa en el lecho de muerte iba a mostrarse compasivo o amable? ¿Ni siquiera podía concederle unos minutos a solas para despedirse de ella, la única persona en aquella casa que la amaba de verdad? ¿Acaso su frialdad no tenía fin?

No obstante nada dijo; se limitó a reprocharle con la mirada y en silencio toda su vida, los segundos necesarios para reflejar su verdadero sentir y, acto seguido, obedeció.

No podía hacer otra cosa. Callar y obedecer.

—Te quiero, hija, nunca lo olvides…

La voz de su madre la acompañó mientras cruzaba el umbral.

Eva cerró los ojos, aplastando en el proceso un mar de lágrimas, mientras el corazón golpeaba con dolorosa furia la carcasa de su pecho.

Aquellas serían las últimas palabras que escucharía de labios de Eleanor Wakefield.

Capítulo 1

Como solía acontecer de forma habitual, Martha invadió la alcoba de Eva sin anunciarse y esperar el posterior consentimiento. Siempre irrumpía en cualquier estancia como un vendaval: con inusitada impetuosidad y sin el menor escrúpulo a arrasarlo todo a su paso.

Y, de hecho, al igual que sucede con las fuerzas de la naturaleza, seguramente Martha considerara que en realidad no tenía por qué anunciarse o pedir permiso, mucho menos moderar sus ademanes, cuando entendía que todo el mundo se encontraba a su entera disposición.

Con semejante actitud intimidante y tales pensamientos por bandera, la joven conseguía empequeñecer todo cuanto la rodeaba simplemente con imponer —eso sí, sin tacto ni moderación— su sola presencia…, amén de ingentes oleadas de perfume, capas y mil capas de muselina, lazos, plumas y sedas exquisitas que la acompañaban y la envolvían como si de un voluminoso ornamento andante se tratara.

Apenas tuvo tiempo Eva de reaccionar con presteza a semejante invasión para ocultar en la gaveta de su *bureau* la caja de madera tallada. No obstante, los ojos rapaces de Martha, siempre

perspicaces y al acecho, percibieron el apresurado gesto, también el sonido del cajón al ser cerrado con urgencia.

—¿Qué escondes ahí? —preguntó suspicaz, acercándose con andares felinos—. ¿Acaso tu madre te ha dejado algo en herencia que no quieres mostrarme? ¿Joyas? ¿Adornos? —Elevó la barbilla con altanería para expresarse a través de los dientes apretados—. Se lo diré a padre.

Eva tragó seco, sintiéndose ligeramente intimidada. No podía permitir que su padre conociera la existencia de aquella caja, se lo había prometido a su difunta madre, y por supuesto tampoco sería bueno que Martha estuviera al tanto.

—Solo son unos pañuelos con las iniciales de mamá bordadas —dijo, encogiéndose de hombros para tratar de restar importancia al asunto. Se había aferrado a lo primero que se le vino a la cabeza, consciente de que semejantes bagatelas no captarían la atención de Martha. Arriesgándose ya del todo pero con intención de infundir peso a su excusa, añadió—: ¿Deseas verlos?

Martha compuso un rictus de absoluta desconsideración, elevó las cejas y parpadeó de forma repetitiva.

—¡Oh, qué tierno! —comentó, estirando una sonrisa despreciativa —. Quédatelos, por supuesto, tuyos son.

¿Qué podían interesarle a ella unos insignificantes pañuelitos? Si se hubiera tratado de un broche, de una pulsera o de una cadenita con una piedra valiosa…

Aclarada la duda, continuó paseándose por la estancia con aire analítico y, por supuesto, censor, bajo la paciente mirada de Eva.

Martha era fruto del primer matrimonio de Severus Wakefield, por tanto era medio hermana de Eva. Y al igual que sucedía con su padre, Martha adolecía de un exceso de arrogancia, vanidad y altanería que supuraba sin disimulo por cada poro de su piel.

¡Aquel par era tan distinto de la propia Eva y de cuanto había sido Eleanor Wakefield! Semejaba que allá donde ellos dos pisaran debía brotar agua y que el resto de los mortales se encontraba en la obligación perpetua de deshacerse en reverencias hacia sus prominentes sombras. De hecho, parecía que en todo momento ambos esperaran tal proceder.

Eva nunca se había sentido querida por su padre y mucho menos por su hermana mayor, quien desde el nacimiento la había mirado por encima del hombro y, en ocasiones, había llegado incluso a menospreciarla y ofenderla de forma explícita.

—Todavía a día de hoy no alcanzo a entender tu ridícula inclinación por las flores y las plantas verdes —observó Martha mientras deslizaba la yema de los dedos sobre la colcha de la cama, sobre el estucado de la pared y sobre la tela drapeada que formaba el dosel, todo ello decorado precisamente con las citadas representaciones—. ¿No te cansas de ver siempre por todas partes tanta flor y tantas hojas?

Eva, perfectamente sorprendida por el apunte, aunque no por el tono, abrió mucho los ojos mientras, por toda respuesta, se limitó a encogerse de hombros. A ella le gustaba su habitación, decorada en diferentes tonalidades de verde, y le gustaban los estampados de lavanda, lilas y campanillas que asomaban por todas partes. Le hacían sentirse como un hada escondida en su paraíso privado. Un paraíso surgido, por fortuna, en medio de un auténtico páramo desolado.

—¿Eres acaso una niña pequeña? —siguió Martha, ofuscada por la ausencia de respuesta, mientras arrojaba sobre la cama un cojín bordado con espigas de lavanda que había sostenido en alto para observarlo mejor y, a continuación, despreciarlo vilmente—. O peor aún, ¿eres como esas vulgares provincianas que aman el campo y

sus apestosos olores? —Bufó con desaire, obrando un aspaviento con la mano—. ¡Tanto bucolismo resulta ridículo!

Eva encajó la mandíbula.

Estaba acostumbrada a que Martha hiciera mofa de todo cuanto a ella le agradaba y, de hecho, cuanto más agradaba algo a Eva, más satírica parecía volverse Martha en sus pullas.

A ella le gustaba el campo, le gustaba la naturaleza y el aire libre. Le gustaban los pajarillos, el murmullo del viento entre el follaje, el rumor cadencioso de los arroyos y el olor de la tierra húmeda. En sus pensamientos privados, su fantasía más anhelada pasaba por poder vivir para siempre en el campo, lejos de la bulliciosa, sucia y gris ciudad. Lejos de Wakefield Manor.

Durante su niñez disfrutó muchísimo las breves temporadas que la familia pasaba en la residencia de campo de Hampshire, pero aquellos fueron tiempos pretéritos que ya no tenían trazas de regresar jamás. Y no solo porque su querida madre ya no se encontrara en el mundo de los vivos, sino porque tanto su padre como Martha detestaban abiertamente el campo y todo cuanto, según ellos, podía resumirse en la vulgaridad y los inconvenientes del ámbito rural.

Martha, a diferencia de ella, gozaba como nadie de las ventajas de Londres y de la privilegiada posición social que el ser hija de un par del reino le confería.

Le gustaban, y no lo ocultaba, las fiestas; le gustaban las tiendas de moda y gastar abusivas cantidades de dinero en vestidos y adornos; le gustaba asistir a la ópera y al teatro; y le gustaba especialmente la atención que recibía por parte de la sociedad tras haberse prometido meses atrás con el primogénito del barón de Riverside.

Un compromiso, por cierto, que parecía agradar de igual modo

tanto a Martha como a su padre. En el caso de Wakefield, sin duda lo hacía por el hecho de emparentar con otro par del reino de grandes relaciones en el Parlamento y un saquete tan sonoro como el propio; en el caso de la hija, por haber logrado alcanzar un compromiso, y la consiguiente promesa de matrimonio, una vez rebasado el cuarto de siglo.

—¿Puedo ayudarte en algo, Martha? —intervino Eva, todavía sentada frente al *bureau*, pero esta vez completamente volteada hacia Martha. Deseaba y necesitaba poner fin a su inesperada invasión y a la censura constante que percibía en los ojos de su hermana.

La aludida se paró un instante en medio de la alcoba para dedicarle una mirada larga e intimidante, deslizada a través de los párpados entornados.

Eva no podía saberlo, pero, mientras así la observaba, Martha era consciente de cómo borboteaba la inquina en su interior, de cómo las muelas encajaban con fuerza y las manos se cerraban en puños a los costados.

Debía realizar grandes esfuerzos para mantener toda su antipatía a buen recaudo cuando lo que más deseaba era agarrar del moñete a aquella tonta hasta provocarle el llanto. No sabía por qué en realidad, pero todo en el conjunto de Eva la desquiciaba.

Por supuesto sabía que debía contenerse y mantener las formas; eso sí, no iba a negarse el gusto de disfrutar al hacerla rabiar; con suerte podía que incluso acabara llorando sin necesidad siquiera de rozarla.

—Padre me ha enviado a llamarte —anunció en un tono teñido de falsa jovialidad—. El señor Montgomery está a punto de llegar y padre quiere que bajes y le entretengas.

Sin duda Martha disfrutó con la lividez que apreció en el rostro de

Eva. ¿Y no era cierto que su labio inferior principió de pronto a temblar?

—¿Yo? —preguntó horrorizada la joven, y tragó seco—. ¿Por qué habría yo de entretenerle?

Martha espurreó una risotada. En verdad estaba disfrutando. Y más que iba a gozar.

—¿Tal vez porque padre espera que te cases con él? —soltó sin mayor preámbulo, tras decorar sus palabras con un retintín insultante. ¡Y qué brinco de satisfacción se concedió su corazón al apreciar un nuevo gesto de espanto en la muchacha!

—Eso… Eso no puede ser verdad —balbuceó Eva, pálida ya como un difunto en su mortaja—. Debes de haber entendido mal…

—¡Por el amor de Dios, Eva, no se puede ser más ingenua; parece mentira que tengas dieciocho años! —Enarcó una ceja mientras sonreía con gran perfidia—. ¿Acaso no te has dado cuenta? ¿Por qué crees que el señor Montgomery se pasa tanto por Wakefield Manor últimamente?

Eva, rígida como cuerda de arpa, se sujetó al respaldo de la silla mientras miraba a su hermana mayor sin comprender nada. En efecto, desde el fallecimiento de su madre, meses atrás, el señor Montgomery los visitaba cada pocos días, pero ella jamás llegó a barajar la posibilidad de que aquellas visitas encerraran el propósito que Martha le presentaba.

—¿Porque es coetáneo de padre y se entienden bien? —No había rastro de certeza en su insinuación y sí un tono trémulo que no pasó desapercibido a la mayor.

Esta espurreó una nueva risotada antes de continuar mirando a Eva con largueza y un implacable halo de malignidad en sus pupilas.

—¿Eso crees? Entonces además de ingenua eres tonta…

La detestaba. Siempre lo había hecho. ¡Y albergaba tantas buenas

razones para ello!

Si bien Martha y Severus compartían un cabello caprichosamente rizoso y negro como ala de cuervo, ojos y cejas oscuras y una cierta robustez física que amenazaba, en el caso de la hija, con anunciar el prólogo de una obesidad prematura, Eva poseía un cabello azafranado, con sutiles ondulaciones que descendían en cascada por su espalda y sobre los hombros y que sin duda destacaba sobre su piel blanca como el armiño.

Cierto que ella misma poseía un rostro en forma de corazón de un alegre tono cereza y leche…, pero sin duda sus mofletes mostraban unas redondeces indeseadas e inexistentes en el rostro de luna llena de Eva, sus ojos eran mucho más pequeños que los de aquella y su nariz era demasiado corta y achatada.

Martha conocía sus limitaciones, conocía la realidad de su aspecto en comparación con el de Eva y, con gran rabia y desesperación, reconocía los dones con los que la pequeña había sido bendecida y que a ella le habían sido negados.

Eva era bonita, elocuente, cultivada y tocaba el piano con gran majestuosidad, cualidades todas ellas en las que Martha jamás había destacado. Ni le gustaba la música, ni el arte, ni podía conversar acerca de historia o literatura sin acabar bostezando.

Eva disfrutaba además de una figura esbelta y grácil que sin duda había heredado de su madre y que contrastaba con viveza con aquella otra facción de la familia, más robusta y redondeada. ¡Por el amor del cielo, si hasta los vestidos de luto, en lugar de afearla, le hacían destacar su piel de nieve y su cabello de fuego!

—Padre quiere que te cases con él y te casarás con él —cortó, ya no la entretenía seguir dando conversación a aquella necia. Se encogió de hombros—. Es tu deber como buena hija obedecer, así que ni sueñes con la posibilidad de negarte.

—¡Pero no es justo! —protestó Eva—. El señor Montgomery es demasiado… —Se silenció porque a su cabeza acudieron en tropel demasiados adjetivos, ninguno era amable, y no se sintió capaz de decantarse por uno solo—… Y a mí ni siquiera me agrada.

—No tiene que agradarte —azuzó Martha, encantada de ser ella quien le asestara la puñalada de realidad—. El matrimonio no siempre se trata de eso —suspiró con largueza, componiendo una exagerada expresión soñadora—. Claro que yo he tenido la fortuna de encontrar un futuro esposo que no solo es rico, sino también atractivo. —Se humedeció los labios con insidia antes de sonreír de igual modo—. Por supuesto no todas pueden gozar de esa misma suerte.

Eva inclinó una mirada ceñuda al suelo mientras apretaba de forma inconsciente el respaldo de la silla. No podía ser cierto. Su padre no podía obligarla a casarse con aquel hombre que le aventajaba al menos cuarenta años. No sería justo para ella cuando, hasta el momento, ni siquiera había pensado jamás en casarse.

—Alegra esa cara —remató Martha, dirigiéndose a la puerta—. El señor Montgomery es un hombre muy rico con grandes relaciones. Con un poco de suerte, y si no te mueres del asco primero, se morirá antes que tú y te librarás de él.

Capítulo 2

Randolf Montgomery era un hombre que rivalizaba en corpulencia con Severus Wakefield, aunque donde el señor Wakefield era alto y robusto como roble centenario, el señor Montgomery se acercaba más a la figura achaparrada y frondosa de una encina.

El caballero se había sentado a su lado en el tresillo estilo Luis XVI, demasiado cerca para el gusto de Eva —aunque era este un detalle que ni al señor Wakefield ni a Martha, supuestos centinelas morales de la menor de los Wakefield, pareció perturbar en absoluto —, y a pesar de que la joven intentó concentrarse en la degustación de su té, no podía dejar de observar por el rabillo del ojo al invitado, tal vez por mera precaución y a causa de la incomodidad que sentía y que en modo alguno era percibida por este, o tal vez porque su presencia suponía para su pupila lo mismo que una negra sombra que asoma en la línea de mira y estorba la visión.

Como ya había podido comprobar Eva en ocasiones anteriores, Randolf Montgomery sudaba de forma copiosa, y semejante circunstancia quedaba patente no solo a través de la coloración rubicunda de su rostro, sino especialmente en las pequeñas gotitas que perlaban su frente y la redondez de su nariz picada de viruela.

Del mismo modo, las largas y lacias guedejas agrisadas que el caballero cruzaba sobre la frente y en la parte superior de la cabeza en un penoso intento de retejar lo que había quedado al descubierto, lucían humedecidas y pegadas a la piel, como se pegan los líquenes en las paredes que el tiempo viste de humedad y verde.

Si en el pasado el exterior del caballero ya le provocaba a Eva cierta hilaridad —no solo por lo ajustado de su vestuario, demasiado escaso para una fisonomía tan generosa, sino por lo poco agradecida que resultaba la contemplación de su figura, en apariencia tan blanda como vientre de sapo—, el hecho de saberlo de algún modo interesado en su persona le hacía verlo con otros ojos.

Y aquellos ojos no eran capaces de encontrar nada grato en su presencia.

Mucho menos en su cercanía.

Y peor aún en su interés.

—Y dígame, señorita Wakefield —en un momento dado, el caballero se dirigió abiertamente a ella esbozando tal sonrisa en su rostro ruibarbo que Eva no pudo evitar estremecerse, pero resultaba impensable no atender a su demanda al encontrarse justo al lado, por lo que, muy a su pesar, volvió el rostro en su dirección—, ¿cuándo tendrá a bien deleitarnos con una pequeña concertina privada? Su padre me ha asegurado que es usted una pianista excepcional.

Eva quedó unos segundos en silencio. ¿Resultaría muy descortés negarse de pleno a una interpretación musical? Dirigió una rápida mirada a su padre, que estaba sentado en su sillón frente a ellos dos, y al parecer perfectamente atento al avance de Montgomery y a la posterior reacción de ella; la expresión implacable que descubrió en su mirada y en el gesto de sus labios apretados bajo el inmenso

bigote no dejó lugar a dudas: negarse resultaba absolutamente inviable.

—Mi padre es, me temo, demasiado benévolo en lo que a mi talento musical se refiere —comentó en voz baja, turbada al tener que pronunciarse en cuanto a la supuesta benevolencia, concerniente a cualquier término e inexistente en todo caso, de Severus Wakefield—. Debo practicar mucho más antes de poder tocar ante un público distinto a mi familia.

A los labios gruesos y amoratados de Montgomery asomó una sonrisa indescifrable que consiguió erizar el vello de la nuca de Eva.

—Que ese pequeño detalle se encuentre lejos de perturbarla, señorita Wakefield —afirmó con voz melosa, fijos sus ojillos de ratón en los verdes jades de Eva. Aprovechó para deslizarse con disimulo en el sofá y acortar, ¡todavía más!, la distancia entre los dos—. Creo poder afirmar, y sin temor alguno a equivocarme, que puede usted considerarme de la familia.

Y dicho eso, dilatada sonrisa en ristre y ojos achicados debido al gesto, levantó la diestra para rozar con los nudillos la mejilla de la joven en un indeseado intento de caricia.

En un acto reflejo, Eva alejó el rostro de aquella mano corta y gruesa que pretendía demorarse sobre su pómulo. Sus ojos quedaron prendidos en el enorme sello de oro que el hombre lucía en el meñique y que amenazaba con cortarle la circulación del quinto dedo.

—Al menos aspiro más pronto que tarde a semejante consideración… —remató.

Debido quizás al inapropiado gesto, a la mirada insidiosa o a la promesa implícita que encerraba aquella terrible afirmación, Eva sintió el avance de un frío acerbo que le devoraba los huesos y le congelaba sus entrañas hasta el punto de provocar en ella la

necesidad de abrazarse a sí misma, tanto para sostenerse como para tratar de mantener la temperatura corporal. En semejante tesitura, aterida como un difunto en su mausoleo, asustada por las palabras de Montgomery, y sabiéndose acorralada contra el brazo del sofá, tragó en seco, fijos sus ojos verdes en aquel que continuaba mirándola en tanto sonreía.

¿Era cierto lo que acababa de acontecer? ¿Randolf Montgomery la había acariciado a la vista de los presentes? ¿Había insinuado acaso que pronto pasaría a formar parte de la familia con la misma naturalidad de aquel que habla del tiempo o del estado de los caminos? ¿Y todo ello había sido tolerado por el marqués?

Mirándolo todavía de hito en hito e incapaz de parpadear, tal era la sorpresa experimentada ante la desfachatez de Montgomery y la pasividad de su propio padre, Eva pausó la respiración.

A su mente acudieron una serie de imágenes ficticias que consiguieron acelerar su corazón y apretar sus entrañas. Imágenes en las que Randolf Montgomery aparecía intentando cortejarla, intentando acariciarla de nuevo, intentando tal vez robarle un beso con esos labios gruesos y colorados…

Por fortuna, vivir sin respirar resultaba impensable, continuar alimentando semejantes desvaríos también, por lo que no tuvo más remedio que apartarlos de su cabeza y devolverse a la realidad con una amplia bocanada.

Miró esta vez a su padre, quien le sostenía una mirada cortante, a modo de silenciosa advertencia, que la arredró. Tal y como supuso, parecía muy lejos de sentirse disgustado ante la inapropiada iniciativa de Montgomery. Parecía, en realidad, ofendido ante el recelo de su hija y lo escasamente receptiva que se mostraba con el caballero amigo.

Miró después a Martha, y la sonrisa pérfida que asomó a los labios

de esta, amén del brillo idéntico que acusaron sus pupilas oscuras, terminaron por descomponerla del todo.

Así que iban a casarla.

En contra de su voluntad.

Todo parecía estar hecho.

¿Y en qué momento se le permitiría a ella opinar al respecto?

—Señorita Wakefield —intervino Montgomery de nuevo—, si le parece bien podríamos dar un paseo por la sala, me vendría bien estirar un poco las piernas…

Eva no pudo evitar dirigir una mirada horrorizada a aquellas citadas piernas embutidas en pantalones de lana blanca que terminaban justo bajo la rodilla. La visión de las medias de seda, que abrazaban las gruesas pantorrillas y formaban arrugas de tela por sobre los escotados escarpines negros, resultaba tan poco grata como la situación en sí.

—Yo… me temo que… Lo siento, señor.

Y en su cabeza no fue capaz de hilar una sola palabra más; tan solo atinó a levantarse del sillón con una vehemencia impropia, balbucear algunas palabras inconexas mientras la mirada se refugiaba en el suelo para abandonar acto seguido la sala a buen paso y esconderse en la soledad florida de su alcoba.

***

Tal vez fuera la necesidad afectiva, cada día más dolorosa e implacable, que tenía de su madre.

Quizás la añoranza de esta, que la devoraba a cada segundo para recordarle cuán sola se había quedado en aquella mansión en la que nadie parecía quererla, entenderla o siquiera tomarla en consideración.

Posiblemente se tratara de la desesperación de saberse acorralada y empujada a un destino dispuesto por otros y para el que no estaba preparada.

En realidad, puede que lo que sucedió a continuación no obedeciera a nada de lo anteriormente expuesto…, o que esto tan solo lo promoviera un poquito.

De seguro y sin necesidad de mayor justificación, todo fuera provocado por el simple hecho de que Eva, curiosa por naturaleza, había vivido durante meses abrumada por la expectación que le generaba aquella misteriosa caja.

Aun a sabiendas de romper una promesa, Eva sentía que necesitaba abrirla.

Llevaba mucho tiempo deseando hacerlo.

Tan solo la palabra entregada a su madre, amén del respeto reverencial que aquel trágico momento le infundía aun a ese día, la había mantenido con las manos quietas…, pero el corazón en vilo.

Necesitaba descubrir lo que fuera que su madre guardara con tanto celo en el interior de aquel pequeño arconcito de madera porque, de ese modo, podría sentirla cerca en esos momentos en los que Eleanor Wakefield ya no se encontraba entre los vivos.

¡Y bien sabía Dios cuánto necesitaba a su madre en aquellos momentos! Ella jamás habría consentido que Randolf Montgomery le fuera impuesto como futuro esposo; jamás hubiera permitido un abordaje como el que acababa de padecer a la vista de su propio padre y hermana.

¡Cuánta falta le hacían su querida madre, sus caricias amables, sus besos amorosos y sus buenos consejos!

Con las pupilas veladas por el llanto, después de encerrarse bajo llave en la alcoba y tras desoír la llamada de Martha y sus posteriores amenazas por abandonar la sala —y a su impuesto

pretendiente— sin consentimiento, rescató la caja del *bureau* y se sentó en el borde del lecho con ella sobre el regazo. Todavía su hermana aporreaba la puerta desde el otro lado, que deslizaba sutilezas hacia su persona y amenazas explícitas, pero Eva ya no la escuchaba.

En aquel instante, solo importaba aquella caja. La caja de su madre. Su último legado, del que ella era custodia.

¿Qué mal podría provocar si la abría? ¿Acaso no era una simple caja? Seguramente su madre había exagerado, pues ¿qué calamidades podían ocultarse en el interior de un pedazo de madera? ¿Qué más podría suceder, cuando ya lo peor había sucedido y lo que estaba por venir tampoco se retrataba agradable?

Durante algunos segundos, se limitó a mirar con fijeza el intrincado tallado que formaba la rosaleda de la tapa. Acarició cada tallo, cada hoja torneada, cada pétalo en relieve y hasta las abultadas espinas. Acariciar aquella bonita composición la obligó a cerrar los ojos un instante y a aplastar bajo los párpados las incipientes lágrimas.

«¡Resulta imperativo que permanezca cerrada o tu vida tal y como la conoces cambiará para siempre!».

Las palabras de su madre resonaron dentro de su cabeza. Su vida ya estaba a punto de cambiar, si la obligaban a casarse con Montgomery.

«Solo prométeme que la guardarás, Eva, prométeme que no la abrirás ni permitirás que nadie más la tenga, que te limitarás a custodiarla…».

Y así lo había hecho. Durante meses lo había hecho. Pero ya no tenía sentido continuar en la ignorancia.

—Perdóname, madre, pero necesito saber, necesito entender…

Tras inhalar profundamente para insuflarse arrojos, giró la llave

hasta escuchar el clic delator, después de eso levantó la tapa.

Sus ojos se engrandecieron ante la contemplación de lo que acababa de serle revelado. Durante un buen rato permaneció muy quieta, conteniendo incluso la respiración, con la mirada clavada en todo lo que allí dentro había. Cuando consideró que podía moverse sin desatar mil plagas, sus dedos se deslizaron raudos al interior de la caja.

Tomó el primer atado de cartas, tan grueso que apenas podía sostenerlo con las dos manos, deshizo la lazada que lo mantenía unido y principió a leer la desconocida caligrafía trazada en los diferentes sobres y cuartillas. En todas aparecía el mismo nombre y la misma dirección; ninguno de estos factores le decían gran cosa y, de hecho, la trasladaban geográficamente muy lejos de allí. En concreto a algunos condados al sur del país.

Conforme sus ojos corrían por las líneas de tinta, su corazón se aceleraba para orillarla al saliente de un abismo insondable y peligroso al que jamás había esperado asomarse. Al que su madre procuró que jamás se asomara, si la curiosidad no hubiera sido más fuerte que su voluntad.

Las manos que sostenían las hojas de vitela temblaron sin control al mismo tiempo que en las pestañas rojizas principiaron a bailar las primeras lágrimas. Lágrimas gruesas que descendieron silenciosas, una tras otra, por aquellas mejillas de nieve que la emoción pintó de escarlata.

—Dulce nombre de Jesús… —susurraron los labios trémulos, secos a causa de la confusión—. ¿Podrá ser esto cierto?

Tan solo el hecho de encontrarse sentada evitó que acabara desfallecida en el suelo.

—Ahora comprendo tantas cosas…

Su madre tenía razón: su vida, tal y como la recordaba, acababa

de cambiar para siempre. Y aquello era sin duda mucho peor que el cambio que se auguraba del matrimonio con el señor Montgomery.

Dejó el primer legajo sobre la cama para tomar del interior de la caja una pequeña encuadernación de cuero bruñido. Se trataba del diario personal de Eleanor Wakefield.

Comenzó a leer con ojos voraces. Una página tras otra.

Apenas llevaba media docena leídas cuando una mano trémula voló a los labios para ahogar el asomo de un grito.

«… estoy segura de que la vida de la propia Eva corre serio peligro…».

Alzó la mirada al frente para prenderla en algún invisible átomo flotante suspendido en la atmósfera de la alcoba.

La mano todavía cubría los labios entumecidos y abiertos.

Acababa de comprender y asumir que debía huir de Wakefield Manor cuanto antes.

Resultaba imperativo.

Huir. Esa era la palabra exacta.

Huir lo más lejos posible.

Con gesto apresurado regresó todo a la caja para cerrar la tapa de golpe y girar la llave.

Debía huir para que no la encontraran nunca.

Miró con fijeza la rosaleda de la tapa a través de los ojos velados por el llanto.

Sabía perfectamente adónde dirigirse.

Capítulo 3

Norwich, condado de Norfolk. Ocho años después

Eva observó con fijeza el perfil de la mujer sentada frente a ella, del otro lado de la mesa Pembroke que sostenía un elegante servicio de té.

Ajena al escrutinio de Eva, Dorothea Landsbury se llevaba, en esos momentos, la porcelana a los labios mientras contemplaba, con su sempiterna expresión de apacibilidad pintada en el rostro en forma de corazón, el cadencioso baile de las llamas que tenía lugar en la chimenea ubicada a su costado. La luz anaranjada se reflejaba en su cara, lo que creaba un bonito juego de luces y sombras en sus facciones maduras.

Imbuida en aquel instante de serenidad, ante el gesto plácido de la mujer y el sosiego general que se respiraba en aquella hermosa sala de paredes textiles decoradas con motivos florales y muebles de palo de rosa, Eva no pudo reprimir la sonrisa mientras continuaba observando a la dama en cuestión.

¡Sin duda debía gratitud eterna a aquella buena mujer!

Dorothea Landsbury la había acogido en su casa, sin hacer preguntas y sin cuestionar ni una sola cosa, en cuanto Eva apareció

bajo el umbral ocho años antes, ataviada apenas con lo puesto y una bolsa de mano por todo equipaje.

No se había equivocado al cruzar tres condados para llegar allí, pues como había descubierto a través de un viejo atado de cartas, Landsbury había sido una gran y afecta amiga de su difunta madre.

La correspondencia entre ellas jamás había menguado y de hecho se extendía hasta pocos meses antes de la muerte de Eleanor, aunque, por algún extraño motivo, Eva jamás había tenido conocimiento de su existencia.

Hasta el día que abrió la caja.

Dorothea Landsbury era una mujer maravillosa que rebasaba el medio siglo de vida, de facciones todavía hermosas y un carácter por demás dócil, generoso y amable, Eva era incapaz de comprender el motivo por el que se había resignado a permanecer soltera.

Además de una figura agradable de contemplar, Dorothea poseía una abundante melena en la que, pese a que empezaban a pincelarse ya algunas hebras plateadas, destacaba el mismo tono ígneo de la de Eva.

Y semejante coincidencia era algo que fascinaba sin duda a la más joven, pues nunca había conocido a nadie más con un tono de cabello similar.

Su madre siempre lo había tenido de un hermoso color miel.

—Mi querida niña, te ofrezco un penique por tus pensamientos…

Eva dio un respingo. Desconocía en qué momento había descuidado la observación de su acompañante para abstraerse en sus propias cavilaciones, aunque estas resultaran por completo inofensivas al versar sobre tonalidades de pelo y coincidencias de la vida.

Devolviéndose a la realidad, miró a Dorothea con una sonrisa similar a la que asomara a sus labios segundos antes. Le hacía

gracia que la buena mujer continuara llamándola «niña» cuando contaba ya con veintiséis años y, a todos los efectos, podía considerarse una auténtica solterona. Dos solteronas, por cierto, que vivían en la misma casa.

—Pero no pensaba en nada, en verdad solo disfrutaba del delicioso sabor del té —se limitó a responder y, para secundar sus palabras, envió un largo trago de su infusión caliente.

Dorothea le dedicó una sonrisa y un cabeceo, prodigó también un nuevo sorbo a su taza y se abstuvo de replicar. Sabía que aquello no era del todo cierto y que Eva se abstraía demasiado a menudo, lo que le confería un aura melancólica y solitaria.

A veces se evadía ante una simple imagen, ante una escena, un paisaje… Otras veces, escuchando una composición musical, en especial cuando ella era la intérprete; en ocasiones su alma parecía abandonar el cuerpo ante la cotidianeidad de contemplar las llamas agitándose en la chimenea o el vapor que emana de las porcelanas bien cargadas de té.

Lo peor de todo era que Dorothea, y estaba convencida de esto, sospechaba que la mayor parte de los ensimismamientos de Eva la trasladaban a su pasado en Londres. Un pasado que la joven se esforzaba en olvidar y del que había huido como alma que lleva el diablo.

Ella nada había preguntado.

Eva contaría lo que estuviera dispuesta a contar y en el momento que considerara oportuno. Jamás la presionaría, pues la propia Dorothea era consciente de las calamidades que debió vivir la muchacha bajo el techo del marqués de Grafton. Respetaría sus tiempos hasta que la propia Eva así lo precisara.

—En ese caso, ¿no te apetece un bocadito dulce? Mildred los preparó esta misma mañana —intervino Dorothea, dispuesta a

apartar a Eva de cualesquiera que fueran sus cavilaciones—. Resulta un acompañamiento excelente para el té.

Y, para secundar sus palabras, tomó un *èclair* de crema de almendras de la bandeja de tres niveles donde se exhibían los pastelitos y se lo llevó a la boca para saborearlo despacio, cerrando los ojos en el proceso para una mayor apreciación.

Eva sonrió. Sabía que la querida Dorothea disfrutaba especialmente de la buena comida en general y del sabor dulce en particular, sin duda este último conformaba uno de los caprichos más evidentes —aunque por completo inofensivo— que se concedía la buena mujer. Por fortuna para ella, su buena posición económica, considerada en términos muy favorables dentro de la burguesía rural de Norwich, le permitía otorgarse semejantes gustos a diario y sin privación.

—Por cierto —añadió Dorothea tras finalizar su degustación—, nos ha llegado una invitación de parte de los Jones, al parecer han organizado una cena benéfica con el fin de recaudar fondos para la escuela de la señorita Watson.

Eva nada respondió. Se encontró, sin embargo, conteniendo la respiración algunos segundos en tanto asimilaba la información, para soltar después muy lentamente todo el aire retenido.

En general le parecía muy adecuado que las familias pudientes organizaran actos de ese tipo con el fin de ayudar a instituciones que lo precisaran, aunque en el fondo todo ello se redujera a exhibir sus posesiones y sus coloridas plumas de pavo real ante semejantes. La escuela de señoritas de Norwich sin duda no carecía de beneficiarios, pues, de forma habitual, los familiares de las alumnas solían mostrarse generosos con el fin de facilitar comodidades a sus hijas y hacerse notar ante las restantes familias; el hecho de que personajes de la pequeña ciudad colaboraran también en la

promoción de forma desinteresada, les confería sin duda cierto prestigio y un notable congraciamiento con prohombres de otras zonas del magno imperio.

Eva conocía personalmente a la directora y a algunas de las profesoras, y en particular sentía una especial simpatía hacia la señorita Morris, muy en contra de la opinión popular, quienes solían recelar de su compañía.

A Eva, sin embargo, le atraía el halo de misterio que la envolvía y que la llevaba a pensar que Bella Morris albergaba algún secreto en su pasado, al igual que sucedía con ella misma.

No obstante, en aquella ocasión asistir al evento le producía un cierto desasosiego.

No había pasado por alto —imposible hacerlo en un lugar como Norwich— la reciente llegada de personajes ilustres provenientes de Londres, como era el caso de su excelencia, el duque de Lennox.

Durante el concierto celebrado semanas antes en la catedral, al que había asistido en compañía de Dorothea, pudo distinguir además un pequeño séquito de caballeros y damas, todos ellos ataviados con una elegancia excesiva para un lugar como Norwich; se decía que procedían de Londres y que la mayoría contaba con título nobiliario y notables blasones en su abolengo.

Aquello la puso en guardia. ¿Conocerían al marqués de Grafton?

Habían transcurrido ocho años desde su huida y en todo ese tiempo se había sentido a salvo en aquel apacible punto del imperio.

De hecho, y para asegurarse el pasar desapercibida del todo, había asumido el apellido Burney, a modo de vasallaje personal al compositor Charles Burney. Ni siquiera el Bennet de soltera de su madre le infundía la confianza suficiente como para emplearlo sin temor a ser descubierta.

Jamás el marqués había dado señales de estar buscándola ni a

sus oídos había llegado rumor alguno al respecto, no obstante, no resultaba descabellado que aquellos pares del reino conocieran a un personaje tan encumbrado como Severus Wakefield. ¿Qué habría contado el marqués en referencia a su partida? ¿Qué habría relatado al resto de la sociedad?

—¿Te parece que aceptemos la invitación? —propuso Dorothea, quien no parecía compartir la preocupación de la más joven—. La cocinera de los Jones prepara unos merengues exquisitos…

Eva no pudo evitar sonreír ante tal apunte, aunque la sonrisa no acompañó la mirada.

Quizás estaba sacando las cosas de contexto al mostrarse en exceso precavida. Habían transcurrido ocho largos años de silencio y tranquilidad, ya no era la muchachita ingenua que abandonó Wakefield Manor tiempo atrás. Quien la hubiera conocido entonces difícilmente la ubicaría en un lugar tan alejado de su origen. En ese momento era, además, una mujer de veintiséis años, una solterona a la que la sociedad ni siquiera consideraría. Con certeza podría asistir a la cena de los Jones sin que ninguno de aquellos ilustres personajes se percatara siquiera de su presencia.

—Debemos aceptarla, ¿verdad? —propuso Eva, contenta de poder hacer feliz a la querida y amable señorita Landsbury—. Sería imperdonable que se perdiera usted esos deliciosos merengues.

Capítulo 4

La residencia de los Jones era una edificación rectangular de tamaño considerable cuyo paramento principal aparecía cubierto por una trepadora que vestía la piedra por completo, y ornaba la estructura sobria y egregia que durante siglos la había presentado como un monumento sin duda admirable y admirado. En otoño, recordaba Eva, cada año la voraz trepadora tornaba sus hojas verdes a una tonalidad rojiza que mostraba la vivienda, escoltada por el bosquecillo posterior que solo podía embellecerla, como un lienzo bucólico y encantador.

Su interior se presentaba a la altura del notable exterior. Equipada con todas las comodidades que una familia pudiera precisar, la vivienda ofrecía una decoración elegante, aunque recargada, sin duda atribuible a la frivolidad y los anhelos de opulencia de la burguesía rural, siempre en procura de imitar los preceptos de la capital.

Eva reconocía muchos de aquellos adelantos que los Jones se jactaban de mostrar a sus convecinos e invitados, pues en Wakefield Manor jamás habían escaseado lujos y comodidades infinitas.

En casa de Dorothea Landsbury, quien poseía por demás una

renta que le permitía vivir tan cómodamente como podían hacerlo los Jones o cualquier otra familia aburguesada de la ciudad, se apreciaba por el contrario un comedimiento decorativo imputable a una personalidad por completo alejada de banalidades y excesos.

Eva no echaba en falta ninguno de los lujos de Wakefield Manor.

Lo único de valor existente entre los muros de aquella gran casa había abandonado el mundo de los vivos ocho años antes.

Después de aquello, ningún bien material había conseguido confortar su corazón destrozado.

Asimismo, con todo el conocimiento que en aquellos años había atesorado acerca de las personas y de la vida, estaba convencida de preferir sin duda la moderación de la señorita Landsbury a los excesos que supuraban de cada tabique en su antigua vivienda.

Aquella noche, sentados en la larga mesa vestida con mantel de un blanco impecable, vajilla Churchill y numerosos candelabros, se había reunido la flor y nata de Norwich, todos aquellos que, en definitiva, pudieran aportar una cantidad conveniente a la causa que allí los había reunido.

Distinguió Eva a la señorita Watson, directora de la escuela, quien a pesar de sus achaques había asistido acompañada por dos de las maestras, la señorita Reynolds y la señorita Morris.

Cuando sus miradas se encontraron, por situarse todas ellas en la misma parcela de mesa —bien al lado, bien frente a frente—, se saludaron con un cabeceo cordial. La señorita Watson empezó prontamente a conversar con Dorothea en lo que se anunciaba como una charla amena y distendida con visos de prolongarse durante toda la velada.

En el extremo opuesto del tablero, reconoció Eva a los forasteros recién arribados a Norwich, los cuales, por supuesto, de ningún modo podrían dejar de ser invitados por los Jones.

La señorita Watson les informó que el caballero sentado al lado del anfitrión era un duque, por más señas el duque de Lennox, aunque por el gesto que compuso su cara al mencionarlo podía intuirse que la mujer se encontraba lejos de rendirle pleitesía. Dorothea y Eva ya lo habían visto y conocían su identidad, pero la señorita Watson había actuado de buena fe al identificarlo para ellas, así que ninguna de las dos le hizo entender lo contrario.

El duque había asistido, al igual que sucediera en el concierto de la catedral, con el mismo séquito de entonces: dos caballeros, amén de su hermano menor, y tres damas que deslumbraban a los presentes con sus ricos atavíos y las plumas que coronaban sus peinados.

De hecho, todos los integrantes de la mesa permanecían con las cabezas vueltas hacia el grupo, esperando la atención de cualquiera de ellos, como el sediento espera una mísera gota de agua con la que aliviar el gaznate seco.

Eva no pudo evitar un estremecimiento una vez los hubo localizado. A pesar de encontrarse lo suficientemente alejados, con una legión de candelabros y centros florales sobre la mesa y un buen número de comensales de por medio, el sacudimiento que retorció sus tripas y agitó su corazón reveló la misma alarma que había conseguido ponerla nerviosa en cuanto Dorothea anunció la invitación a la cena.

Aquella gente procedía de Londres y, aunque generacionalmente se encontraban muy distantes del marqués de Grafton, era más que probable que se conocieran, que se relacionaran y estuvieran al tanto de escándalos y asuntos familiares varios por parte de unos y de otros. Era lo que solía acontecer en la alta sociedad ociosa: siempre permanecían al pendiente de la vida del prójimo, encontrando sumamente interesante tratar de arreglarla ante la

imposibilidad, tal vez, de encaminar la propia.

No obstante, con el correr de los minutos y una vez servidos los primeros platos, la calma fue, poco a poco, instalándose en el cuerpo de Eva, entibiándolo como una suave marea de terciopelo en progresivo avance por un talle gélido, pues ni una sola vez aquella fatua camarilla hubo de deslizar la mirada sobre el resto de invitados.

El duque era el único que conversaba de tanto en tanto con el señor Jones, los demás parecían tan solo pendientes los unos de los otros, sin dignarse siquiera a observar a los restantes, como si tuvieran a menos al resto de la humanidad, como si el resto de los mortales pudieran mancillarlos al descender sobre ellos una sola de sus magnas miradas.

Semejante altivez de carácter molestó a Eva, quien en el pasado ya había sufrido en propias carnes y detestado la arrogancia de dos almas similares, muy dispuestas a aplastar a cualquiera que encontraran a su paso con tal de imponerse y hacerse notar ellos mismos por sobre todos los demás.

Ante semejante comparativa y tan obvia realidad, no pudo dejar de observarlos con el ceño fruncido y un gesto en su rostro que sin duda delataba su desaprobación, aunque, por otro lado, descubrió algo bueno en semejante soberbia: comprendió que se encontraba perfectamente a salvo de llamar la atención de tan ilustres personajes quienes, si en algún momento llegaban siquiera a verla entre los convidados, la tomarían por una pueblerina sin importancia.

Jamás la relacionarían, ni de forma remota, con el marqués de Grafton, señor de Wakefield Manor.

Si bien y a pesar del rechazo inminente que le provocó percibir tanta altivez por parte del colorido séquito, no pudo evitar detener la

mirada en el caballero sentado al lado del duque, de seguro el que más suficiencia revelaba de entre todos ellos. También el mejor vestido y, ¿por qué negarlo?, el que poseía un atractivo innegable y egregia apostura; en ambos factores competía directamente con el primer caballero.

Había algo en su exterior, en la prominente y varonil mandíbula cuadrada, en las cejas fruncidas en perpetuo gesto de severidad o desaprobación, en su semblante serio e implacable o en la altivez con la que elevaba la barbilla provista de hoyuelo y apretaba los labios, que la instaban a continuar observándolo con curiosidad.

Y de ese modo continuó mirando por algunos segundos más, a pesar de tratarse, y estaba segura de ello, de otro de aquellos caballeros encumbrados y pagados de sí mismos con los que no se hubiera relacionado jamás.

Convencida de encontrarse ante un individuo de tal categoría, devolvió la mirada y la atención a su recién servido plato de sopa, consciente de que ganaría mucho más atendiendo a la cena que mirando a aquel grupo en general… y a dicho caballero en particular.

***

Elijah Grayson, conde de Stanton, exhaló lentamente por la nariz mientras observaba con gravedad y paciencia cómo el lacayo servía por su izquierda la sopa que conformaba el primer plato.

Todo en su gesto, y cualquiera que le conociera mínimamente podía dar fe de ello, delataba resignación y un elevado grado de aburrimiento.

Ni siquiera sabía por qué se encontraba allí.

O sí lo sabía.

Les habían invitado para recaudar fondos para la escuela de

señoritas de la ciudad. Y, por dicha eventualidad, él se encontraba allí sentado, siguiendo a todo el grupo, en especial a su buen amigo Damien.

Suspiró con conformismo una vez que el lacayo se hubo retirado y el vapor de la sopa se elevó hasta él, e inundó sus sentidos el aroma de la ternera y el caldo.

Debía mostrarse paciente.

Con un poco de suerte, la cena transcurriría rápido y nadie tendría después la absurda ocurrencia de improvisar un baile; por demás no había podido apreciar en la vivienda un espacio de dimensiones aceptables para llevarlo a cabo.

Cenarían, pues, y regresarían a Felbrigg Hall, donde permanecía hospedado previa invitación de Damien, a tiempo para salvar la noche.

No le agradaba quedarse sentado en aquella mesa, rodeado de aduladores y de damas que los observaban como si se trataran de divinidades andantes. Sus acompañantes femeninas —en especial la vizcondesa viuda de Averbury, amén de la señorita Kilbuck— parecían realmente satisfechas de sentirse el centro de admiración de los presentes e incluso parecían disfrutarlo, pero eran hermosas, frívolas; ambas permanecían libres de compromiso y estaban acostumbradas a mostrarse como bonitos escaparates de sus familias.

En su caso jamás se había considerado mejor que nadie y mucho menos un dios humanizado, como parecían verlo aquella gente. Tampoco comprendía que sus acompañantes lo tacharan a él en particular de distante o indiferente cuando lo que en verdad sucedía era que no le apetecía conversar ni relacionarse con ninguno de los presentes, pues todos los que le habían sido presentados hasta el momento en aquella ciudad de Norwich le semejaban demasiado

zafios o interesados como para ser tenidos en cuenta.

Un nuevo suspiro acudió a sus labios. Antes de tomar la cuchara y probar la sopa, deslizó la mirada por vez primera, y posiblemente a causa tan solo de un creciente hastío, a lo largo de la mesa para encontrarse con miradas lisonjeras y sonrisas aduladoras. Más de lo mismo.

No obstante, en el extremo opuesto del tablero, observó a dos mujeres de cabello color ruibarbo que, sin duda, llamaron su atención; en primer lugar por la vistosa tonalidad de su melena, y en segundo, porque parecían ser de las pocas almas que no se encontraban pendiente de ellos. De él.

Formaban parte de un pequeño grupo dedicado a conversar entre sí, en lugar de pretender captar la atención de los ocupantes del extremo opuesto, tal como hacían los demás. Semejante novedad y semejante indiferencia suscitó inevitablemente su curiosidad.

Detuvo su mirada y su atención en una de ellas en particular. La más joven. Poseía un bonito rostro de luna llena, blanco como la porcelana o la propia Selene en su fase plena. El cabello, en efecto de un vivo tono fuego, se recogía con ligereza a la altura de la coronilla, lo que permitía una cascada de bucles sobre el despejado cuello y por la espalda.

—¿Quiénes son? —Se descubrió de pronto susurrándole a Damien, sentado a su diestra.

Damien imitó la dirección que tomaba la mirada del conde para encontrar, en el otro extremo de la mesa, a dos mujeres que charlaban de forma animada con la directora de la escuela y las maestras. Era obvio que Elijah no se refería a las formadoras, pues estas les habían sido presentadas previamente como beneficiarias de lo recaudado mediante la cena.

Debía referirse a las mujeres que conversaban con ellas.

O, al menos, así lo hacía una de las dos.

La más joven se limitaba a comer la sopa muy despacio, sin levantar la mirada del plato.

—No lo sé —admitió el duque—. Si han sido invitadas esta noche, asumo que han de tratarse de personas de cierta relevancia en Norwich, aunque, a decir verdad —dijo esto mientras enarcaba una ceja—, no me han sido presentadas ni yo he sentido la necesidad de conocerlas. Lo cierto es que ni siquiera recuerdo haber coincidido antes con ellas.

Elijah asintió. Tampoco él las había visto hasta aquella noche, y eso que por desgracia se había visto obligado a asistir a varios eventos en la ciudad. Hubiera recordado el cabello rojo de la más joven, así como los largos bucles que se deslizaban por su cuello de cisne, albo como la primera nieve recién descendida en la mañana.

Enarcó una ceja, sorprendido ante la majadería de sus propios pensamientos.

Tras eso, liberó una exhalación breve y profunda y decidió que no volvería a perder el tiempo mirando a nadie más en aquella mesa…, en especial a mujeres de bonito pelo rojo y piel de porcelana.

Inclinó la mirada hacia su plato.

Lo más razonable sería dedicarse a su sopa, que seguramente ya estaría fría.

***

Una vez finalizada la cena, los asistentes abandonaron la mesa para reunirse en grupos afines y encaminarse a una inmediata conclusión de la velada.

Dorothea Landsbury y Eva se encontraban ya cerca del pasillo, esperando la llegada de los sirvientes con sus respectivos abrigos

para tomar rumbo hacia su residencia. Su coche las esperaba en el patio, junto al resto de carruajes.

El señor Weston, uno de los terratenientes más prósperos de Norwich, también uno de los más festivos cuando existía licor de por medio, se les unió de pronto para tratar de convencerlas acerca de una idea que había surgido en un corrillo cercano, con consentimiento, por supuesto, de los anfitriones. Por lo visto, algunos de los invitados pretendían prolongar la velada para organizar nada menos que un baile en el salón.

Se encontraba el caballero en pleno intento de persuasión cuando uno de los prohombres del séquito del duque cruzó delante de ellos con toda la intención de abandonar la estancia.

Sin ningún tipo de miramiento y con sonrisa lisonjera en ristre, Weston se interpuso en su camino, lo que lo obligó a detenerse. La mirada que el caballero dirigió a aquel inesperado obstáculo humano hubiera sido muy capaz de derretir los cascotes polares del mar de norte.

Semejante desatino por parte de Weston avergonzó a Eva, cuyas mejillas acusaron de inmediato la falta de tacto ajena. Enseguida inclinó la mirada, indispuesta a presenciar lo que fuera que tuviera lugar a continuación.

—¿Qué le parece, señor —preguntó el hombre, indiferente a la osadía que acababa de llevar a cabo—, si pedimos a los lacayos que muevan las sillas y la mesa e improvisamos un baile en este salón?

Elijah enarcó una ceja. Lo que había temido al inicio de la velada parecía tomar forma, y no estaba dispuesto a que le afectara.

—¡Un completo disparate, desde luego! —respondió sin preámbulos—. Este salón no posee, en modo alguno, las dimensiones necesarias para celebrar en él un baile que resulte aceptable. —Elevó la barbilla con suficiencia antes de continuar—.

Aparte, ¿de dónde pretende sacar la música?

Weston, desconcertado por tan cortante respuesta, balbuceó:

—Cualquiera de las señoras o señoritas presentes podría sentarse frente al pianoforte de los Jones e interpretar algo alegre. —Se giró levemente hacia Dorothea y Eva, pues las dotes musicales de la segunda eran ya bien conocidas en Norwich—. Sin ir más lejos, la señorita…

—¿Pianoforte? —interrumpió Elijah. Eva levantó la mirada, sorprendida por el tono empleado—. ¿Pretende que bailemos con la música de un pianoforte? —Esta vez ambas cejas se alzaron para enfatizar su gesto de incredulidad. Jadeó una risotada—. ¡Menudo despropósito!

Se percató entonces de la presencia de las damas, que hasta ese instante ni siquiera había visto detrás de aquel cretino que había osado estorbarle el paso, y tal descubrimiento lo instó a cuadrarse en toda su apostura. Sostuvo la mirada de Eva —tan desconcertada y sorprendida esta como cabría de esperar— durante algunos segundos, en tanto la barbilla continuaba apuntando a lo alto.

Fue un breve lapso, demasiado amplio en cambio para Elijah, quien permaneció todo ese tiempo con la mandíbula encajada y apretada como una prensa en firme; desvió enseguida la vista de los ojos verdes que lo escrutaban a su vez para componer una expresión ceñuda.

Tras eso, ofreció un cabeceo seco y firme, y con ese gesto abandonó el lugar, escoltado por las tres damas que conformaban, junto a él mismo, el séquito del duque.

Eva quedó perpleja.

Sus suposiciones ante la impresión ofrecida a primer golpe de vista, y en la distancia que concedía una larga mesa de comedor, quedaban confirmadas.

Aquel caballero era un arrogante y un presuntuoso.

El tipo de comportamiento que acababa de mostrar ante el señor Weston —quien, aunque imprudente, no se merecía tal desplante— sería muy del agrado del marqués de Grafton, siempre en procura de señalar y distinguir las diferentes clases sociales, menospreciándolas si hacía falta con tal de remarcar su preeminencia. También agradaría a Martha, quien solía manifestar ante los demás una supremacía rayana en lo insultante.

No obstante a ella misma… Oh, ¡a ella la horrorizaba una actitud tan mezquina en quien se suponía debía ser todo un caballero!

Había tratado a demasiados petimetres en el pasado y a todos ellos había descartado en el acto de su posible lista de afectos por considerarlos por completo ajenos a sus intereses y a su forma de ser. ¡Había aborrecido tan profundamente la petulancia apreciada en aquellos aprendices de caballeros dandis que se habían acercado a ella con pretensión de cortejarla! De seguro cualquiera de ellos demoraría más tiempo en su acicalamiento personal del que empleaba ella misma.

Jamás había soportado esos aires de altivez y esa intolerable tendencia a la vanidad y, por su vida, que aquel caballero adolecía de un exceso de todo ello.

Capítulo 5

Algunos días después de la cena benéfica, Elijah salió a montar por los alrededores de Felbrigg Hall, la residencia de campo de lord Aldridge que este pusiera a disposición del duque y donde, a su vez, él mismo se hospedaba durante su estadía en Norwich.

Norwich era ciertamente un lugar hermoso, mucho más de lo que había podido apreciar tras una primera impresión que, en ese momento, comprendía por completo errada.

El comportamiento de los primeros residentes que le habían sido presentados a su llegada hubo sin duda de propiciar tal efecto aunque, por fortuna, con el correr de los días pudo comprender que no todo el mundo adolecía de un exceso de adulación y vulgaridad en sus modos.

Habida cuenta de tal realidad, Norwich realmente se presentaba a sus ojos como un paraje delicioso, pese a lo poco benévola que por entonces se mostraba la estación fría con un entorno natural tan pintoresco.

Rodeaban la pequeña ciudad un sinfín de bosquecillos bien surtidos de robles y tejos, así como ingentes extensiones de campiña y terreno agrícola; en algunos de estos terrenos verdes, aparecían

rebaños dispersos de ovejas que pincelaban la acuarela campestre con sus cuerpos lanosos y llenaban la atmósfera de balidos roncos.

De tanto en tanto, asomaba en el horizonte alguna que otra granja y por todas partes *cottages* con tejados de paja prensada y sus bonitos jardines delanteros. También pudo distinguir, dispersas aquí y allá, alguna que otra construcción señorial, como era el caso de la residencia de los Jones, pertenecientes a familias de mayor abolengo en la zona.

En un momento dado de la expedición, y aprovechando que la mayoría de las viviendas habían quedado atrás, Elijah exigió a su montura un medio trote que pronto dio paso a galope ligero. Le gustaba experimentar la sensación de frío invernal en el rostro, propiciado sin duda por la velocidad que bajo su demanda acusaba la cabalgadura.

El olor de la tierra húmeda y de la foresta todavía intacta, pese a la adversidad del clima, insufló gran vigorosidad a su espíritu. También el canto de los pajarillos entre el follaje deleitó sus oídos cada vez que el caballo aminoraba el paso y le concedía un disfrute pleno de los sonidos de la naturaleza.

Todo verde, todo marrón y ocre, y sobre su cabeza, una bóveda plomiza pero incorrupta y limpia.

Sentaba bien, de vez en cuando, alejarse de los suelos adoquinados de Londres y de su atmósfera saturada del humo grisáceo procedente del carbón que escupían las chimeneas. También del alboroto de las calles y el ajetreo constante de los carruajes que circulaban por todas partes.

Allí se apreciaba el silencio e incluso el sonido del viento entre el follaje. Allí, si escuchaba atentamente, podía incluso oír el golpeteo de su propio corazón.

Dejando el bosquecillo a su espalda, alcanzó una pradera

ondulante salpicada de alisos; decidió entonces solicitar al caballo un paso mucho más tranquilo. Deseaba disfrutar de aquella preciosa estampa verde en todo su esplendor, sin perderse detalle alguno.

En esas estaba cuando, debido a la generosidad que le concedía su posición elevada sobre la silla, observó movimiento a su diestra y a cierta distancia, bajo un pequeño grupo de alisos.

Una figura femenina, ataviada con un redingote color verde oliva, permanecía acuclillada y en apariencia forcejeando con lo que fuera que la mantuviera entretenida.

Llevaba la cabeza descubierta y, gracias a eso, pudo distinguir una inconfundible melena de fuego.

***

Eva regresaba de visitar a los Duvall, una de las familias desfavorecidas de la ciudad que recién, además, había perdido a su progenitor debido a un accidente agrícola.

Dorothea y ella misma solían a menudo realizar servicios a la iglesia para ayudar a quienes los precisaran en Norwich, y por ello era habitual verlas visitar semanalmente determinados hogares, bien provistas de alimento o ropa, dependiendo de la necesidad de la familia.

En esa ocasión Dorothea había amanecido con un ataque de ciática, por lo que, tras dejarla Eva bien acomodada en el sofá con una bolsa de semillas en la parte baja de la espalda y un escabel en los pies, decidió cruzar ella sola la villa para visitar a los amables Duvall. Les había llevado algunas fruslerías a los niños y medio pernil de cerdo para la casa, amén de un tarro de miel y un par de mermeladas.

A la vuelta, ya con la cesta de mimbre ligera en el brazo, decidió

tomar un atajo por entre aquel grupo de alisos; no contó con que las ovejas habían estado allí recientemente y que habían dejado todo el campo horadado y embarrado.

Por supuesto y, a pesar de toda la precaución que se tomó en sortear los agujeros del terreno y el lodazal creado por la multitud de pezuñas, su pie derecho hubo de pisar donde no debía y por tanto, en esos momentos, se encontraba luchando contra aquel agujero fangoso que acababa de engullir por completo su botina. Cuanto más tiraba para desenterrarla, más parecía hundirse esta, al tiempo que emitía sonidos grotescos que delataban un profundo encharcamiento. Ella misma no podía evitar gruñir a causa del estéril esfuerzo y la frustración de no conseguir mejorar la situación.

Tan enfrascada se encontraba que, por supuesto, no se percató de la presencia del jinete hasta que este se encontró justo al lado.

—¡Buenas tardes! —saludó, egregio como un príncipe sobre su montura—. ¿Necesita usted ayuda, señorita…?

Eva se enderezó de golpe y aspiró una profunda bocanada, en parte fruto de la sorpresa, en parte por el bochorno que le provocaba ser descubierta en semejante trance.

Él, tan elegante en su caballo blanco, ataviado con un redingote color beige abierto que permitía a la vista el frac azulón, y un elegante sombrero de ala curva y copa alta sobre la cabeza; mientras que ella, despeinada seguramente, enlodadas las botas, los bajos del vestido y el abrigo, y ruborizada a causa del esfuerzo, debía representar un cuadro hilarante y lamentable.

Con disimulo sopló para alejar de la nariz un bucle que se había soltado del recogido en tanto, y consciente de lo infructuoso de su gesto, procuró alisar las arrugas y limpiar los gruesos goterones oscuros que afeaban el frontal de sus ropas.

—¡Burney! —exclamó con tal vez innecesario ímpetu, y procedió a

la reverencia de cortesía, gesto que, dadas sus circunstancias, la orilló a una humillación mayor—. Señorita Burney.

Él le ofreció una mirada olímpica desde lo alto de su silla, seguida de un cabeceo cordial.

—Grayson, conde de Stanton —anunció con el donaire de quien está acostumbrado a ser presentado con el título nobiliario como prolongación de su identidad. Acto seguido reiteró—: ¿Necesita ayuda?

Eva encajó la mandíbula y frunció el ceño. Si durante la cena en la residencia de los Jones le había semejado arrogante, presumido y pagado de sí mismo, en aquel momento, y fijándose en su pose, le pareció un auténtico esnob.

Le preguntaba si necesitaba ayuda y, sin embargo, todavía no había hecho ademán de descender de la montura. Un auténtico caballero hubiera saltado de inmediato para auxiliar a cualquier dama en apuros, sin necesidad de preguntar primero. Pero, por supuesto, ello implicaría mancharse de barro sus lustradas *hessian*.

—Es usted muy amable, señor —adornó sus palabras con una sonrisa indecisa—, pero creo que podré valerme por mí misma. Muchas gracias.

Elijah enarcó una ceja y compuso una expresión de absoluto escepticismo. Acto seguido, analizó la situación. La mujer tenía la bota por completo introducida en aquella cavidad fangosa. Su otra bota, sus vestiduras y sus guantes estaban por completo embarrados. Su pelo… su hermoso pelo rojo —frunció el ceño tras ser consciente de haber dejado pasar a su cabeza tal pensamiento— aparecía liberado de las horquillas y derramaba caracolillos bermellones alrededor del rostro. Un rostro, por cierto, encarnado a juego con la melena.

No parecía tener la situación controlada en absoluto aunque,

comprendió, tampoco parecía dispuesta a dejarse auxiliar. Era orgullosa la señorita Burney, aunque el orgullo, en tales circunstancias, resultaba hasta ridículo. No obstante, no iba a ser él quien tratara de hacerle ver la realidad.

—Si está segura… —añadió con cierto retintín.

—Lo estoy, señor, muchas gracias —se apresuró a responder.

De lo único que estaba realmente segura era de desear terminar con aquella situación cuanto antes. ¡Semejante vergüenza ser descubierta por aquel caballero en particular y en un trance tan… bochornoso para ella!

Pero en fin, ya que no había vuelta atrás, ¿por qué no bajaba del caballo de una vez y la ayudaba a salir del foso de barro?

Nada más lejos de la realidad. Elijah ofreció un cabeceo por respuesta, se tocó el ala del sombrero y, acto seguido, espoleó su caballo para continuar camino. Sin más.

Eva observó boquiabierta cómo se alejaba, y el paso tranquilo del caballo que cruzaba la campiña le pareció incluso ofensivo.

Un jadeo indignado huyó de sus labios.

¿De verdad se iba? Ella esperaba que hubiera insistido un poco, ¡lo natural era que hubiera insistido! Jamás consideró la probabilidad de que aceptara su respuesta, se conformara con ella y se marchara sin más.

¿Y se consideraba un caballero?

—Grayson, conde de Stanton… —remedó con gran disgusto.

Empleando toda la fuerza que la frustración llevó hasta sus manos y con un sonoro gruñido de protesta que se elevó a la atmósfera, tiró fuerte del tobillo en un último y enérgico intento de liberación. Desde luego surtió efecto el enojo, pues la bota salió entera del agujero; pero se liberó con tanta fuerza que Eva acabó desmadejada en el suelo sobre sus posaderas. Y, por supuesto, manchada de

barro hasta la punta de la nariz.

Resopló agotada.

Por fortuna, el arrogante conde ya había desaparecido en la distancia y no pudo apreciar la escena que acababa de tener lugar.

De lo contrario, y Eva estaba convencida, se habría reído de ella.

Eso sí: con la barbilla en alto.

Capítulo 6

Elijah caviló durante todo el trayecto de vuelta en lo que acababa de acontecer bajo los alisos, en el improvisado cenagal donde cierta joven chapoteaba como un pato en su poza.

Y todavía continuó cavilando en ello una vez llegó a Felbrigg Hall y se encontró en el salón con la señorita Kilbuck y la vizcondesa viuda, dos de las integrantes femeninas del séquito durante esa expedición al condado de Norfolk. Al parecer, los Lanport, primos de Damien, habían salido con el mentado y su hermano Leonard a atender otros compromisos.

Sin pararse a comprender muy bien el motivo, intentó imaginárselas a ellas dos en la situación de la señorita Burney —¡la criatura de cabello de fuego contaba con un nombre al fin! También contaba con la condición de señorita, asunto que Elijah no hubiera barajado jamás dada su agradable apariencia y su edad, pues la señorita Burney debía rebasar con bastante la veintena. Estaba claro que los hombres de Norwich eran rematadamente bobos—.

Trató de imaginarse a aquellas dos damas, pues, en semejante tesitura y dicha situación no consiguió, en modo alguno, representarse en su cabeza.

A buen seguro ambas mujeres se desbordarían en llanto y mohines variados mientras reclamaban la presencia de los criados o de algún caballero de brillante armadura y recio corcel, mostrándose por supuesto en todo momento al borde del desmayo y exigiendo con desespero sus sales perfumadas y un brazo masculino a modo de sostén ante lo inevitable de su desplome. Estaba del todo convencido de que ninguna de ellas lucharía contra el barro para liberarse y mejorar su situación, y sí que permanecerían a la espera de que otro acudiera raudo en su auxilio.

No obstante, la señorita Burney había dado muestras de una entereza y una dignidad encomiables…, pese a encontrarse manchada de barro hasta las orejas y con el cabello enmarañado cual nido de Fénix. Pudo percibir, empero, el bochorno que tal situación había obrado en un carácter que se intuía independiente y audaz, retratado en los rubores que escarcharon sus mejillas de nieve o en el brillo que hizo centellear aquella mirada de jade.

Tal remembranza consiguió arrancarle una sonrisa repentina que llamó la atención de sus acompañantes, por encontrarla completamente sin sentido y fuera de lugar.

—Vaya, señor Grayson —apuntó la vizcondesa, cuya proximidad en edad y rango le confería una confianza en sus ademanes tan solo atribuible a un alma experimentada—, por lo que parece, ha disfrutado usted de su paseo.

Elijah, que no esperaba semejante apunte y mucho menos sospechaba que este pudiera obedecer a haber sido sorprendido sonriendo sobre la base de sus cavilaciones, la miró durante algunos segundos sin acabar de comprender, ceja enarcada y gesto de extrañeza en el rostro.

—He disfrutado bastante, así es —concedió al fin.

Y de nuevo la imagen de la señorita Burney, peleando contra una

botina que se negaba a abandonar la trampa de barro, elevó las comisuras de sus labios.

—Pues debe sentirse afortunado entonces —continuó la dama, empleando cierto reproche en su tono; el buen humor del conde parecía disgustarla cuando ella se encontraba tan completamente aburrida—, ya que al menos uno de nosotros se divierte. Lo cierto es que, en lo que a mí respecta —suspiró con exagerada dignidad—, empiezo a encontrarme un tanto hastiada de un lugar como Norwich. No hay nada aquí que llame mi atención o me incline a congraciarme con el entorno.

Elijah, ignorando un apunte tan poco amable, cruzó la sala en unas cuantas zancadas para alcanzar la mesita auxiliar y servirse con absoluta calma una copa de brandy. Mientras observaba cómo el líquido ambarino abandonaba el recipiente original para transferirse a la ventruda copa, era muy consciente de que las damas lo observaban, de que esperaban que participara de la conversación y, ¡cómo no!, que secundara sus observaciones en absoluto benévolas.

Pero, en este último punto, no podía apoyarlas. No en esos momentos.

—Pues se trata de una ciudad bastante bien equipada, lady Averbury —respondió en tono quedo—. Creo que podrá encontrar en ella todo lo que cualquier dama necesitaría para sentirse cómoda. —Como no la estaba observando, no pudo apreciar Elijah el gesto de escepticismo que compuso la dama—. Aparte, puedo asegurarle, con conocimiento de causa, que el entorno resulta por demás ideal. Si se decide a explorar los alrededores, encontrará usted bosquecillos fascinantes y granjas pintorescas.

La dama jadeó, llevándose una mano al escote adornado con un cordoncillo de perlas.

—¿Explorar los alrededores? ¿Granjas pintorescas? —Durante un

instante pareció incluso ofendida ante semejante posibilidad, pero se recuperó rápido para buscar la complicidad de la joven Kilbuck, quien respondió con un cabeceo a modo de concesión.

Elijah disimuló una sonrisa. Era consciente de que, si Damien le solicitaba su compañía, lady Averbury recorrería a pie todos cuantos caminos encontrara en el lugar sin asomo de protesta en sus labios.

—Sí, le concedo razón —aceptó la vizcondesa a regañadientes—. Norwich es una ciudad, pero una demasiado pequeña. Y aburrida. Y por completo desfasada. La señorita Kilbuck puede confirmarlo: las telas de los almacenes están pasadas de moda y las sombrererías no se encuentran bien abastecidas. Ayer mismo pretendimos encontrar un arreglo de alambre para su *bonnet* nuevo y no hubo forma de dar con ninguno decente. —La aludida cabeceó de nuevo—. ¡Y esta gente…! —Un suspiro hondo y prolongado la silenció, y concluyó sus pensamientos con el aspaviento despectivo que realizó con la diestra.

En ese punto, Elijah tuvo que convenir.

Desde su llegada, se habían topado con personajillos carentes de modales y distinción, así como con otros tantos que adolecían de un exceso de alabanza en sus modos; pero, a decir verdad, y una vez superada aquella nefasta primera impresión de los días iniciales, debía reconocer que no había sido nada tan imperdonablemente fuera de lo común. En todas partes podían encontrarse individuos de semejante naturaleza bufonesca o arcaica, tanto en el propio St. James como en cualquiera de las mansiones londinenses que solían frecuentar.

Los habitantes de Norwich resultaban tolerables si uno mantenía la distancia y no se complicaba formando parte de sus improvisadas y esperpénticas costumbres, como pretender bailar en un salón demasiado pequeño al son de la música de un pianoforte.

—Le concedo ese cierto *décalage*[1] —*cedió*—, *algo totalmente comprensible, por otra parte, tratándose de una localización rural, tan alejada de nuestro conocido Londinium*, siempre tan bien nutrido de las últimas novedades. Pero creo, en cambio, que está mostrándose un tanto despiadada con los habitantes del lugar, lady Averbury…

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida ante tal apunte.

—¡No me diga que usted encuentra a toda esta gente aceptable, querido conde!

Elijah la miró con largueza.

—Bueno, no es que hayamos venido con la intención de forjar grandes amistades, en realidad. —Fue su escueta respuesta y, para desespero de la vizcondesa, quien esperaba encontrar otro cómplice a su aversión por el escenario y sus personajes, dio por zanjada la conversación al caminar por la sala para posicionarse frente al amplio ventanal, de espalda a las damas, y deslizar la mirada con holgura a la lejanía, tal vez tratando de distinguir un entorno que, por distancia, resultaría imposible de divisar, como sucedía con cierto enclave bajo los alisos.

Mientras enviaba un largo trago a su brandy, y las dos mujeres departían en soledad acerca de los horrores del campo y la vulgaridad de sus moradores, él continuó pensando en aquella mujer de cabello rojo y en la vibrante determinación que descubrió centelleante en sus ojos verdes.

***

Eva tuvo que relatar con todo lujo de detalles lo que acababa de acontecerle, pues, una vez irrumpió en la vivienda y Dorothea la observó con semejante aspecto desaliñado, no quedó lugar para el

silencio o la ausencia de información.

No obstante, y en contra de lo que Eva hubiera esperado, una vez terminó de referir la poco caballerosa actuación del conde de Stanton, Dorothea estalló en carcajadas.

Al parecer semejante falta de tacto y consideración por parte del lord, lejos de escandalizar y horrorizar a la mujer, como sucediera con ella misma, parecía divertirla. ¡Y de qué modo, por cierto!

Mientras Eva observaba a su protectora con gesto contrito y ceño sombrío, Dorothea no podía parar de reírse tras serle referida la expresión ridículamente solemne del caballero después de descubrirla en semejante tesitura; y tampoco restó risas la reacción indignada de ella al verlo virar grupas hacia la lejanía.

—¡Apuesto a que no se había visto el conde en una situación parecida allá en su refinada Londres! —Atinó a decir, mientras se llevaba la mano al estómago para contener los hipidos—. ¡Una muchacha atascada en un cenagal, pobre hombre, seguro que no supo ni cómo reaccionar!

No porfió Eva ni nada respondió ante la hilaridad de la mayor, aunque sí experimentó una punzada de confusión en el pecho, pues se sentía de algún modo incomprendida en su enojo. ¿Que no supo cómo reaccionar? ¿Cómo no iba a saberlo? ¿O acaso, por tratarse de un lord joven y apuesto, la señorita Landsbury consideraba menos deplorables sus faltas? ¡Se había retratado como un cretino y un esnob, y no había justificación posible a tales evidencias!

Enarbolando el pretexto de cambiarse de ropa y asearse para la cena, evitó continuar con el tema, lo cual supuso un gran alivio para su cabeza henchida de pensamientos… en los que predominaba un lord de enigmática mirada que ignoró por completo su necesidad de ser auxiliada.

A la mañana siguiente, para tratar quizás de restar importancia al

incidente del día anterior, Dorothea acudió a la alcoba de la joven con objeto de sugerirle que la acompañara hasta la ciudad.

Quería visitar el almacén de la señora Long y encargar algunas telas; bien podría realizar el encargo a alguna de las doncellas, pero le pareció sensato dar un paseo y estirar las piernas, aprovechando la ausencia de lluvias y los temperamentos de ambas, tan prestos al ejercicio.

Eva aceptó en el acto.

Le encantaba pasear por el campo, especialmente durante la estación fría; resultaba agradable sentir la brisa fresca en el rostro mientras se caminaba bajo un cielo completamente encapotado, y notar la punta de la nariz helada y los sentidos en alerta sobre la base de las bajas temperaturas.

En cambio, en verano, no le agradaba demasiado pasar tiempo en el exterior. El calor y el sol la agobiaban como para exponerse a todo ello sin necesidad.

Animada ante la perspectiva de caminar durante la media hora que suponía el trayecto hasta el almacén, se acercó al *bureau* para recoger sus guantes.

Al abrir el cajón, la cajita de madera, herencia de su madre, quedó a la vista. Durante unos segundos, se quedó quieta, mirándola inmutable como columna de sal.

No había día que no pensara en aquella caja o instante en que no se quedara observándola como pasmarote una vez se revelaba ante sus ojos.

Tampoco había día en que los secretos que ocultaba aquella caja no le revolvieran las tripas.

—¿Sigues teniendo la caja?

La voz de Dorothea la devolvió a la realidad; y regresó a ella con un parpadeo nervioso y una corta exhalación, también con el

repentino y feroz pulsar del corazón, pues, de pronto y tras escuchar tales palabras, este pareció reaccionar por propia iniciativa y con una violencia insólita.

Tomó los guantes, cerró el cajón y se volvió hacia su compañera, sintiéndose realmente confusa ante el conocimiento que la otra revelaba.

—¿Conocía su existencia? —respondió con una pregunta, tratando de asumir la violencia de la víscera cardíaca mientras se colocaba los guantes muy despacio, haciendo especial hincapié en cada dedo de tela.

Dorothea cabeceó y continuó sentada en el borde del lecho, mirándola con el afecto de siempre y en apariencia inmutable a lo que acababa de descubrir.

—Sí, tu madre la tenía desde hacía mucho mucho tiempo.

Eva permaneció en silencio, ajustando los huecos entre los dedos mientras un ceño *in crescendo* se instalaba en su semblante.

Jamás había referido nada a la señorita Landsbury acerca de aquella caja o de lo que contenía. Estaba segura de que ni siquiera había visto la caja en todo el tiempo que Eva llevaba en su casa, pues se había cuidado mucho de mantenerla a buen recaudo. De hecho, no esperaba que nadie más, aparte de ella misma, supiera de su existencia. No obstante, la mujer la había reconocido con un simple vistazo desde la distancia. ¿Cómo era posible? ¿Cuánto sabría la señorita Landsbury de los secretos de su pasado?

—¿Llegaste a abrirla?

Esta vez, y tras tomarse unos segundos para calibrar sus emociones y serenar el fiero golpeteo del corazón, fue Eva la que cabeceó muy despacio. ¿Debía hablar sobre ello? ¿Debía revelar lo que durante tanto tiempo había permanecido en la sombra?

Tragó seco, y acto seguido aspiró una honda bocanada que sirvió,

de algún modo, para insuflarse arrojos.

Mientras el ceño sombrío se aligeraba, sintió que quizás podía dejar asomar un resquicio de su alma ante Dorothea, sintió que tal vez era hora de revelar a aquella buena mujer un poco, solo un poco, de cuanto la atormentaba.

Ocho años de confianza y amabilidad sin tacha le ofrecían tal certeza. Dorothea Landsbury era de fiar. De hecho, la correspondencia intercambiada con su madre durante muchos años daba fe de ello.

—Lo hice —admitió—. La abrí. En contra de los deseos de mi madre quien, en su lecho de muerte, me rogó que no lo hiciera. —Negó con la cabeza al rememorar el terrible momento y su falta posterior—. Yo era joven y curiosa y no pude resistirme; me sentía tan perdida, tan sola en ausencia de mi madre… —Miró fijamente a Dorothea—. Pero ella tenía razón: nunca debí abrirla, nunca debí ceder a la curiosidad ni a semejante flaqueza de carácter. Nada podría encontrar allí dentro que me hiciera añorarla menos o que supusiera un bálsamo a mi soledad, muy al contrario…

Dorothea la observó con esa mirada suya eternamente rebosante de serenidad y amor.

—Porque lo que descubrí en su interior resultó terrible —concluyó Eva.

Dorothea suspiró.

—Mi niña…

Eva de nuevo negó con la cabeza y, esta vez, con el brío de quien procura alejar fantasmas horribles de su mente. Se llevó la mano a la frente, de pronto perlada de un sudor frío, y continuó expresándose:

—Vi el verdadero rostro del marqués… y le aseguro que es un rostro siniestro. Ni yo misma soy capaz de dar crédito a ciertas

cosas.

Dorothea suspiró otra vez. Por desgracia no descubría nada nuevo de labios de Eva.

Eleanor se lo había referido con las mismas palabras en múltiples ocasiones. Todavía conservaba las cartas en las que su amiga le relataba la pesadilla en la que se había convertido su vida al lado de Severus Wakefield, marqués de Grafton, y seguramente Eva habría leído las que ella le envió en respuesta, en las que le sugería que lo abandonara de inmediato y huyera con su pequeña hija lejos, lo más lejos posible del tirano.

Allí, en su casa, hallaría refugio seguro.

Tal y como lo había hallado la propia Eva ocho años antes.

Por supuesto, Eleanor jamás huyó.

Jamás habría condenado a la pequeña a una vida de ocultación, a pesar de que Dorothea estaba convencida de que vivir en la sombra y escondida hubiera resultado mejor que convivir con un hombre de la piel de Barrabás.

—No te atormentes, Eva, creo que hiciste lo correcto.

La joven la miró a través de unas pupilas brillosas de emoción. Demasiadas lágrimas pulsaban tras los párpados, esperando ansiosas la liberación.

Mencionar a su querida madre, mencionar sus propias debilidades del pasado y el horror que descubrió en aquella caja removía demasiadas emociones en su interior. Del mismo modo que al agitar las aguas quietas de un estanque estas se vuelven turbias y permiten el ascenso hasta la superficie de enmarañados ovillos de algas que deberían permanecer ocultos en las profundidades.

—Así es, querida, y así lo creo. Hiciste lo correcto —reiteró la mujer—. De no haberlo hecho, seguirías atrapada en aquella casa.

Eva inclinó la mirada al suelo, inhaló profundo y se permitió

considerarlo.

Tal vez no siguiera en Wakefield Manor, ya que su padre pretendía casarla con el señor Montgomery, aunque eso la señorita Landsbury no tenía por qué saberlo, pues ella jamás lo mencionó; tal vez su vida hubiera continuado siendo un desastre, una eterna sumisión… con otro carcelero y en distinta prisión.

—Abriste la caja, pero cerraste la tapa a tiempo para conservar intacta la esperanza, mi niña —concluyó la mujer, alargando la mano para requerir su cercanía.

Eva se acercó a ella y enlazó su mano enguantada en aquella mano afectuosa de madre, hermana mayor, amiga y protectora. Las lágrimas permanecieron retenidas en las pestañas rojizas, ya no amenazaban con descender.

Sí, lo había hecho.

Había conservado la esperanza en medio de tanta calamidad.

Había huido de su desastroso presente y de un futuro que se auguraba horrible para refugiarse bajo el ala de aquella buena mujer, tal y como en sus cartas tantas veces le había sugerido Dorothea a su madre a lo largo de los años.

—Vamos —instó la señorita Landsbury, levantándose del lecho—. Todavía tenemos un buen paseo hasta el almacén de la señora Long.

Capítulo 7

Elijah se vio casi forzado a acompañar a lady Lanport, a lady Averbury y a la señorita Kilbuck al almacén de Norwich —en realidad, debido a que tanto Frederick como Damien se habían escabullido convenientemente para atender asuntos que catalogaron como impostergables y que al conde le sonaron a pretexto en toda regla—.

Él, como no había tenido el buen tino de salir a montar ni se ocupaba en nada que realmente justificara una negativa por su parte, tuvo que resignarse a pecar de incauto para ejercer de centinela y custodio de las damas amigas; de ese modo, escoltarlas hasta el lugar.

Lady Averbury, al parecer, pretendía conceder una última oportunidad al comercio local, y esa visita a la ciudad —a esa ciudad demasiado pequeña, aburrida y desfasada— obedecía a tal propósito, amén de a una necesidad imperiosa de sustituir la cadenita plateada de su ridículo, que recientemente había quebrado al engancharse en el brazo de una silla, por otra similar. Confiaba en que al menos, y por muy precaria que fuese la demanda en un lugar como aquel, le ofrecieran una aceptable selección de un producto

especialmente básico como podía serlo la cadenita de un bolso.

De ese modo, Elijah permaneció de pie al lado de la puerta del almacén de la señora Long durante su buena media hora larga, erguido y regio en su apostura como bastión imperturbable, y tan hastiado como si hubiera dedicado los últimos treinta minutos a ver crecer el pasto.

La tendera se había mostrado más complaciente —y paciente— de lo que ningún mortal pudiera mostrarse jamás ante clientas tan exigentes y puntillosas, mucho más de lo que se hubiera mostrado él mismo pues, aun desde su posición un tanto retirada, no había podido evitar resoplar o poner los ojos en blanco en determinados momentos.

De hecho Elijah estaba convencido de que la buena mujer se merecía la entrada directa en el cielo, especialmente después de sacar —y estaba seguro de esto— toda la artillería pesada de la trastienda para tratar de satisfacer a las damas, que no se limitaron a solicitar lo que tenían en mente a su salida de Felbrigg Hall, sino que por el camino debieron de añadir a su lista de prioridades docenas de bagatelas que resultaban también indispensables, al parecer, para su comodidad.

Algunas de dichas fruslerías, por supuesto, no se encontraban a disposición en el almacén, otras de las mostradas no resultaban del agrado de las solicitantes y unas pocas no entraban siquiera en el conocimiento de la comerciante, por tratarse de algo que jamás le hubiera demandado hasta el momento ninguna de las residentes de Norwich.

Al cabo de un tiempo que a Elijah le semejó interminable —y después de haber maldecido en el pensamiento la conveniente ausencia de los otros dos caballeros—, agradeció que las damas pusieran fin a la visita.

Se disponía a abrir la puerta del comercio para franquearles el paso cuando se topó bajo el umbral con dos mujeres cuya presencia lo obligó a detenerse en seco, a riesgo de colisionar con ellas. La sorpresa, consecuencia de un encuentro tan abrupto, surgió desde ambas partes, pues en el aire sonaron el eco de un jadeo varonil y de dos hipidos contenidos.

La mirada de Elijah voló de inmediato hacia la más joven, cuyo iris del color del laurel se ancló en el acto en el suyo propio.

Tras sostenerse la mirada por unos segundos, de forma sistemática Elijah la descendió hasta el calzado de la señorita, y lo encontró en ese momento tan limpio y lustroso como cabía de esperar.

Fue consciente Eva de la dirección que siguieron los ojos del conde, así como el momento que sin duda evocaba con ese gesto, y los rubores acudieron con presteza a su rostro en remembranza de lo que habían compartido sin pretenderlo. También asomó un ceño graciosamente fruncido sobre la base del fastidio que la joven estaba experimentando.

Raudo como el viento, Elijah regresó la mirada al frente y, cuadrándose en su apostura, consciente de donde estaba y del lugar que ocupaba al encabezar el trío de damas que debía escoltar, se hizo con rapidez a un lado para ceder el paso a sus acompañantes.

Todavía sostenía la puerta cuando las dos mujeres que permanecían en el exterior atravesaron el umbral, la más joven de ellas con la mirada inclinada y sin traza alguna de elevarse.

Mientras el grupo se alejaba en dirección al coche que los aguardaba al otro lado del camino, Elijah se sorprendió a sí mismo con un ceño profundo y extrañamente fruncido; de igual modo le confundió descubrir la prensa en que, de pronto, se había convertido su mandíbula.

Sabía el motivo de todo ello. Le hubiera gustado detenerse y conversar con ella —¿acerca de qué cosa, en realidad?—, pero era consciente de que no habían sido presentados de forma oficial y no resultaba correcto, ni prudente, ni sensato, iniciar una conversación, por más banal que esta fuera, frente a las damas que lo acompañaban ni ante la protectora de la señorita Burney.

Habría resultado extraño, en todo caso, para cualquiera de las partes. También arriesgado e irreflexivo.

No, no podía detenerse a conversar con ella, aunque lo deseara en profundidad. Lo único que podía hacer era precisamente lo que había hecho: intercambiar una mirada fugaz y continuar camino.

La voz de lady Averbury lo apartó de forma abrupta de sus frustrantes cavilaciones:

—¡Oh, por el amor de Dios, qué color de pelo tan… insólito! —La dama jadeó, sabiendo escoltadas sus palabras por las risitas de la señorita Kilbuck, que en vano trataba de ocultar tras la mano enguantada—. ¡Y por duplicado, además! ¿Había visto alguna vez, querido conde, algo tan falto de distinción y elegancia como el color de pelo de esas dos mujeres?

Elijah tragó seco y, sin darse cuenta de lo que hacía, detuvo sus pasos. El ceño continuaba fruncido con severidad, la cabeza permanecía volada hacia ninguna parte.

La evocación de la melena ruibarbo de la señorita Burney, completamente despeinada la última vez que la observó bajo los alisos y recogida con elegancia en esa ocasión bajo un coqueto *bonnet* de tela, provocó que la arruga del entrecejo se aligerara y que las comisuras de los labios le temblaran ligeramente hacia arriba.

—Lo cierto es que es el color más fascinante que he visto jamás.

Y reanudó el paso ante la mirada pasmada de las tres mujeres

que se habían detenido también, para imitar al caballero que las precedía, y esta vez mirándose entre sí con absoluto y completo desconcierto.

***

—¿Qué opinión le merecen?

La pregunta se deslizó sin permiso entre los labios de Eva, en realidad y simplemente tal vez, para poner voz a sus pensamientos más recalcitrantes. Sin duda unos que Eva no desearía jamás exteriorizar.

Consciente de su desliz, alzó rauda la taza de té para dar un sorbo prolongado a la infusión caliente; al menos de ese modo ocultaría tras la porcelana los rubores que acababan de escarchar sus mejillas y, mientras atendía a beber, se mantendría silenciada, a salvo de comprometer ante otros sus emociones.

La señorita Morris, maestra en la escuela de señoritas de Norwich y contertulia ocasional de la señorita Burney, miró durante unos segundos y con gran curiosidad a Eva.

Aunque la relación entre ambas era afable y cordial y a menudo solían compartir conversaciones sumamente inspiradoras acerca de política, historia, música o cultura general —al menos así sucedía cada vez que se encontraban—, jamás, y durante los años que la había tratado, observó Bella Morris a la señorita Burney mostrar ningún tipo de emoción privada o siquiera debilidad ante los demás.

Siempre se había comportado con una perfección casi rayana en la obsesión. Invariablemente amable, siempre pulcra y comedida en sus ademanes, siempre y en apariencia en disposición de todos los dones de la humanidad reunidos en un sayo hermoso y sencillo de admirar.

Tal vez por ese motivo recibió la pregunta con cierto aire de divertimento al descubrir por fin un resquicio de disconformidad en la señorita Burney; en respuesta, se limitó a cuadrarse en su asiento y dirigir la mirada hacia el grupo al que su acompañante se había referido.

El duque de Lennox se hacía acompañar, como solía suceder, por los caballeros que conformaban su séquito personal: el conde de Stanton y lord Lanport.

La ceja derecha se arqueó en el acto.

—Le horrorizaría saberlo, señorita Burney.

Eva descendió la taza para mirarla fijamente.

—¿Tan mala es?

Eva sabía que, por algún motivo, el duque de Lennox no era santo de la devoción de la señorita Morris, no obstante, en alguna ocasión la había escuchado referirse en buenos términos a lord Lanport y… al conde de Stanton, al que en concreto había citado como amable, cordial y caballero.

¿Caballero? ¡A sus ojos no podría serlo menos!

—¿Acaso su opinión podría ser benévola? —La observó algunos segundos, calibrando la respuesta que podría serle ofrecida. Ante el gesto de desconcierto de la señorita Burney, que de nuevo observaba el grupo con una expresión extraña en el semblante, meneó la cabeza en negación—. En su caso sí, claro que podría serlo —concedió, rendida al verdadero carácter de su compañera. Había sido demasiado optimista al suponer que la perfecta señorita Burney podría pensar mal de alguien más—. Usted es una mujer de gran inteligencia y corazón noble.

Eva regresó la mirada a la joven que permanecía sentada a su lado. Los ojos se deslizaron apenas unos segundos por la cicatriz que surcaba la mejilla de la señorita Morris para componer, sin

pretenderlo, la sombra de un ceño fruncido. En el acto, y fugaz como el viento, desvió la mirada de aquella marca al líquido rojizo que llenaba su taza. Al menos el lugar más seguro dentro de aquella estancia.

—Usted también lo es —murmuró bajito.

Bella Morris jadeó una risotada baja.

—¿Correcta como usted? ¿Igual de prudente y generosa? ¡Oh, no, no lo crea! Yo soy sin duda mucho menos benévola y condescendiente que usted, querida. —Se humedeció los labios antes de proseguir—. Yo no espero lo mejor de las personas, mucho menos de los hombres.

Los verdes jades de Eva se alzaron para buscar sin permiso la silueta de cierto hombre en particular. Uno que formaba parte de aquel corrillo que, durante demasiados minutos, había atrapado su atención y sus pensamientos.

A aquel hombre que peinaba su cabello castaño hacia atrás, lo que permitía la visión de una frente amplia y despejada.

A aquel hombre poseedor de una varonil mandíbula cuadrada provista de hoyuelo, que descansaba sobre amplia lazada de *cravat* negro, perfectamente ahuecados los lazos sobre un almidonado cuello blanco de camisa.

El frac verde oliva ofrecía una caída impecable sobre sus contundentes hombros y sobre la marcada amplitud de su espalda.

Sin duda, en medio de aquel grupo de caballeros, el conde de Stanton destacaba en apostura, virilidad y elegancia.

Retiró la mirada en el preciso instante que sintió arder otra vez las mejillas. Replegó los labios al interior de la boca y contuvo la respiración.

Aquella nueva muestra de debilidad la torturó.

Su cuerpo, sus sentidos y su subconsciente no deberían

traicionarla de ese modo y mostrarse tan evidentes en lo que a aquel caballero en particular se refería. Especialmente cuando en uno de sus últimos encuentros había hecho gala de una falta de caballerosidad espantosa.

—Tampoco yo espero ya gran cosa de nadie —comentó bajo la sombra de un ligero ceño, recordando el momento en el que la espalda del caballero, a lomos de su montura, fue lo último que vio de él mientras ella continuaba con el pie incrustado en el barro.

—Le hicieron daño —apuntó la señorita Morris. Y no era una pregunta.

Eva no respondió. Se limitó a enviar otro largo, larguísimo trago de té, y descender la mirada a la florida porcelana.

—Un hombre —continuó Bella Morris—, estoy convencida; siempre es por un hombre.

Eva reveló el esbozo de una sonrisa amarga.

—No en el sentido en el que usted cree.

—¡No importa el sentido en el que hablemos! —cortó Bella—. Siempre que hay hombres de por medio la cosa acaba mal. —La miró de hito en hito—. En el pasado le han roto el corazón…, y eso es todo cuanto sé.

Eva tragó seco.

Sí, le habían roto el corazón… y el alma y la dignidad.

Desde que tenía uso de razón, el marqués de Grafton, con su dureza y su falta de interés, afecto y paternalismo, la había hecho sentir muy pequeña, casi insignificante, al lado de Martha o de él mismo, cuya sombra resultaba tan infinitamente alargada que acababa por eclipsar y humillar a todos los demás.

Después, una vez leyó el diario personal de su querida madre, su opinión acerca de Severus Wakefield no pudo en modo alguno más que recrudecerse hasta orillarla a los preludios de un resentimiento

in crescendo y visceral como jamás consideró poder dar cabida en su interior.

De noble corazón y benevolencia, había dicho la señorita Morris…

La sonrisa amarga que afloró segundos antes asomó ya sin recelo a sus labios. Si Bella Morris supiera todo cuanto guardaba en el interior de su alma, no la consideraría tan plena de dones y bondades como parecía hacerlo.

En medio de la bruma provocada por sus pensamientos, Eva se percató de que la señorita Morris acababa de levantarse de su asiento, como impulsada por un invisible resorte, de pie en toda su rígida figura para asomar a su rostro un rictus regio, mucho más del que acostumbraba a mostrar en su presencia.

Siguió la dirección que tomaban los ojos de la maestra para descubrir en la distancia a una de sus pupilas, creía recordar que se trataba de la señorita Rutley, que caminaba entre los convidados, seguida muy de cerca por el hermano menor del duque, lo que daba a entender, a pesar de su pretendido disimulo, que lo hacían en compañía.

Tal descubrimiento, al parecer, encrespó los ánimos de la maestra.

—Si me disculpa, señorita Burney, será un placer continuar conversando con usted en otro momento —apuntó con la mirada todavía fija en la pareja que se escabullía hacia el exterior.

Eva la observó un instante.

No estaba segura de desear seguir conversando sobre un tema tan sensible como el que las había ocupado los últimos segundos, uno que la trasladaba a episodios de su pasado que deseaba mantener ocultos en las profundidades de su alma; aunque siempre resultaría un placer encontrarse con la señorita Morris y compartir una tertulia agradable… y menos comprometida.

—Es propio —disculpó la joven.

Y con un cabeceo cordial, ambas dieron por finalizada la charla.

Capítulo 8

Hacía ya bastante rato que Elijah había dejado de escuchar al hombrecillo que, en mala hora, se acercó a él para perturbar su fugaz estado de paz mental.

Si había aceptado asistir a la velada musical en casa del doctor Gratley, fue simplemente debido a que todo su grupo decidió asistir y, ¿para qué negarlo?, también porque se encontraba bastante aburrido.

Durante todo el día había estado lloviendo, por lo que no pudo salir a montar para despejar la mente; semejante circunstancia lo había orillado además a resignarse ante la obligación de permanecer en Felbrigg Hall escuchando el parloteo incesante y vano de las damas allí convidadas.

Asistir a una velada en la que las jóvenes solteras se sentaran ante un piano para mostrar su sensibilidad y talentos musicales —la mayor parte de las veces completamente dudosas o nulas ambas circunstancias—, no resultaba lo más apropiado para abonanzar la mente después de un largo y tedioso día de sopor. Tampoco suponía la mejor forma de cerrarlo.

No obstante, y como el paciente mártir que últimamente había

descubierto que era, allí se encontraba él: escuchando los tonos desafinados emitidos por aquel sufrido instrumento que se dejaba aporrear por los dedos inhábiles de las señoritas que deseaban lucirse frente a un público por demás resignado; y mientras los otros caballeros se habían unido a un grupo afín con el que departir sobre asuntos políticos o amortiguaciones de carruajes, Elijah había optado por mantenerse en un aparte con intención de permanecer a salvo de cualquier indicio de interacción social.

Tal vez la noche transcurriera rápido y, con un poco de suerte, las intérpretes no resultaran tan poco prudentes como para decidirse además a cantar y convertir así la velada en un auténtico suplicio.

No obstante, aquel personajillo ataviado con frac de terciopelo, calzones de raso abrochados por debajo de la rodilla, zapato de hebilla plateada y sonrisa mellada en ristre, había dado con él de todos modos, al encontrarlo incluso detrás de la columna estucada tras la que había decidido refugiarse.

Por suerte, tanto su cabeza como sus pensamientos alzaron vuelo en el mismo instante en el que el hombre enlazó su reverencia con una sucesión imparable de lisonjas y parloteo innecesario, y ni una ni otros regresaron a su sitio hasta que escuchó las palabras clave:

—Permítame presentarle a dos de nuestras vecinas, la señorita Dorothea Landsbury y su protegida, la señorita Eva Burney.

«Eva Burney, Eva Burney, Eva…».

El nombre resonó en su cabeza como un eco precioso, y se abrió paso entre un océano de bruma soporífero y opaco y alguna que otra disonante nota musical.

Eva.

Un nombre sin duda idóneo para aquella criatura.

Eva.

La primera mujer de la Creación.

La primera en su cabeza en los últimos tiempos.

—Señoritas, les presento a Elijah Grayson, conde de Stanton.

Tras ofrecer a ambas mujeres un cabeceo de cortesía y apreciar las reverencias que ambas le devolvieron, fue la mayor la que habló en primer lugar.

—Señor Grayson, es un placer conocerle al fin. Coincidimos recientemente en el almacén de la señora Long, mientras acompañaba usted a tres elegantes damas. —Dorothea ladeó el rostro para ofrecerle una sonrisa amable—. Aunque, por entonces, no habíamos tenido la fortuna de haber sido presentadas.

Elijah aspiró una profunda bocanada y fingió no recordar, aunque en modo alguno había podido apartar de su cabeza el citado momento. Recogió las manos a la espalda, bajo los faldares de la chaqueta, cuadró hombros y elevó la barbilla.

—¡Oh, es muy posible! —se limitó a decir mientras componía una expresión pensativa, y aunque no deseaba en modo alguno transmitirlo, no pudo evitar que su tono reflejara la vacilación manifiesta de quien pretende fingir sin éxito alguno—. Sí, cierto es, el sentido del deber me apremió hace unos días a acompañar a dichas damas una vez fue requerida mi presencia.

Eva frunció el ceño ante semejante apunte.

—Por supuesto, muy honorable de su parte, señor —añadió Dorothea.

—Simplemente atendía a mi deber de caballero.

De pie al lado de la señorita Landsbury, posicionadas ambas frente al conde y al señor Phillips, quien había mostrado la gentileza de presentarlos, Eva sentía que le bullía la sangre en las venas al escuchar a Elijah Grayson, el caballeroso conde de Stanton.

Por ello, en medio de tanta ebullición incontenible, supo que no podía silenciarse más sin decirle al señor conde lo que en verdad

pensaba de él y de su alabada caballerosidad.

—No podía ser de otra forma —apuntó sin desatender fingir una sonrisa—. Cualquier caballero que se precie de serlo ha de mostrarse solícito y atento en todo momento, especialmente cuando es consciente de que una dama requiere de su favor.

Elijah la miró con fijeza desde su elevada estatura y a través de los párpados ligeramente entornados. Creía adivinar el propósito de aquellas afiladas palabras y también la queja implícita con que la señorita Burney las aderezaba.

—Exacto, así es —concedió muy serio, fija la mirada en los verdes orbes que permanecían enlazados con porfía a los suyos—. No obstante, resulta imposible socorrer a quien no desea ser socorrido, señorita.

Tanto el señor Phillips, cuya cabeza apenas alcanzaba el hombro del conde, y la señorita Landsbury alternaban la mirada de uno a otro, sabiéndose testigos involuntarios de un debate por completo inesperado.

—Un caballero debe siempre saber cuándo en verdad se precisa de su favor —continuó Eva—, aunque no le sea referido de forma explícita.

Elijah cabeceó en medio de una sonrisa sarcástica. Los dos oyentes involuntarios continuaban mirando de uno a otro, con gesto de desconfianza el señor Phillips y de cierto temor la señorita Landsbury.

—Bueno, teniendo en cuenta que cualquier dama que se considere en apuros posee voz para solicitar auxilio, no tendría sentido que el caballero en cuestión impusiera su asistencia sin serle esta requerida. —Nuevamente Elijah se cuadró en su apostura, aunque esta vez no pudo disimular la tensión de la mandíbula—. Muy al contrario: una intervención no requerida es, bajo mi punto de

vista, la antítesis de la caballerosidad.

Eva boqueó de indignación. Las mejillas se le tiñeron de escarlata como dos tulipanes recién escarchados al sol.

Por fortuna, el señor Phillips, visiblemente incómodo ante el intercambio, decidió intervenir para contener una conversación que se intuía inclinada hacia derroteros muy poco benévolos.

—Señorita Burney —su tono acusaba un nerviosismo delator—, creo poder afirmar que todos los presentes, incluido nuestro anfitrión, el señor Gratley, nos sentiríamos sumamente distinguidos si aceptara usted honrarnos con una actuación.

Eva apartó por vez primera su mirada del conde para deslizarla, bajo un ceño de desconcierto, hacia el caballero que así había hablado. También los demás miraron al señor Phillips, sin duda sorprendidos ante su petición.

—El pianoforte acaba de quedar libre —continuó el hombre, tratando de justificarse o de resultar persuasivo— y sin duda es usted la mejor intérprete de todo Norwich. Por favor, señorita Burney, tenga la bondad de bendecirnos con sus dotes musicales…

Eva balbuceó. Desde luego no esperaba una petición semejante, mucho menos que el señor Phillips empleara tal requiebro para poner fin a la conversación con el conde.

—Yo…

—Creo que es una maravillosa idea —intervino Dorothea, tocando el antebrazo de su protegida con sumo afecto. Sin duda también ella consideraba, al igual que su vecino el señor Phillips, que era la mejor forma de zanjar un encuentro tan desafortunado.

Desafortunado por segunda vez.

—Bien, si es de su agrado… —aceptó Eva a regañadientes.

Tras un cabeceo de asentimiento, se disponía ya a alejarse del grupo en dirección al pianoforte de la casa cuando la voz de Elijah la

hizo detenerse en seco.

—¿Me permitiría girarle las hojas de la partitura?

El ceño de la joven, que todavía conservaba la arruga de desconcierto de segundos antes, se acentuó. Del mismo modo que lo hicieron los rubores que pintaban de escarlata sus mejillas, que componían en su rostro un conjunto encantador a juego con la tonalidad de su cabello.

El corazón brincó en el pecho como corcel de batalla desbocado en tanto el aliento brotó apresurado de entre sus labios.

¿Por qué querría él…?

—E-está bien —aceptó con indisimulable atropello, y tan completamente confundida como afectada por tales palabras.

***

Eva cruzó la sala sintiéndose tensa como cuerda de arpa.

Un dolor punzante surgía en medio de la espalda y se expandía hacia arriba y hacia abajo a lo largo de la columna, lo que limitó sus movimientos y la obligó a caminar tan derecha como un ridículo baluarte. Para completar el embarazoso conjunto, las manos permanecían cerradas en puños y los brazos rígidos y extendidos a ambos lados del cuerpo, lo que confería a cada pisada un movimiento desacompasado y marcial.

¿Y cómo desatender semejante estado de rigidez y envaramiento? ¿Cómo tratar de hacerlo de menos?

No podía conducirse de otro modo cuando su incomodidad resultaba tan obvia.

Como obvia era también especialmente la presencia, a pocos pasos a su espalda, de Elijah Grayson, conde de Stanton.

Elijah…

Así se lo había presentado el señor Phillips.

Elijah…

Un hermoso nombre para un apuesto caballero.

Apretó los párpados con rudeza unos segundos para alejar de su cabeza tales pensamientos —unos de los que jamás debiera sostenerse—, acto seguido avergonzarse en profundidad de sus debilidades, frustrarse consigo misma y, después de todo ello, regresarse a la realidad.

Y, en dicha realidad, lo único que debía imperar era la evidencia de que quien la seguía a tan breve distancia era un caballero que, sobre todas las cosas, la sacaba demasiado de quicio. Un caballero que no se comportaba como tal y que había dado muestras de ser un completo necio y un esnob.

¿A quién le importaba que fuera apuesto o tuviera un nombre bonito?

Una vez frente al pianoforte que, efectivamente, permanecía disponible en aquella parte de la estancia, ocupó con excesiva ceremonia la banqueta tapizada, y se concedió el tiempo necesario, e incluso más de lo requerido, para recoger bajo el cuerpo la falda de muselina, acomodar los pliegues sobre el regazo y tratar de dispensarse así una comodidad que no llegaba.

Hubo tiempo incluso para ajustar los guantes dedo a dedo, llevarse una mano al escote y tratar, con ese gesto, de acompasar los latidos del corazón por demás innecesariamente agitados desde hacía un rato.

Tal vez lo que sucedía en realidad era que no se sentía segura de realizar una tarea en la que se sabía perfectamente competente por el simple hecho de advertir la presencia masculina demasiado cerca.

No quería —¡no debía!— estar tan pendiente de Elijah Grayson como para que su sola presencia coartase sus habilidades o su

libertad de pensamiento y obra…, pero así sucedía, muy a pesar suyo. Y semejante certeza la enojaba en extremo.

Por eso, cuando se enderezó en la banqueta y aspiró una profunda bocanada con el fin de insuflarse arrojos y aprestarse para la actuación, de algún modo el potente perfume con aroma a sándalo y cítrico invadió de golpe su ser, como una ola etérea, reptante e implacable de fragancia, lo que provocó violentas sacudidas en su pecho y acentuó la respiración atropellada.

Del mismo modo sucedía con el propietario de tales esencias quien, con idéntica fuerza invasiva, parecía pretender arrollar a su paso el tranquilo mundo de Eva mediante su comportamiento altivo y sus ademanes insufribles.

¿Por qué era tan petulante, tan engreído, tan intolerable…?

¿Y por qué, a pesar de todo esto, conseguía erizarle el vello de la nuca y provocarle aquella extraña sensación de calor en el vientre y en el pecho cada vez que era consciente de su presencia, cada vez que se sabía el centro de sus miradas o, como en ese instante, percibía su aroma y su cálido aliento sobre la nuca?

Sin detenerse a analizar todo ello a riesgo de perder el sentido o siquiera la noción de su propia existencia, exhaló despacio el aire que llevaba demasiados segundos retenido en su interior, se desprendió de los guantes que segundos antes había ajustado con angustiosa porfía y levantó ambas manos a un tiempo para deslizarlas sobre el teclado de marfil

***

Elijah sabía que obedecía a una extraña e inapropiada necesidad desde el momento que de sus labios brotó la ridícula petición de acompañar a la señorita Burney hasta el piano para girarle las hojas

de la partitura.

¡Girarle las hojas de la partitura!

Solo cuando escuchó de su propia voz semejante solicitud fue consciente de su tremenda necedad y de lo ridículo que resultaba todo eso; una necedad y una ridiculez que continuó e incluso se incrementó cuando se vio a sí mismo escoltando a la señorita a través de la estancia, al seguirla de cerca como la estela de un cometa sigue de forma perpetua e irrevocable al brillante núcleo.

Aunque la cordura luchara por imponerse —y a fe de Dios que luchaba por hacerlo—, sus piernas acataban un mandato desconocido y ajeno a su propio raciocinio, lo que lo conminaba a seguir haciendo lo que hacía sin cuestionarse nada más.

De ese modo, y una vez la joven se sentó frente al piano, él se ubicó gentilmente a su costado, silencioso y dispuesto a deslizar las partituras cuando fuera necesario.

¿Qué otra cosa podría hacer?

Bueno, siendo razonable, debía reconocer que podría haberse retirado al realizar un discreto mutis, sin más; o podría alegar cualquier cosa: que su grupo lo reclamaba, que el anfitrión deseaba presentarle a alguien… Lo que fuera.

No obstante, nada de esto llevó a cabo.

Se limitó a permanecer al lado de la señorita Burney, erguido cual bastión imperturbable, dispuesto a escoltarla y a facilitarle la lectura de las partituras durante el tiempo que se extendiera su interpretación; dócil y complacido con la tarea autoimpuesta, como si no hubiera lugar en el mundo más sensato para él que el que lo había orillado al costado de la joven.

De sus labios, brotó resignado el eco de un suspiro.

Para concederse un mínimo de dignidad, valoró el hecho de que al menos desde su posición podía observar y admirar el perfil de Eva;

un rostro redondo de pómulos altos en el que destacaban el arco rojizo de las pestañas, una nariz perfecta y la voluptuosa fresa que formaban sus labios.

La cascada pelirroja, recogida en un sencillo rodete sobre la coronilla, refulgía bajo la luz ambarina de los múltiples candelabros que iluminaban la estancia, lo que la convertía, cómo no, en la brillante estrella que él había seguido con sumisión.

O en el más poderoso reclamo al que jamás y hasta entonces había sucumbido.

Cuando se descubrió adelantando la mano con disimulo para rozar apenas con la yema de los dedos uno de los bucles pelirrojos que permanecía en suspensión a la altura del hombro de Eva, supo que estaba perdido; y, de ese modo, además se confirmaba la evidencia de que hacía ya demasiados minutos que su cuerpo no respondía a la razón y obedecía tan solo a una inesperada e impropia exigencia.

A un reclamo imposible de desatender.

Por fortuna, ella no percibió el gesto pero, en cuanto el propio Elijah fue consciente de su desliz, retiró de inmediato la mano, tal como si el cabello fuese un brote de fuego y acabara de quemarlo.

Cielo santo, ya no era él.

En algún momento, esa noche había dejado de ser el sensato y responsable conde de Stanton, el lord cargado de obligaciones y responsabilidades, para convertirse en un completo y redomado bobo.

Torturado por sus propios demonios, deslizó una mirada fugaz hacia el rincón de la sala donde sabía que permanecía su grupo. Cuando se encontró con la mirada de Damien y de Frederick, los dos parados como pasmarotes que observaban en su dirección, y apreció las cejas enarcadas de ambos sobre la base de la sorpresa —y especialmente el rictus mezcla de mofa e incredulidad que reflejaba

el rostro del duque—, supo que no solo él había sido testigo de su estupidez.

No sirvió de mucho que recogiera de inmediato las manos a la espalda o que se cuadrara firmemente en su apostura para tratar de restaurar la dignidad que acababa de perder, pues el gesto que apreció en los rostros de los caballeros amigos sirvió sin duda para que de su perdición quedara constancia.

Cerró los ojos un instante y, de ese modo, trató de dejarse envolver por la melodiosa cadencia que arrancaban los finos dedos de nieve a las teclas de marfil. Ni siquiera los ángeles habrían sido capaces de conseguir que un simple instrumento terrenal deslizara melodía tan cautivadora.

Capítulo 9

Las anaranjadas lenguas de fuego chasqueaban con sonoridad en la cavidad de la chimenea, lo que concedía a las damas que las observaban desde una distancia prudencial la sensación de apacibilidad y templanza que ambas procuraban en aquella tarde invernal.

Dorothea en realidad alternaba la mirada de la generosa lumbre a la joven que permanecía sentada en el butacón enfrentado, tan sumamente abstraída esta con el baile de las llamas que ni siquiera era consciente del estudio tan obvio llevado a cabo por la mayor.

Fuera llovía con bastante violencia y las gotas de lluvia arañaban los cristales con la sonoridad de un centenar de gatos furiosos, por lo que el calor que se sentía en la sala, unido a la visión lánguida que ofrecía la chimenea bien alimentada, imbuía a las mujeres en un agradecido estado de sopor.

Tal vez fuera debido a la laxitud que concedía ese letargo gustoso que los pensamientos tomaron voz de pronto en los labios de Dorothea y, muy posiblemente, sin el consentimiento de la mujer.

—Te pareces tanto, mi niña…

Terminó la frase con un suspiro y un repliegue forzoso de los

labios al interior de la boca, consciente de su desliz.

Desde el sillón, Eva giró la cabeza para mirar en dirección a donde se encontraba la señorita Landsbury. De hecho, recibió sus palabras con cierta turbación y una sombra de extrañeza en su rostro adormilado. ¿A qué se refería la querida Dorothea? ¿A quién se parecía?

Porque, si bien era cierto que Eva había querido a su madre de forma incondicional, con toda su alma, como una hija buena y de gran corazón puede y debe querer a una madre devota, cariñosa y entregada, la realidad pasaba porque madre e hija no se parecían en lo más mínimo. Jamás se habían parecido.

Donde Eleanor había poseído un cabello dócil, lacio y de un hermoso color miel, Eva lo tenía ligeramente ondulado y del color del ruibarbo.

De hecho, Martha solía hacer mofa constante de ella al decir que era la única de la familia con el pelo de un color tan extraño e intolerable, cuando el marqués y la propia Martha lo tenían negro como la noche y Eleanor de un dulce tono claro.

Por cierto que Eva solo había visto un tono igual al suyo en la persona de la señorita Landsbury. Nunca antes en nadie más.

No obstante, estaba claro, a juzgar por la mirada de Dorothea, regresada con premura a las ondulantes y elevadas lenguas de fuego, que la mujer no albergaba la menor intención de esclarecer las dudas de Eva tras sus extrañas palabras.

Resignada, Eva imitó la dirección que siguió la mirada de la señorita Landsbury para dedicar su atención, al menos durante unos pocos segundos, al agitado baile ígneo que con cada sacudida consumía más rápido los leños entregados.

Sus pensamientos, empero, se encontraban muy lejos de allí. En realidad cualquier pequeño apunte, cualquier situación o palabra

parecida a otra ya entregada podían fácilmente trasladarla a tiempos pretéritos y a escenarios que le dolía recordar y que, para su desgracia, evocaba en más ocasiones de las deseadas.

En este caso lo hicieron las palabras de Dorothea, las cuales de inmediato le recordaron las burlas de Martha respecto a su pelo de fuego, como el de una bruja, solía decirle esta.

Por supuesto también la remontaron a Wakefield Manor, territorio del omnipotente marqués y, por extensión, al recuerdo nunca olvidado de su querida madre.

Tras un tiempo elucubrando y padeciendo en privado, decidió Eva exteriorizar parte de lo que cargaba su cabeza, pues el peso repentino amenazaba con estropearle la tarde. Con nadie más podría hacerlo de forma más confiable que con aquella buena mujer que siempre había respetado sus tiempos y su idea de acatar el destino.

—Querida Dorothea, ¿conoció usted a mi… —Eva se silenció en el acto mientras reconsideraba con cuidado sus siguientes palabras; la mirada, todavía, fija en las llamas danzantes— al marqués de Grafton?

No pasaron desapercibidos a la señorita Landsbury ni la vacilación inicial de la joven ni el viraje repentino con el que Eva remató su pregunta. No era la primera vez que la joven se refería a él como el marqués, en lugar de como su padre. No obstante, se cuidó de exteriorizar lo que fuera que estuviera pensando al respecto —y en verdad, en esos momentos, se atrevía a calibrar algunas posibilidades—; habían transcurrido ocho largos años y había cosas que debían hablar las dos, pero no sería ella la que desenterrara de las profundidades aquello que concernía en exclusiva a la muchacha y que Eva se cuidaba con tanto celo de mantener en la sombra. Seguiría respetando su silencio y sus tiempos hasta que Eva se sintiera preparada.

—No llegué a conocerlo en persona —admitió—, aunque Eleanor me habló mucho de él en sus cartas.

Eva continuó con la mirada en el fuego y con el mismo barullo de pensamientos que se atropellaban en su sesera, en esos momentos, convertida en un auténtico pote burbujeante.

Sabía que tanto Eleanor como Dorothea habían hablado del marqués, y entendió que en no muy buenos términos —obviamente no podía ser de otro modo, al tratarse de quien se trataba—. No había visto las cartas escritas por su madre, pero sí había leído las de Dorothea y, a juzgar por las respuestas, sugerencias y opiniones que esta le ofrecía a su amiga en cada misiva, estaba claro que la dama con la que llevaba casi una década compartiendo vida parecía albergar una idea bastante aproximada de lo que era en verdad el marqués.

—Hay algo que me perturba y que jamás alcancé a entender —murmuró Eva apenas en un bisbiseo, como si se hubiera limitado a conceder alas a sus pensamientos.

Aunque Eva continuaba con la mirada enlazada al fuego, Dorothea no pudo evitar mirarla a ella con gran curiosidad.

—¿De qué se trata, querida?

—Nunca he comprendido por qué mi madre decidió quedarse con él —continuó y, mientras hablaba, un ligero ceño sombreó su mirada de jade—. Es decir, no entiendo por qué motivo se resignó a permanecer a su lado cuando el marqués siempre ha sido un hombre frío, insensible y en absoluto cariñoso. Mi madre era muy hermosa e inteligente, podría… podría… —Meneó la cabeza, dolida por el mar de posibilidades que se desplegaron en su cabeza y que jamás habían llegado a término.

La respuesta de Dorothea resultó tan enigmática que, en modo alguno, consiguió calmar las tribulaciones de Eva. Muy al contrario:

las avivó como quien sopla al fuego.

—Tal vez se quedó con él porque Eleanor consideró que era lo mejor que podía hacer…, dadas sus circunstancias.

Por vez primera, durante la conversación, Eva miró a Dorothea con un visaje interrogante en el gesto.

—¿Sus circunstancias?

En el aire sonó lánguido el eco de un suspiro resignado, procedente de Dorothea. La mujer se acomodó en el sillón que ocupaba, inclinando ligeramente el cuerpo hacia su atenta oyente.

—¿Cuánto llegaste a descubrir del pasado de tu madre, querida niña? —preguntó, mirándola de hito en hito—. ¿Cuánto hay en esa caja tuya capaz de revelarte toda la verdad?

Eva boqueó como pez arrojado fuera del agua, pero no llegó a articular palabra. Se mostraba confundida y asombrada. Era obvio que deseaba continuar protegiendo los secretos de su madre, todos ellos escondidos en aquella caja, pero también resultaba evidente que se trataba de secretos que empezaban a pesar demasiado sobre sus hombros. Necesitaba compartir la carga, necesitaba un hombro amigo que la ayudara a sostener todo el peso de su pasado… y a soportarlo después.

Respondió con otra pregunta.

—¿Cuánto sabe usted?

—Bueno, sé algunas cosas.

Ambas se miraron en silencio, calibrándose la una a la otra, tratando tal vez de considerar hasta dónde podían llegar hablando sin revelar más de lo prudente.

—¿Cuánto sabe acerca de la muerte de mi madre?

Dorothea exhaló por la nariz, fija la mirada en la joven.

—La última carta que recibí de Eleanor la situaba al inicio de su enfermedad. En ella me decía que creía haber contraído la tisis.

Eva tragó seco. ¿Debía seguir?

Si lo hacía, sería como destapar de golpe todo cuanto llevaba años ocultando. Sería como abrir la caja de Pandora y liberar al mundo todos los males y desgracias que en ella se agazapaban.

Habida cuenta de ello, ¿debía dar el paso y continuar?

Algo en su interior le decía que sí, y de hecho la animaba a romper con todo para liberarse de una vez de las pesadas ataduras que apretaban su alma; pero, muy en el fondo de su ser, continuaban escondidos y al acecho el miedo, la frustración y un poderoso sentimiento de impotencia e indefensión.

—Eso nos dijo el médico de la familia —la voz de Eva surgió gutural desde las profundidades de su alma— y eso fue lo que creímos todos. Era fácil creerlo, y lo más lógico en realidad. —El ceño se ensombreció, los ojos se velaron de tristeza—. La vimos postrada en el lecho, consumiéndose día a día como una vela o una flor a la que arrebatan el sol. Así que lo asimilamos de inmediato: tuberculosis, especialmente cuando la vimos toser sangre. Pero, cuando abrí la caja y leí su diario personal… —Eva apretó los párpados para aplastar bajo su peso las primeras lágrimas que dormían allí. Meneó la cabeza para apartar de sí la negra sombra descendida sobre ella—. Mi madre estaba convencida de que no se trataba de eso, y murió con dicha certeza en mente…

Eva replegó los labios al interior de la boca, inclinó la cabeza, que colgó entre sus hombros como un peso muerto, y dio rienda suelta a la legión acuosa que se desbordó entre las pestañas.

Dorothea abandonó su asiento de inmediato para acercarse a la joven y sentarse a su lado, en el brazo tapizado. Tomó las frías manos de nieve entre las suyas y las acogió, como cobijaría a un pobre pajarillo de la cruenta tempestad, después besó con cariño el delicado dorso.

—¿Quieres hablar de esto, mi niña? Podemos hacerlo, si tú quieres.

Por toda respuesta, Eva exhaló lentamente y en profundidad, de forma sonora. Acto seguido cabeceó en asentimiento; el rostro perlado por las lágrimas.

Capítulo 10

—Me temo que Frederick va a abandonarnos pronto —explicó el duque a Elijah cierta tarde, mientras paseaban los dos por los jardines de Felbrigg Hall en la hora lánguida y pensativa del atardecer—. Sus camaradas le requieren en Londres para abordar ciertos asuntos del Parlamento concernientes a las peticiones de su partido. Ha estado demorando su regreso todo lo posible, pero lo cierto es que ya no puede retrasarlo por más tiempo.

Elijah cabeceó en asentimiento mientras continuaba caminando con la mirada fija en las lustradas punteras de sus *hessian* y el pensamiento muy lejos de allí. En realidad tan lejos como pudiera encontrarse cierta señorita de cabello rojo y ojos verdes.

—Me preguntaba si tenías en mente acompañarle…

Cuando, tras este apunte, Elijah alzó la vista hacia Damien, se dio cuenta de que se encontraban casi en los límites de la propiedad y de que el sendero de grava que conducía hasta la residencia se desplegaba infinito a su espalda.

Ni siquiera tenía constancia de haber caminado tanto. Ni en semejante grado de abstracción.

—Bueno, yo… —comenzó diciendo—. No tengo problema alguno

en quedarme un tiempo más, si a ti te complace mi presencia.

El duque cabeceó en asentimiento.

—Por supuesto que me complace —añadió—. Eres un gran amigo, Elijah.

Este agradeció la deferencia con otro cabeceo y una sonrisa de gratitud. También él tenía en gran estima al duque.

—Y no sería un buen amigo si te dejara aquí solo con tres damas dispuestas a poner Norwich del revés —carraspeó con intención—, considerando que ya tienes tarea suficiente como custodio del romance de tu hermano Leonard.

A pesar de que el comentario pretendía fastidiar sin malevolencia al duque en alusión a su cargante porfía de estorbar de forma reiterada el romance de su hermano con una de las estudiantes de la escuela de señoritas, comprendió Elijah que no había conseguido lo que pretendía simplemente con descubrir aquella sonrisa taimada en el rostro de Damien, sonrisa que le semejó por completo fuera de lugar, pues consideró que no obedecía al asunto que trataban.

—Desde luego, resultaría por completo imperdonable de tu parte —añadió el duque, manteniendo la sonrisa—. Por otro lado, comprendo a la perfección los diferentes motivos que pueden animarte a ti en particular a permanecer en Norwich, aparte de tu intachable sentido de la amistad, por supuesto.

Elijah enarcó una ceja antes de dedicarle una mirada suspicaz.

—¿Otros motivos? No alcanzo a entender a qué te refieres…

Quizás no lo entendiera en verdad, pero al duque no le pasó desapercibida la repentina rigidez que apreció en su amigo, tampoco el músculo que empezó a palpitar de forma delatora en su mejilla.

—¿Estás seguro de ello? —inquirió Damien—. Yo creo que cierto petirrojo con grandes dotes musicales podría tener mucho que ver en tu decisión de continuar aquí.

Elijah cuadró hombros y alzó la barbilla al infinito. Su mirada obsidiana se oscureció bajo la sombra de un ceño profundamente fruncido. Puede que incluso sus pasos, que hasta el momento se habían mostrado tan instintivos como relajados, adquirieran de pronto la condición de zancadas, lo que obligaba al duque a apretar los suyos para no quedarse atrás.

—O al menos esa fue la impresión que me llevé de nuestra visita a la residencia del doctor Gratley —continuó pinchando el duque— mientras tú te dedicabas a girarle las hojas a la dedicada pianista.

Elijah encaró la burla encajando la mandíbula con dureza. Detuvo sus pasos, que se habían tornado vigorosos desde hacía un rato, para afrontar a su compañero.

—Muy observador de su parte, excelencia. —El tono del conde reveló cierto escarnio—. Aunque me permito informarle que tan solo pretendía mostrarme caballeroso y atento con una de nuestras vecinas, al menos mientras permanezcamos en Norwich.

Apreció Damien una ligera coloración en el rostro del conde, también un cambio en su tono, así que, de algún modo, se apiadó de él, pues resultaba obvio que Elijah no estaba siendo dueño de sus propios sentimientos, o que todavía no había sido capaz de canalizarlos.

—¡Oh, claro, por supuesto! —concedió, reprimiendo la sonrisa—. Un auténtico prohombre debe mostrarse siempre gentil, aunque la compañía no le interese lo más mínimo. Juraría que ni siquiera tuviste tiempo de apreciar el brillo de sus bucles pelirrojos.

Elijah era consciente de que Damien y Frederick habían sido testigos de su imperdonable desliz al rozar de forma intencionada el cabello de Eva mientras le miraba embobado, así que, en ese punto, fue incapaz de disimular la rigidez que se apoderó de él, y que lo envaró como el palo de un estandarte.

No obstante, en verdad debió compadecerse el duque de los cambios tan obvios apreciados en la actitud de su amigo, puesto que decidió no continuar torturándolo con sus pullas disfrazadas de bromas, por más que el bueno de Elijah se prestara a ello con una conducta cada vez más evidente.

Tuvo para ello que obligarse a contener la carcajada que ya borboteaba en su garganta y que sin duda se encontraba a la altura de la confusión que mostraba su amigo.

De todos modos, Elijah Grayson, conde de Stanton, no era ningún muchacho necesitado de consejo al que necesitara guiar, como sucedía con Leonard. Tampoco era un necio.

Muy al contrario: Elijah era un hombre hecho y derecho, serio y juicioso, que sabía perfectamente lo que se esperaba de él y el lugar que ocupaba en la sociedad. Damien jamás había puesto en duda ni una sola de sus decisiones, pues, desde que le conocía —y de eso había transcurrido ya mucho tiempo—, todas y cada una de ellas resultaban incuestionables.

Elijah había tenido que asumir el título, y todas las responsabilidades que este conllevaba, tras la inesperada muerte de su padre, cuando no era más que un muchacho recién graduado de Eton y el mundo se presentaba para él como un lugar lleno de posibilidades y despreocupación.

Pocos meses después de la ausencia de su padre, la condesa siguió el fatídico sino de su esposo, y dejó a su único hijo a cargo de todas las propiedades y requerimientos que conllevaba su rango noble.

Tuvo el muchacho que madurar de golpe para ponerse en cabeza del condado de Stanton; por fortuna, siempre había sido un joven juicioso, por lo que la aceptación de responsabilidades tan grandes no supuso un trauma tan terrible para él, más allá de la verdadera y

brutal naturaleza de tal obligación.

Desde entonces, Elijah siempre estuvo a la altura, respetado y admirado por el resto de prohombres del imperio. Siempre intachable en conducta, siempre razonable e inteligente, siempre impecable.

No sería él quien le mostrara lo contraproducente de sus inclinaciones cuando, en este en concreto, el único recelo que podía experimentar hacia la joven pelirroja era —tal y como había comentado ya con Frederick en alguna ocasión— su amplio despliegue de virtudes, punto que había desatado la hilaridad de su primo en cuanto le fue mencionado y que a él mismo le hizo quedar como un bobo.

Para el duque, una mujer tan hermosa, tan inteligente como todo el mundo refería, tan correcta, de ademanes tan pulcros, educada y por demás con talentos musicales tan obvios, resultaba incluso… digna de desconfianza.

Nadie podía ser tan perfecto… ¿o sí?

Sin embargo, y a la vista de que Elijah lo observaba todavía con el ceño fruncido, decidió Damien relajar la tensión que parecía haber descendido entre los dos como un manto de hielo. De ningún modo quería enemistarse con un buen y leal amigo como había demostrado serlo aquel caballero.

Suspiró con largueza y, sonrisa en ristre, tocó el brazo de Elijah para instarlo a reanudar el paseo. Así lo hicieron los dos.

—Me alegra que te quedes —apuntó al cabo de unos segundos—. Posiblemente me volviera loco si me viera en la necesidad de atender yo solo a nuestras tres queridas amigas; aparte, claro está, de tener que controlar a mi hermano.

El buen tono regresó al gesto de Elijah tras el breve inciso de Damien, y su afabilidad habitual se retrató en su sonrisa torcida.

—Si me veo en el compromiso de tener que acompañar otro día más a lady Lanport, lady Averbury y a la señorita Kilbuck por los comercios locales, es posible que me arrepienta de no seguir a Frederick en su viaje a Londres.

Y, con sendas carcajadas, dejaron atrás la tensión de segundos antes para retomar un paseo apacible por el parque de Felbrigg Hall.

Capítulo 11

No se arrepentía Eva de haberse sincerado con Dorothea.

Al contrario; sintió tras hacerlo que un peso tan insoportable como el de la losa que encierra la eternidad se evadía de sus hombros, tal como una bandada de palomas que levantan el vuelo al unísono para perderse en la atmósfera y formar un único manchón de color. Del mismo modo se había evaporado parte de su lastre emocional gracias al cariño, a la confianza y la comprensión mostradas por la querida señorita Landsbury.

No obstante, tan solo se había animado Eva a hablar acerca del diario personal de Eleanor, aquella pequeña encuadernación de cuero bruñido en el que su querida madre había plasmado sus sospechas acerca de la enfermedad que la postró en el lecho y la llevó poco después a una muerte segura.

No hizo mención alguna —tampoco Dorothea lo hizo— al contenido del grueso fajo de cartas, a pesar de que era obvio que la mujer, al ser ella la emisora de tales cuartillas y la receptora de otras tantas de idéntico contenido, tenía por fuerza que saber todo lo que allí se refería.

Las dos aceptaron esa consigna de silencio como una suerte de

precepto que no necesita pronunciarse para ser respetado.

Dorothea, al igual que sucediera con Eva en el mismo instante que abrió la caja ocho años antes y descubrió su implacable contenido, se horrorizó ante lo que su amiga Eleanor plasmó en su cuaderno.

Resultaba tan horrible y tan difícil de asimilar que no pudo evitar que todo su cuerpo se vistiera de piel de gallina conforme Eva exponía las suposiciones de la señora Wakefield. Una poderosa sensación de impotencia se apoderó de su ser, del mismo modo que crecía la inquina que durante años había sentido hacia Severus Wakefield.

Sucedía así con la propia Eva, quien sentía la sangre hervir en sus venas y las lágrimas escocer tras los párpados según relataba los hechos, pues, de algún modo, sentía que al mentarlos en alta voz estos adquirían una credibilidad y una firmeza que no había sido capaz de otorgarles cuando los leyó sobre el papel.

Una de las sugerencias que Dorothea se sintió capaz de ofrecer a la joven —en realidad porque no contaba con ninguna otra idea fértil en su magín— fue el de acudir a las autoridades con el cuaderno de cuero como prueba. De hecho, en Norwich contaban con un condestable bastante íntegro que sin duda estaría dispuesto a prestarles ayuda. Esto último lo expresó, sin embargo, la señorita Landsbury con cierto titubeo en la voz.

En realidad, y en lo más profundo de su ser, ni la una ni la otra parecían muy convencidas de que pudiera procurarse justicia alguna después de tantos años, al ser como eran simples mujeres y especialmente al implicar el asunto a un personaje tan importante como el marqués de Grafton. ¿Acaso, y por muy íntegro que fuera el señor condestable, estaría dispuesto a algo más que a prestar oídos a dos mujeres que acudían a su persona para exponer sus sospechas acerca de una atrocidad acontecida casi una década

atrás? ¿Y cuál sería el único indicio a mostrar? ¿El diario personal de otra mujer?

Con gran pesar en el corazón, casi se atrevían a recrear en la mente de cada una la respuesta del representante de la autoridad haciendo alusión a lo fecunda que podía llegar a ser la imaginación de una aristócrata postrada en su lecho doliente y, por ello, abocada a demasiadas jornadas de aburrimiento y languidez como para dar lugar a semejantes tribulaciones, dignas sin duda de una nóvela gótica o una mente por demás peligrosamente fantasiosa.

No obstante, y después de meditarlo con la almohada durante un par de largas noches de insomnio y tormento, y comprobar cómo la impotencia y la frustración de ambas crecían a pasos agigantados, Eva decidió una mañana, apenas hubieron escarchado las primeras ronchas de luz en el cielo, abandonar la casa en dirección al pueblo.

Fue un impulso, o tal vez una necesidad, similar a aquella que la conminó ocho años atrás a recoger un par de avíos en una bolsa de mano y abandonar Wakefield Manor para tratar de salvaguardar su destino.

Amparada de la climatología gélida y ventosa de mediados de enero con un grueso redingote y un sombrero trenzado, con la pequeña caja de madera en las manos y el corazón que le zumbaba fuerte en la carcasa ósea que lo cobijaba, cruzó el bosque para atajar camino y tratar de salvaguardar el nombre de su madre.

O, al menos, para tratar de procurarle justicia.

La hierba tiesa por la escarcha crujía bajo sus pies mientras el vaho huía entre sus labios con cada respiración. Todavía era muy temprano y la niebla baja y reptante de la alborada prendía entre los árboles y los arbustos, como la muselina del vestido de una debutante prendería en los parterres de un jardín.

Eva apretaba la caja contra el pecho y caminaba a buen paso, lo

que provocaba que, de sus labios, brotara blanca vaharada que se confundía con la niebla que vestía todo albo.

Nada perdía por arriesgarse, pensó mientras esquivaba los tocones y las hierbas altas para no humedecer las botas y los bajos de su atavío más de lo necesario; sin embargo, y a pesar de alimentar semejante consigna en su cabeza, prefirió no compartir la decisión a Dorothea y salir sola a enfrentarse con la realidad.

Temía que el condestable desoyera sus sospechas, que no la tomara en serio o, peor aún, que se mofara de ella, y no deseaba que aquella que había sido una buena amiga de su madre se esperanzara en vano. Tantearía primero el camino; si las autoridades ofrecían alguna esperanza, pondría al tanto a Dorothea. De lo contrario, la ilusión de ambas quedaría sepultada bajo la tapa de aquella caja.

Caminaba tan imbuida en sus pensamientos, recitando una y otra vez en su cabeza —e incluso en alta voz— lo que se le antojó un discurso bastante pobre para dirigirse al condestable y que este la considerara, que no se percató de la irrupción del enorme caballo blanco que asomó de pronto entre la foresta, como un ser sobrenatural cuya presencia debió evitar con un brusco requiebro y un salto lateral, pues poco faltó para que la arrollara.

El grito femenino que sonó en la atmósfera boscosa espantó algunos mirlos, que mostraron su indignación a través de los graznidos que dejaron atrás mientras se alejaban en vuelo rasante.

—¡Santo Dios, señorita! —exclamó el caballero, luchando por refrenar a su caballo. Era obvio que debían de haber llegado a pleno galope y, por ello, dominar de sopetón los enérgicos movimientos del animal resultaba un tanto complicado—. ¿Puede saberse hacia dónde va tan temprano, y sola, por el medio del bosque? ¿No se da cuenta de que por poco la arrollamos?

Eva, cuya mano permanecía en el pecho para tratar de apaciguar un corazón pronto al colapso, trató de normalizar la respiración, asunto que parecía imposible en esos momentos. Se enderezó muy despacio de su posición acuclillada para tratar de devolverse la dignidad que el susto le había arrebatado.

Justo delante de ella, el caballo piafaba inquieto mientras lanzaba al aire violentas vaharadas a través de los ollares abruptamente dilatados. Sus grandes orbes oscuros se desorbitaban a causa del susto que también el animal debió de experimentar ante la inesperada presencia humana en mitad de su carrera, y la posterior exigencia de inactividad de su jinete.

Dirigió la joven una mirada furiosa a dicho jinete, insultantemente distinguido en la silla, coronada su cabeza con un sombrero de copa y su figura con un elegante abrigo color marino…, y no pudo dominar la indignación que reveló su tono a continuación:

—¿Y a usted cómo se le ocurre montar de una forma tan irresponsable, señor?

—¿Por el bosque? ¿Por qué no habría de montar al galope por el bosque? —rugió él, desconcertado, tirando con rudeza de las riendas —. ¿Cómo podría yo suponer que alguien, una señorita *sola* por más señas —fue obvio que recalcó el término «sola» con intención— podría aparecer en medio del bosque apenas al rayar el alba?

Eva trató de recomponerse con una profunda exhalación. Cuadró los hombros y elevó la barbilla en procura de restaurar la compostura perdida segundos atrás, cuando se vio obligada a saltar a un lado y a chillar después a causa del tremendo susto sufrido. También obedeció el gesto a tratar de aprestarse para encarar a quien, lejos de disculparse por casi arrollarla, parecía pretender amonestarla.

—Aunque se encontrara usted en medio de un páramo desolado,

señor —apuntó, perfectamente seria e indignada—, sin rastro de presencia humana por ninguna parte, resultaría por completo incivilizado galopar de ese modo. Es antinatural exigir tanta energía a su caballo.

—A mi caballo, señorita, lo ha asustado usted al aparecer de improviso entre la vegetación.

Eva boqueó, sintiéndose ferozmente indignada. El conde caballeroso volvía a trastornarla con sus modos altivos y su arrogancia, cualidades ambas que, por desgracia, ya había adjudicado a su persona, pero en esa ocasión ella no poseía la presencia de ánimo requerida para tolerarlo a él o a sus ademanes. Había asuntos más importantes en su cabeza que atender a aquel hombre insufrible. Y, para constatarlo, aferró con mayor empeño la caja de madera.

—Ha dado usted muestras de una absoluta imprudencia, señorita… Burney —añadió él, algo más sereno ya, al igual que sucedía con su caballo, a pesar de que el animal continuaba dando vueltas sobre sí mismo a causa de un exceso de energía.

De nuevo Eva exhaló su fastidio, pero acababa de decidir no seguir el juego de aquel perfecto grosero, por lo que, tras afianzar la caja contra el pecho y otra vez alzar la barbilla, se dispuso a reanudar camino.

—Si usted lo dice… —Se encogió ligeramente de hombros—. Sea como fuere, lamento profundamente este fatídico encuentro, señor Grayson.

A la vista de que la señorita Burney parecía dispuesta a marcharse sin más —y efectivamente observó cómo la joven se disponía a rebasar su montura para continuar camino—, esta vez no dudó Elijah en saltar rápidamente del caballo. El gesto provocó que Eva lo observara con un claro visaje de desconcierto, y detuvo sus pasos

apenas fueron estos iniciados.

Elijah descubrió la caja de madera que la joven protegía contra el pecho y, tras asociar este punto con la innegable belleza de su propietaria, amén de la fuerza de sus iris de jade y su cabello rojo, no pudo retener las palabras que surgieron de sus labios a continuación, como la reflexión privada —pero emitida en alta voz— que en realidad era.

—¿Es usted la reencarnación de Pandora?

Eva comprendió, tras descubrir los ojos del caballero puestos en la caja, a qué se refería pero, procediendo de él, no pudo tomarlo más que como una burla, en lugar de como el halago que él pretendía que fuera.

Para ello ignoró la mirada rendida con la que estaba siendo observada y también la sonrisa dulce dispensada a su persona o el tono suave empleado al preguntar. Todo esto lo confundió seguramente con escarnio, e incluso desprecio, y por ello de ese modo sus siguientes palabras sonaron con el pretendido desaire:

—¿Y usted la de Perseo montando en Pegaso?

Tan desconcertado quedó Elijah tras este apunte que no pudo más que balbucear su desconcierto, sin alcanzar a emitir ni un solo sonido, mientras reorganizaba a marchas forzadas sus pensamientos. ¿Se burlaba de él? ¡Se burlaba de él!

Semejante descubrimiento, lejos de enojarlo, consiguió arrancarle una de sus habituales sonrisas ladeadas.

—Bueno, me compara usted con un héroe, no puedo quejarme entonces —apuntó, obviando el gesto airado con el que Eva arqueaba las cejas.

«Un héroe especialmente engreído y molesto…», pensó Eva, contrariada ante la posibilidad de continuar conversando.

De hecho, había algo que la urgía mucho más y que era lo que, en

definitiva, la había llevado hasta allí en aquellas horas; no podía permitirse perder el tiempo en naderías y mucho menos someterse a las chanzas de aquel petulante.

Con un cabeceo nervioso, decidió dar por zanjado el encuentro de una vez por todas.

—Me temo que tengo un poco de prisa, así que… Buenos días, señor Grayson.

Y, aunque pretendió dejarlo atrás de forma definitiva, Elijah se negó a ser ignorado. Tiró suavemente de las riendas para que el caballo lo acompañara a caminar al lado de la joven apenas un pequeñísimo tramo. Eva, indispuesta a dejarse acompañar, se detuvo para mirarle con ceño.

—Si me permite, me gustaría acompañarla —apuntó Elijah, consciente de la mirada de ella y adelantándose a la que supuso sería una pregunta cortante—. No es prudente que continúe usted sola por el bosque, exponiéndose a sufrir un accidente.

—¡Vaya! —jadeó Eva—. Impone su asistencia sin ser requerida. ¿No era esta su antítesis de la caballerosidad?

Elijah esbozó una sonrisa más amplia al tiempo que cabeceaba su rendición.

—*Touché*, señorita —concedió—. Digamos que pretendo solventar mi falta de tacto en el pasado. —Inclinó la cabeza con cortesía—. Si me permite escoltarla, será un honor para mí… —Volvió ligeramente el rostro hacia atrás—. Y para Pegaso.

Eva observó el caballo blanco. La bonanza que apreció en la mirada del animal, amén de su pose ya por fin calmosa y resignada, la obligaron a claudicar y aligerar el ceño, además de a dispensarle una caricia en la nariz.

Elijah miró de nuevo la caja que ella sostenía con empeño contra el pecho, envuelta por las manos perfectamente enguantadas en

cabritilla.

—¿Adónde se dirige, señorita Burney?

Los ojos de ella descendieron de forma involuntaria a la caja.

De pronto todos los secretos allí escondidos ganaron peso y fuerza, y oscuridad. Tan grandes, pesados y sombríos le semejaron que, de forma inesperada, sintió una extraña flojera en las rodillas y un desconcertante bulle-bulle en las entrañas. El corazón principió a zumbar con fuerza, como un pájaro que se golpeara una y otra vez contra las paredes de su jaula, amenazando con romperla o con romperse; y las dudas que la acompañaron durante aquellos días, especialmente en las últimas horas, regresaron con mayor empeño.

Alzó la mirada hacia el conde para toparse con sus ojos del color de la brea fijos en los suyos, aguardando una respuesta.

Se imaginó a sí misma tratando de relatar a Elijah Grayson sus intenciones, de explicarle lo que la motivó a abandonar la calidez de la casa para cruzar el bosque al rayar el alba con aquella caja en las manos.

A partir de ahí, dejó de sentirse segura acerca de nada.

—A ninguna parte. —Su voz sonó apenas en un susurro. El peso de la realidad acababa de solapar el pequeño viso de valentía que hubiera podido atreverse a asomar—. En realidad, regresaba a casa.

Elijah recibió este apunte con el ceño fruncido y gran desconfianza. ¿Regresaba a casa? Entonces aquello sin duda era mucho más censurable de lo que parecía, puesto que, si regresaba a casa al rayar el alba era porque la había abandonado mucho antes. ¿De qué se trataba, entonces? ¿De una cita clandestina? ¿Se había reunido con algún pretendiente en el bosque? ¿Qué contenía aquella caja? ¿Una ofrenda de amor furtivo?

La rendición y la tristeza que descubrió cintilando apenas en los verdes jades le aseguraron que no, del mismo modo que lo hicieron

aquellos bonitos labios de fresa, curvados con amargura hacia abajo.

No existía ese halo de perfidia o picaresca en una mujer como Eva Burney; o al menos el pequeño resquicio de alma que había podido ver a través de sus ojos, así se lo confirmaba. Con todo, no quiso rebatir las palabras de la muchacha.

—La acompañamos, entonces.

Sin más, aceptó que la joven volviera sobre sus pasos e iniciara un paseo lento y abstraído en dirección a la residencia de la señorita Landsbury. Él se limitó a escoltarla en silencio, consintiendo que la fragancia floral que emanaba de su taciturna compañera ascendiera en volandas hasta su ser para traspasarlo por completo.

Y, de hecho, lo traspasaba. Quebraba su ser por entero.

Eva Burney, sin pretenderlo siquiera, lo fulminaba con la fuerza del rayo que atraviesa el aguerrido tronco del roble hasta desgajarlo como si de fino papel se tratara.

Toda ella, en esencia, la simple fuerza de su ser, de su presencia y de su alma, lo trastornaba por completo y de una forma imposible de controlar. Cada paso que ella daba, cada crujido sobre la escarcha del suelo, se acompasaba con los latidos del corazón de Elijah. Cada vaharada que brotaba de los labios femeninos se acoplaba al aliento que huía del alma del conde para fundirse juntos en un único hálito.

Y así, consciente de una debilidad que jamás hasta entonces hubiera atribuido a su persona, se vio a sí mismo —como si se observara desde las alturas, fuera de su propio cuerpo— caminando al lado de aquella joven, pendiente de cada uno de sus movimientos y rogando por una sola de sus miradas.

Sus ruegos, no obstante, fueron en vano. Ni Eva lo miró una sola vez ni nada hablaron durante el camino de vuelta, a pesar de que este les tomó sus buenos quince minutos.

El silencio se convirtió en un manto socorrido que los envolvió a los dos y les permitió cavilar a cada cual en sus respectivos asuntos.

Mientras Eva trataba de dominar el desasosiego de caminar al lado del conde de Stanton en tanto lidiaba con sus propios demonios, la mayor parte de ellos encerrados en aquella caja, el conde batallaba contra el implacable deseo de tocarla, de hundir la nariz en su pelo para aspirar su fragancia, o de acariciar aquella sedosa piel cereza y leche.

Por supuesto nada de esto llevó a cabo, cobró vida y realidad tan solo en sus perturbados pensamientos.

Cuando llegaron a la cancilla de tabla que daba inicio al jardín delantero de la propiedad de la señorita Landsbury, ambos se detuvieron.

Antes de traspasar la portezuela, Eva se volvió hacia el caballero.

—Gracias por acompañarme, señor Grayson —se limitó a decir, y con un breve cabeceo a modo de cortesía levantó la manija de la puerta y la empujó con suavidad. Las bisagras lanzaron un chillido ferroso al aire. Se disponía a cerrarla tras de sí una vez traspasada cuando la voz del caballero la detuvo.

—¿Me permitiría visitarla esta tarde?

Eva se volvió con la rapidez de un destello. Mientras miraba al conde, el desconcierto pincelaba su gesto en forma de ceño fruncido, labios entreabiertos y respiración agitada.

—¿Por qué querría hacer eso? —Las palabras surgieron sin permiso, y dieron voz a los pensamientos que acababan de estrellarse contra la razón.

Elijah afrontó aquella mirada con una sonrisa extraña.

¿Por qué querría hacerlo?

Buena pregunta… Y, en realidad, no contaba con una respuesta adecuada para ella.

¿Por qué querría hacerlo?

No tenía ni idea… y, sin embargo, sabía a ciencia cierta que era lo único que deseaba hacer.

Deseaba ver a la señorita Burney al día siguiente, y al otro, y al tercer día también. De hecho, le gustaría verla cada día de su estancia en Norwich. A decir verdad, no quisiera tener que despedirse de ella en esos momentos.

¡Oh, cielo santo, Frederick y Damien se mofarían de él hasta el día del juicio final!

—Solo diga que sí, por favor.

Eva demoró todavía unos segundos en reaccionar.

Imposible hacerlo. Imposible calibrar una respuesta o emitir un juicio razonable. Imposible sentirse dueña de sí misma cuando toda presencia de ánimo parecía haberla abandonado.

Sus ojos permanecían firmemente enlazados en aquella mirada de brea que semejaba poco o nada dispuesta a liberarla con prontitud, lo que le negaba por tanto la capacidad de raciocinio. Le arrebataba la voluntad.

Tan solo se sentía capaz de mirarlo y de mirarse a sí misma reflejada en aquella pupila insondable en la que semejaba muy sencillo perderse y perder la noción del tiempo.

Pocas veces antes había experimentado una sensación semejante… Y ser consciente de ello la hizo sentir muy nerviosa.

—¿Señorita Burney?

Eva parpadeó con apuro, tratando de regresarse de los abismos a los que se había asomado.

—Si-si usted lo desea, pu-puede visitarme.

Sin esperar reacción por parte del conde, giró sobre sus talones para caminar hacia la seguridad del hogar y conceder tregua a su violentado corazón.

Capítulo 12

Eva dio un trago largo a su té mientras observaba a Dorothea por encima de la porcelana. La mujer parecía muy complacida al saborear uno de aquellos *scones* recién horneados con los que la cocinera las había agasajado esa tarde y, en absoluto, era consciente del escrutinio de su protegida.

Mientras la miraba, Eva permitía que distintos pensamientos tomaran fuerza en su cabeza. ¡Y eran tan diferentes entre sí todos ellos!

Por un lado, se encontraba esa innegable sensación de derrota, o frustración, experimentada desde que esa misma mañana no tuvo el coraje suficiente para llevar a cabo lo que pretendía.

Había creído que podría personarse delante de la autoridad competente, destapar la caja y dejar que saliera a la luz lo que su madre sospechaba y dejó impreso en su diario personal, cuando la realidad pasaba porque tenía miedo a que la tomaran por loca —a ella y a su madre— y aplastaran con absoluta impiedad sus esperanzas. Si eso sucedía, le fallaría dos veces a su querida madre: la primera al destapar la caja, con lo que incumplió su última voluntad; y la segunda al ser incapaz de defender su nombre.

Y por otro lado… ¡Ay, por otro lado se encontraba Elijah Grayson y todo cuanto le hacía sentir!

¿Cómo era posible que un hombre que conseguía encresparla de ese modo, tuviera la facultad de turbarla de una forma equivalente? ¿Cómo era posible que consiguiera adentrarse en su cabeza hasta el punto de enseñorearse de sus pensamientos, imponiéndose a otros que debieran cobrar mayor importancia? ¿Cómo podía ser que una sola de sus miradas, penetrantes, insondables y profundas como sima abierta en el fin del mundo, pudieran atravesarla de una manera tan rotunda? ¿Cómo se explicaba que sus sonrisas torcidas consiguieran agitar su corazón hasta orillarlo a violentas sacudidas?

No era justo que tuviera la facultad de perturbarla de esa forma cuando todo en su modo de conducirse la irritaba tantísimo, y encontraba su conducta por completo insufrible.

Una sombra bajo el umbral, apenas vislumbrada por el rabillo del ojo, consiguió alejarla por unos segundos de tales pensamientos. Margaret, la doncella, permanecía con las manos enlazadas frente al talle.

—Un caballero ha solicitado verla, señorita Burney —anunció en un perfecto tono monocorde.

Eva fue consciente del momento exacto en el que su corazón colapsó, pues justo en ese preciso minuto sintió un peso enorme sobre la boca del estómago y una opresión agónica en los pulmones. La sangre pulseaba en las sienes y embotaba sus oídos, la porcelana tembló cuando fue depositada en la mesita. Una extraña flojera, pese a encontrarse sentada, se apoderó además de sus rodillas.

Aunque le había dado su consentimiento, no creyó que Elijah fuera a visitarla. ¿Por qué habría de hacerlo cuando todo parecía indicar que ella le resultaba altamente censurable?

Confió en que aquel extraño rapto fuera madurado en la

tranquilidad de Felbrigg Hall y lo llevara a reconsiderar lo inaudito de su petición. No obstante…

Dorothea volvió el rostro hacia su protegida para dedicarle una mirada interrogante, expresada a través de los ojos muy abiertos.

—El señor Grayson, conde de Stanton —remató la doncella.

Dorothea boqueó un instante, fija la mirada en la joven. Eva tan solo pudo tragar seco mientras las manos se cerraban en puños sobre el regazo, que atraparon pequeños gurruños de muselina.

—¿Eva?

Esta se limitó a ofrecer a su protectora una sonrisa trémula, desconcertada, mientras sentía que el color ascendía en voluptuosas oleadas por su escote y su cuello hasta asentarse en su rostro.

Ante la falta de respuesta, y tomando la expresión corporal de la joven como contestación evidente, la señorita Landsbury se dirigió a la doncella.

—Por favor, hágale pasar, Margaret, no podemos dejar a un conde esperando en el hall.

***

El jardín posterior marcaba sus lindes con un murado de piedra a media altura que recorría por completo la propiedad, y adornaba en algunos tramos la piedra antigua y oscurecida por el paso del tiempo con líquenes agrisados, musgo siempre verde y húmedo e incluso hiedra. Del otro lado del muro, y casi inmediatamente, se desplegaba un vasto robledal que recorría el paisaje hasta rebasar la línea del horizonte.

Elijah y Eva permanecían de pie uno al lado del otro justo al borde del muro, en silenciosa contemplación de aquel ingente ejército de robles que, pese a haberse desprendido de sus hojas, parecía

saludarlos al agitar sus ramas desnudas a merced del viento vespertino recién desperezado.

Y, aunque no era capaz de conceder relajo a su cuerpo ni flojedad a su pose, debía reconocer Eva que existía algo fascinante en aquella situación.

Allí de pie, al lado de Elijah, de algún modo se sentía dichosa.

Al fin y al cabo, si el altivo conde de Stanton se encontraba en aquel lugar y a su lado, contemplando el mismo bosque que ella había contemplado centenares de veces desde su llegada a Norwich, era debido a ella y solo a ella.

No podía decirse que se hubieran encontrado por casualidad, como sucediera hasta entonces, o que las circunstancias los obligaran a coincidir. Elijah había solicitado expresamente visitarla esa misma mañana y, puntual como un reloj en su hora, había acudido a realizar su visitación. Él había decidido estar allí, junto a ella.

Aunque en esos momentos se encontraran parados como pasmarotes, el uno al lado del otro, y sin saber siquiera qué decir.

En semejante situación llevaban inmersos al menos sus buenos diez minutos, aunque a Eva le semejó una eternidad de silencio y envaramiento físico. De hecho, sentía un dolor limitante en la columna, y no era debido tan solo al frío ambiental.

Dorothea los había animado a salir a pasear por el jardín aprovechando la benevolencia climática, pues, si bien se sentía el frío habitual del mes de enero, al menos no llovía y el campo permanecía seco y presto para pasear sin estropear el calzado.

Ella no se había animado a acompañarlos; comprendió Eva que, a sus veintiséis años y teniendo en cuenta su consideración social de solterona, su reputación no exigía un celo excesivo como para obligar a la señorita Landsbury a ejercer de carabina. Si permanecía

dentro de casa y, de cuando en cuando, echaba un vistazo por la ventana, resultaría más que suficiente.

Miró de soslayo a Elijah para encontrarlo —tal y como esperaba, pues conservaba la misma pose desde que se detuvieron frente al muro— absorto en la contemplación del bosque infinito. Su expresión denotaba paz e incluso admiración, parecía hallarse en calma, pues hasta la arruga que tantas veces apreció en su ceño había desaparecido.

Caviló Eva si en verdad concordaría dicha expresión con lo que sentía su espíritu o se trataba tan solo de una fachada. No pudo evitar que sus dudas salieran a la luz:

—¿Le gusta Norwich?

Elijah continuó con la mirada perdida al frente. Pudo parecer que ni siquiera la había escuchado, de no ser porque de pronto la comisura de sus labios se curvó ligeramente hacia arriba para dar lugar a su habitual sonrisa ladeada.

—Me gusta. Mucho —admitió al cabo de unos pocos segundos—. Aunque debo reconocer que, en los primeros tiempos desde mi llegada, lo encontré un tanto… inelegante.

Eva regresó la mirada al frente.

No podía sentirse molesta por aquellas palabras ni censurar en modo alguno su opinión. En realidad debía confesar que entendía al caballero a la perfección. También ella había percibido un cambio bastante chocante cuando llegó a Norwich desde Londres, tanto en el paisaje como en las gentes. No hasta el punto de considerarlo precisamente inelegante, pero sí debía reconocer que todo era muy distinto en aquel condado al norte de la gran ciudad; aunque, en su caso, ella adoraba el campo y jamás hubiera cambiado la vigorosa tonalidad verde y ocre por los tonos rojizos y agrisados de Londres.

—Desde luego ha de ser muy distinto de todo lo que usted conoce

y a lo que está acostumbrado —concedió—. Las comodidades de la gran ciudad sin duda no se encuentran disponibles en el campo.

Esta vez Elijah apartó la mirada del paisaje para observarla a ella directamente.

—¡Oh, pero no me malinterprete! —exclamó—. No soy un redomado urbanita, ni mucho menos.

Eva le devolvió la mirada para observarlo con curiosidad.

—En lo que a mí respecta —continuó él con una media sonrisa en los labios—, no dedico a Londres más que unos pocos meses al año, lo justo para no pecar de asocial. —La sonrisa se amplió—. El resto del tiempo lo paso en mi residencia de campo de Hertfordshire.

No pudo evitar la joven alzar las cejas ante semejante confesión. No había esperado escuchar algo como aquello en quien consideró desde el primer minuto un completo esnob y un petulante, más pendiente de su atavío y de la impresión que pudiera causarle a los demás que de cualquier otra cosa en el mundo. ¡Si hasta parecía que llevaba continuamente el palo de una escoba metido entre la chaqueta y el chaleco!

Debía reconocer que le agradaba descubrirse errada en sus primeras impresiones respecto a Elijah Grayson.

—Le gusta el campo, entonces… —No se trató de una pregunta.

Elijah cabeceó.

—Sí, me gusta y lo disfruto, especialmente cuando se trata de pasar tiempo en el exterior. —Ladeó el rostro e intensificó su mirada, enlazada con firmeza en los verdes jades que lo contemplaban a su vez—. A usted también le gusta pasear y deleitarse con el paisaje, ¿me equivoco?

Esta vez fue Eva la que asintió.

—Así es, me gusta explorar los alrededores dando largos paseos —admitió, asomando por vez primera una sonrisa—, lo que implica

que en ocasiones me encuentre en la fatalidad de malograr de barro mis botas.

Elijah sonrió de forma abierta; sus ojos negros chispeaban.

—Sí, es lo que suele suceder cuando se pasa mucho tiempo en el campo. —Miró largamente a la joven y se tornó serio de pronto—. Creo que a usted le gustaría mucho Stanton House, el parque cuenta con tantas hectáreas de campo y bosque que resulta imposible de recorrer a pie en un solo día.

Por algún motivo, Eva fue consciente de la agitada reacción de su corazón ante esas palabras. Una desconocida calidez se asentó además en su estómago, lo que caldeó sus entrañas.

Regresó Elijah la mirada al robledal que se desplegaba ante ellos, sacudido su ramaje por el murmullo del viento, e inhaló en profundidad ese mismo aire helado.

—Respecto a este paisaje que nos rodea —continuó, variando por completo el rumbo de la conversación— solo un necio cambiaría el aire cargado de humo de Londres por esta atmósfera limpia y plagada de aromas naturales.

Eva imitó la dirección que seguían los ojos del caballero y, del mismo modo, inhaló profundo, y dejó que la brisa gélida inflamara su alma y aligerara la presión que, segundos antes, se había apoderado de su ser.

—Dudo mucho que pueda encontrarse una acuarela tan perfecta y vistosa como la que tenemos ante nuestros ojos —comentó, con lo que permitió que los pensamientos tomaran voz sin su consentimiento—. Ni siquiera en los senderos que recorren la orilla sur del lago Serpentine.

Elijah volvió la cabeza en su dirección.

—¿Conoce usted Londres? —preguntó sorprendido—. ¿Ha estado alguna vez?

Consciente de su imperdonable desliz, Eva sintió cómo los colores acudían a su rostro para escarcharlo de rubor y elevarle la temperatura. Balbuceó sin articular ningún vocablo coherente mientras trataba de ordenar en su cabeza una justificación a su descuido.

—¡Oh, no, no! —La negación nerviosa ejecutada con la cabeza trató de secundar sus palabras—. Hablo tan solo de oídas, por supuesto, basándome en comentarios que escuché aquí y allá de boca de aquellos que sí conocen la ciudad.

Elijah continuó observándola en silencio bajo un ceño fruncido sobre la base de la extrañeza y, ¿para qué negarlo?, también al escepticismo.

Hubiera aceptado concederle credibilidad a las palabras de Eva Burney de no haber apreciado el nerviosismo en su voz, el atropello en sus ademanes y la delatora coloración en su rostro. Nadie que no hubiera visitado antes Hyde Park se hubiera mostrado tan minucioso como para mencionar los senderos al sur del lago Serpentine. No obstante, decidió dejarlo estar…, al menos en esa ocasión.

Como si pretendiera deshacer de golpe la tensión del momento, Eva deslizó entre los labios un suspiro largo y profundo, ejecutado con cierta sonoridad.

—Empieza a refrescar, creo que sería buena idea que regresáramos. —Y para enfatizar sus palabras, procedió a abrazarse a sí misma por encima del sobretodo aceituna con el que se abrigaba.

Elijah alzó la vista al cielo para encontrarlo, de pronto, mucho más plomizo de lo que lucía cuando salieron al jardín. Un par de gotas se estrellaron además contra su rostro, lo que se convirtió en prólogo evidente de una pronta llovizna. Y sí, las temperaturas habían bajado de forma notable y de golpe, consecuencia tal vez de la

inminente llegada de la lluvia.

Regresó la mirada a la joven que permanecía a su lado y que trataba de resguardar su figura bajo el abrigo que ofrecía su propio abrazo.

—¿Me permite?

Eva miró a Elijah con gesto interrogante y sin duda reaccionó a sus palabras de forma tardía, pues, cuando quiso darse cuenta de lo que sucedía, ya el caballero se había despojado de su propio redingote para colocárselo a ella ceremoniosamente sobre los hombros.

No fue capaz la joven de otra cosa más que de continuar mirándolo con cierto pasmo, y trocó esta vez la expresión interrogante por una de gran fascinación. De nuevo el sonrojo acudió a su rostro —si acaso lo había abandonado en algún momento desde que se instalara allí la última vez— y, en esa ocasión, fue debido al conocimiento de sentir la prenda masculina sobre sus hombros y ser consciente de la calidez que transmitía, directamente desde el cuerpo del conde a su propio cuerpo, o de la potente fragancia a sándalo y cítrico que ya empezaba a identificar tan bien y que invadía por completo sus sentidos y todo su ser.

«¿Dónde está el caballero arrogante y presuntuoso que conocí en su día y qué ha hecho usted con él?», pensó, incapaz de moverse del sitio o siquiera de reaccionar de un modo confiable, tan absorta y embriagada por encontrarse en aquel mar de sensaciones que la envolvían en forma de elegante redingote.

—Regresemos —instó Elijah, sonrisa torcida en ristre y brazo adelantado a modo de sugerencia—. Seguro que la señorita Landsbury nos espera con un té bien caliente, y confío además de que no se terminaran los deliciosos *scones*.

Y así, tan perpleja como fascinada, Eva inició el trayecto de vuelta

a casa al lado de Elijah Grayson, conde de Stanton, resguardada del frío bajo el peso cautivador del abrigo del caballero.

Capítulo 13

Comprendió Elijah aquella noche que, incluso en los inconvenientes más fastidiosos, uno podía encontrar ciertas ventajas si se sabía procurarlas en el lugar y el momento oportunos.

Tal vez por ello aceptó, resignado, la presencia y la compañía de aquel hombrecillo que tuvo a bien acercarse a darle conversación durante el baile que se celebraba en la residencia de los Steele.

No le era desconocido el individuo, pues, si la memoria no le fallaba, se trataba del señor Phillips, el bienaventurado caballero que dio en la flor de hacer las presentaciones entre él y las señoritas Landsbury y Burney tiempo atrás, concretamente en la velada musical del doctor Gratley.

Solo por eso debía estarle agradecido, pues de otro modo no hubiera podido hablar con Eva aquella noche… y mucho menos dedicarse a voltearle las hojas de la partitura.

Semejante recordatorio le llevó a poner los ojos en blanco, pues de algún modo era consciente de que aquel había sido el principio del fin.

¿Voltearle las hojas de la partitura? No hubiera podido delatarse más ni aun de haberlo pretendido.

Por fortuna, el señor Phillips continuaba tan entretenido con su inagotable monólogo, al parecer poniéndolo al día acerca de no sabía qué novedad social de Norwich, que ni siquiera hubo de percatarse del gesto del conde.

Mejor así.

En un momento dado, y tan sumamente aburrido como en verdad se sentía, Elijah ladeó el rostro hacia el ángulo opuesto de la estancia para descubrir a la señorita Burney en un corrillo de comadres que conversaban entre ellas con gran afabilidad.

Eva, no obstante, semejaba muy lejos de sentirse inclinada a participar de algún modo en la conversación; se limitaba a permanecer sentada con las manos en reposo sobre el regazo como dos palomas mansas mientras la mirada se mantenía inclinada al suelo, al parecer sin intención alguna de ser elevada con prontitud. Tampoco parecía predispuesta a bailar y, a juzgar por su expresión dócil y conformista, ningún caballero debía de haberse ofrecido todavía a solicitarle un baile.

Regresó Elijah la mirada, y un liviano porcentaje de su atención, al caballero que continuaba a su lado en entregado soliloquio.

Solo por el buen gesto que el señor Phillips había tenido en el pasado se merecía que le aguantara un rato el carrete. También, y debía reconocer eso, soportaba su charla porque estaba decidido a utilizar esa noche al caballero en su beneficio.

Con semejante certeza en mente, decidió aprovechar las cartas que le habían sido dispensadas para el juego.

—Me preguntaba, señor Phillips… —el aludido se silenció en el acto, fascinado ante el repentino requerimiento de su, hasta entonces, taciturno e indiferente interlocutor—, si conocía usted a todos los vecinos de Norwich.

El hombrecillo carraspeó y, a modo de tratar de concederse

importancia, cuadró hombros. Gesto que, sin duda, y en lugar de dignificarlo, consiguió el efecto contrario al rodearlo de un halo de hilaridad inevitable, pues era tan reducida su estatura y tan forzado su ademán de noble seriedad que no podría ser de otro modo.

—¡Oh, por supuesto, sí, señor! —exclamó, orgulloso de poder servir de ayuda a aquel prohombre—. Los orígenes de mis antepasados se encuentran en el condado y yo mismo permanecí en este lugar casi toda mi vida, tan solo hube de ausentarme por un breve espacio de tiempo durante mi juventud; así que sí, conozco a todo el mundo. —Un nuevo carraspeo y consiguiente cuadratura de hombros—. ¿Está pensando en alguien en particular, señor?

Elijah asintió despacio mientras perpetuaba su pose erguida y las manos recogidas a la espalda. Aquello pintaba bien, sin duda no había podido topar con un confidente más entregado que el complaciente señor Phillips.

—Así es; siento cierta curiosidad por la señorita Burney…

Phillips imitó la dirección que seguían los ojos del conde para encontrar a la joven pelirroja en apacible presencia entre su protectora y un nutrido grupo de comadres.

—¡Oh, sin duda la señorita Burney es una de las pocas vecinas no oriunda de Norwich!

Semejante afirmación, por algún misterioso motivo, no consiguió tomarlo por sorpresa. Al contrario, tan solo logró enardecer la desconfianza de Elijah, quien ya había empezado a dar cobijo a ciertos recelos desde su visita a la joven, algunos días atrás. Su mención al paseo sur del lago Serpentine sin duda fue la chispa que avivó la flama que ardía entonces en su magín.

—¿No nació en Norwich?

—¡Oh, no, señor! —dijo Phillips, quien, al igual que el conde, permanecía mientras así hablaba con la mirada fija en el grupo de

mujeres—. La señorita Burney llegó aquí de jovencita, no debía de tener ni los veinte. —Nuevo cabeceo por parte de Elijah, que asimilaba la información con gran interés—. Cuando llegó, y aunque se esforzaba en disimularlo, traía un fuerte acento londinense. —Esta vez Elijah miró al caballero con una ceja enarcada y notable curiosidad. Procedió de inmediato el hombre a satisfacer dicha curiosidad—. Lo sé, señor, porque yo mismo viví un tiempo, como le dije antes, en Londres, y al regresar a Norwich todo el mundo apreció en mi persona una entonación diferente.

Dio el conde por buena aquella explicación, en tanto regresaba la mirada a la señorita, sin duda lo más bello que podría encontrar en la estancia.

—Así que es posible que proceda de Londres… —No era una pregunta, y Phillips así debió de entenderlo, pues nada más añadió.

Abrigado por el agradecido silencio que de pronto se instaló entre los dos, y por el peso de sus propias cavilaciones, Elijah se concedió unos segundos para canalizar la información recibida mientras continuaba observando a Eva desde la distancia.

¡Qué hermosa lucía la bella Pandora con aquel vestido blanco forrado de gasa estampada con lunares dorados!

Un delicado encaje áureo bordeaba el escote cuadrado y ceñía bajo el busto, y remataba también las mangas abullonadas. Los guantes blancos, que sobrepasaban el codo, completaban el atavío con elegancia cuando ni una sola joya asomaba sobre las clavículas o en las orejas.

En realidad ninguna joya precisaba cuando ella en sí misma resplandecía sin parangón; y al pensar en eso, observándola con semejante consigna en mente, las pupilas de brea brillaron con un fulgor encandilado.

¡Qué bella aparecía con la cabeza inclinada, imitando la pose de

una rosa Tudor finamente doblegada sobre sí misma! ¡Cómo resplandecía su cabello rojo bajo la luz de los numerosos candelabros cuando justo uno de ellos, situado sobre su cabeza, incidía con su luz en la sedosa cabellera carmesí!

¡Qué hermoso y apacible su perfil de redondeados pómulos en tono cereza y leche! ¡Qué atractivas las cejas color grana que enmarcaban aquellos párpados que se inclinaban para ocultar las preciosas pupilas de jade! ¡Y qué sensuales los labios encarnados y voluptuosos, ligeramente separados para facilitar el flujo de su hálito! ¡Quién pudiera besarlos… o siquiera acariciarlos con los propios labios!

Inhaló Elijah amplio y profundo, procurando no delatarse en su embriagada contemplación o en el ardor que determinados pensamientos inferían a su ser. Por fortuna, Damien no se encontraba presente, de lo contrario, y de haber podido sorprenderlo de nuevo en un renuncio tan obvio, podría darse por tildado para siempre como el hazmerreír de sus amigos.

—¿Qué parentesco une a la señorita Landsbury con la señorita Burney? —preguntó, dispuesto a desviar de su cabeza el arrobo que le producía adorar desde la distancia a aquella deidad.

—¡Ninguno! —exclamó Phillips. Y continuó expresándose con gran dignidad y empaque, desde luego muy satisfecho de ser distinguido con la atención del conde—. Lo único que llegó a decirse en su día fue que la señorita Burney era hija de una amiga de juventud de la señorita Landsbury, y que esta la acogió en su casa una vez que la joven quedó huérfana.

Elijah frunció el ceño, pero nada apuntó. Algo le decía —un sexto sentido tal vez tan solo atribuible al sexo bello pero efectivo en ese instante a él mismo— que Eva Burney era una muchacha de buena cuna. Sus modos elegantes, su forma pausada de conducirse, su

donaire innato, aquella belleza deslumbrante tan solo podía pertenecer a una deidad o, en su defecto, a una dama de noble nacimiento y origen patricio…

—Nunca más se especuló nada al respecto, señor. La señorita Landsbury es una mujer honorable, nadie se atrevería a cuestionar sus informes. Lo único… —llegados a este punto el caballero bajó la voz para conferirle un tono de confidencia a sus palabras —, y esto es una apreciación personal —miró al conde con intención, con lo que consiguió que Elijah lo observara a su vez con curiosidad—, es que resulta un tanto extraño que ambas sean pelirrojas, ¿no le parece?

Elijah sostuvo la mirada de Phillips, lo que reveló un cierto extravío en su pupila, pues, aunque los ojos permanecían encauzados en dirección a la persona de aquel hombrecillo, los pensamientos del conde se encontraban oscilando en un aparte.

Muy lejos del caballero contertulio.

Y absolutamente revolucionados.

Como una bandada de pájaros encerrados en su jaula a la que alguien, en mala hora, decide azuzar para desatar el caos.

Apartó despacio la mirada para deslizarla de nuevo hasta el objeto de sus desvelos, y abarcó esta vez en su campo visual a la dama de mayor edad.

No le faltaba razón al señor Phillips. Siendo justos, debía reconocer que este detalle era algo en lo que él había cavilado con anterioridad, por lo curioso del efecto. No había conocido a muchas mujeres con semejante tono de cabello —uno por demás tan insólito, como apuntara en su día lady Averbury—, por lo que resultaba un tanto singular encontrar de pronto dos a las que, curiosamente, no las unía ningún parentesco.

—Dicen que no las une ningún parentesco, pero ¿han barajado la

posibilidad de que sean madre e hija? —Aquellas palabras surgieron sin permiso entre los labios de Elijah, como genuina seña de sus pensamientos más privados.

No obstante, se dio cuenta en el acto de lo infausto de su apunte y de la escasa delicadeza que suponía expresar tal conjetura sin ofender la reputación de, al menos, una de ellas, por lo que casi al momento se descubrió encajando la mandíbula con rotundidad y cerrando las manos en puños a la espalda. Un observador minucioso habría apreciado la repentina coloración que acudió a su rostro, consecuencia directa de la consciencia de su falta.

Empero, si Phillips consideró tal apunte como una falta imperdonable, se cuidó de manifestarlo al limitarse el hombre a responder con la misma cortesía de minutos antes.

—¡Oh, no, no, no, señor! —Negó con vigor—. No resulta aceptable en modo alguno considerar algo así. La señorita Landsbury jamás se ausentó de Norwich, como sucede en otros casos en los que la afectada ha de retirarse lejos a pasar ese período. —Ladeó el rostro y asomó una sonrisa taimada al imaginarse la situación—. Se hubiera sabido, señor, y la señorita Landsbury, tal y como le referí antes, es una mujer intachable.

No pudo rebatir esta afirmación el conde, pues el trato que hasta entonces había mantenido con la mujer había sido tan correcto como grato; en modo alguno la señorita Landsbury había dado muestras de alguna carencia en su educación o modales al haberse mostrado en todo momento como una dama íntegra y respetable.

Por tanto, y con mayor consciencia de ello, se avergonzó por haber dado salida a semejante insinuación.

—Si me permite el apunte, señor —continuó Phillips, a quien no había pasado por alto el extraño interés del conde hacia una de sus vecinas y, ¿para qué negarlo?, tal asunto lo congratulaba—, la

señorita Burney es una muchacha excelente.

Escuchar aquello provocó que la prensa formada por la mandíbula de Elijah se relajara en el acto, al igual que lo hicieron de forma sistemática los puños, y que una sonrisa serena estirara sus labios mientras contemplaba a la aludida.

—Bella, elocuente, inteligente y con grandes dotes para la música —continuó el caballero.

—Como Pandora…

Aquella comparativa desconcertó a Phillips, quien no dudó en revelar un ceño de confusión.

—¿Cómo dice, señor?

Elijah exhaló con largueza.

—Olvídelo, Phillips; muchas gracias por su tiempo y por sus informes. —Y sin mediar mayor explicación, tras ofrecer un cabeceo cortés a modo de conclusión y despedida, se alejó del lugar al atravesar la estancia con la determinación en los andares de quien sabe a ciencia cierta hacia dónde va.

La mirada permanecía fija e inamovible en su sueño pelirrojo.

***

Eva levantó la mirada en el mismo instante en el que las lustradas punteras de aquellas *hessian* negras aparecieron en su campo visual.

También pudo tener algo que ver en su súbita lucidez el hecho de que la conversación que sus acompañantes femeninas mantenían desde el inicio de la velada se silenciara de repente.

Cuando sus ojos se encontraron con aquellos ojos negros fijos en su persona y con la conocida sonrisa ladeada que bailaba en los labios del caballero, el corazón empezó a golpear en el pecho como un mazo contra un cepo de madera: rotundo e implacable. Una

extraña calidez surgida desde muy adentro, en sus propias entrañas tal vez, ascendió en volandas por su vientre, su escote y su cuello para acabar instalándose en el rostro y henchirlo de un ardor poco deseable. Las rodillas se entrechocaron y no supo qué hacer con las manos cuando empezaron a temblar, por lo que se resignó a enlazarlas con fuerza para evitar delatarse.

—Señorita Burney —saludó el atractivo conde de Stanton con un cabeceo. Miró en torno de forma fugaz—. Señoras, señoritas…

Un corrillo de risitas nerviosas ascendió a la atmósfera, también algún que otro suspiro quedo.

—Señor Grayson —fue Dorothea quien habló en primer lugar, en nombre de todas y seguramente con la venia de ser quien mayor relación había mantenido con el conde hasta entonces—. ¡Qué agradable sorpresa, señor!

Elijah desvió la mirada —pues, por corrección, la había sostenido con la dama mientras esta se dirigía a él— a la señorita Burney de nuevo para deleitarse unos segundos en tan hermosa contemplación.

Le pareció distinguir un brillo anhelante en las verdes pupilas, ¿o era tan solo el reflejo de su propio anhelo lo que observaba?

Tragó seco y se dispuso a llevar a cabo aquello que lo había llevado hasta allí, pues, al fin y al cabo, nada existía entre los muros de los Steele que pudiera interesarle, o motivarle a permanecer en el lugar más que aquella joven de cabello rojo y ojos de laurel.

—Me preguntaba si la señorita Burney me haría el honor de concederme el siguiente baile.

Todas las cabezas femeninas se volvieron en el acto hacia la aludida, lo que provocó con su gesto que la joven se ruborizara todavía más, si algo así podía ser concebible y tolerable.

Fue entonces el turno de Eva de tragar seco y sentir que las

palabras se atropellaban en su garganta, convertida en aquel tiempo en un espinoso cauce seco.

¿La invitaba a bailar? ¿A ella? ¡Oh, cielo santo! ¿Cuánto tiempo hacía que no bailaba?

Se llevó, rauda, una mano al escote solo para percibir el pálpito violento del corazón bajo la palma enguantada y sentirse con esto más nerviosa todavía. Regresó la mano a reunirse con la otra, mientras se entrelazaban los dedos con doloroso ímpetu.

—Yo… —comenzó diciendo a través de la garganta rasposa y la lengua de trapo—. La verdad es que no acostumbro a bailar, señor, ni guardo mucha práctica de ello. —Una sonrisa nerviosa hizo temblar sus labios mientras descendía la mirada al suelo, sintiéndose de repente avergonzada—. Me temo que últimamente no he bailado demasiado.

Elijah ladeó el rostro para observarla con mayor atención. Lucía encantadora entre sus rubores y fascinante en su repentina apariencia de vulnerabilidad.

—¿Cómo podría eso ser posible?

Eva jadeó mientras dirigía una mirada en torno. Algunas de sus acompañantes permanecían al pendiente de la situación, otras inclinaban la mirada, conscientes de la realidad que implicaban las palabras de Burney. Solo Dorothea parecía especialmente atenta al intercambio entre los dos.

—Los caballeros no suelen invitar a las solteronas a bailar, habiendo señoritas casaderas disponibles —explicó, consecuente con su situación personal.

Elijah enarcó ambas cejas en un gesto que delataba su estupefacción. Un rápido vistazo a las mujeres del grupo —intuyó que la mayoría de ellas estaba en la misma situación de soltería avanzada que Eva— sirvió para que las palabras de la joven se

consolidaran en su entendimiento.

Y para que considerara a todos los caballeros de Norwich una camarilla de imbéciles.

—Pues me temo que voy a llevar la contraria a todos esos bobos —apuntó con jovialidad, para asombro de las damas presentes y de Eva en particular, que no pudo evitar formar una «O» perfecta con sus labios de fresa y abrir mucho los ojos sobre la base de la sorpresa.

Se cuadró Elijah de nuevo frente a ella, un brazo recogido a la espalda, el otro doblado a la altura del estómago, mientras se inclinaba con formalidad.

—Señorita Burney —comenzó—, ¿me haría el honor de concederme el siguiente baile? No estoy interesado en pedírselo a ninguna jovencita en edad de desposar.

Eva replegó los labios al interior de la boca, tratando en vano de contener la sonrisa que pugnaba por mostrarse. Debido a la ardua contención, las aletillas de la nariz se dilataron y la barbilla principió a temblar. Sus ojos brillaban de contento.

—Por supuesto, señor.

Y cuando el brazo masculino le fue dispensado, no dudó en reposar la mano enguantada sobre la suave manga de terciopelo del frac, con lo que se sintió como la princesa de un cuento que jamás esperó protagonizar.

Se alzó de su asiento para acompañar al conde de Stanton hasta el centro del salón, sin ser capaz de desligar la mirada de aquellas pupilas de brea que parecían hipnotizarla y mantenerla en suspensión, ajena a la realidad y sometida a sensaciones hasta entonces desconocidas.

Tenía veintiséis años y podía considerarse una solterona en toda regla, pero al lado de Elijah se sentía como una jovencita rayana en

los dieciséis.

Capítulo 14

Después de inclinarse en reverencia para dar comienzo a la contradanza, permanecieron en su respectiva fila, fija la mirada en el otro, los dos corazones latiendo al unísono, mientras la pareja situada a su lado cruzaba por detrás de ellos y se reunía en el centro en elegante cadena y adelantaba un lugar.

Llegó el momento de que ambos hiceran lo propio; caminaron con cadencia y sin desligar la mirada del otro para rodear a la pareja contigua, reunirse en el medio del pasillo humano y avanzar posición.

Se formó entonces el círculo de cuatro manos en el centro.

Eva sintió el calambrazo recorrerle su columna vertebral justo en el momento en el que Elijah tomó su mano izquierda, pues, a pesar de que la suya permanecía enguantada, pudo sentir perfectamente la calidez de su contacto o la firmeza con la que el caballero asía sus dedos.

—Me gusta la contradanza —apuntó él en un susurro, tras inclinarse hacia la joven.

—A mí también —respondió Eva—. Es un baile sin afectación y con mucha gracia.

Elijah asintió.

—Y el salón de los Steele posee buen tamaño para reunir una cantidad aceptable de bailarines.

Eva le dedicó una media sonrisa.

—Desde luego, no sería justo atribuir falta alguna al salón de los Steele, señor Grayson.

Elijah se humedeció los labios sin apartar de la joven su mirada. Necesitaba tantear el terreno. Tras haber conversado con Phillips, sabía que no podía desaprovechar la ocasión de continuar indagando para procurar luz a sus elevados indicios de duda.

—Aunque ciertamente nada de esto tiene mucho que ver con los bailes de la corte, ¿verdad?

Eva lo miró con suspicacia. ¿Bailes de la corte? ¿Le atribuía acaso un nacimiento gentil? ¿Cómo había llegado a semejante conclusión?

—No sabría decirle… —Fue consciente del tono vacilante de su voz, y rogó porque él no lo hubiera percibido—. Yo no sé… Yo nunca…

Desvió la mirada, sintiendo cómo los nervios empezaban a atenazar sus entrañas, y tragó seco.

No comprendía la intencionalidad de aquel apunte, si era que acaso existía algún propósito tras aquellas palabras o si acaso se trataba de una simple coincidencia, así que, tras eso, se limitó a mirar al conde con un ligero ceño y un creciente temblor en las rodillas mientras continuaban girando.

Los pasos de baile obligaron a deshacer el círculo, pero, mientras realizaban el cadencioso paseo por el centro, tomados de la mano, Elijah continuó tirando del hilo.

—Supuse que habría bailado usted alguna vez en Londres, como debutante…

Rauda como el viento, Eva volteó el rostro en su dirección. Su

ceño se acentuó y perdió el paso por un segundo.

—¿Le agradó ser presentada ante la reina? —insistió Elijah, conservando su gesto serio.

No hubo respuesta. Por fortuna, tuvieron que separarse y regresar cada uno a su fila, pero nada volvió a ser lo mismo.

Eva no pudo ya relajar la arruga que fruncía su gesto ni aliviar los colores que, de forma repentina, escarcharon sus mejillas; tampoco fue capaz de controlar el ejército de hormigas que correteaba por su vientre o el desazonador entrechoque de rodillas.

¿Por qué Elijah había dicho aquello? ¿Cómo sabía…?

Por su parte, él no perdía detalle de cada reacción de la joven, a las que consideraba todas ellas perfectamente reveladoras. Eva le rehuía la mirada, no había duda de eso. De hecho, no volvió a mirarlo ni una sola vez, y aunque sus ojos no se posaran ya en él, en ningún momento se relajó la sombra que oscurecía su bonita mirada de jade. Parecía incluso nerviosa, a juzgar por los movimientos de repente inarmónicos con los que ejecutaba los sencillos pasos de baile.

No volvieron a conversar durante el transcurso del baile, por más que Elijah deseó arrancarle alguna palabra, recuperar su mirada o vislumbrar una sonrisa; ¡lo que fuera! con tal de deshacer el halo de silencio y tirantez que de pronto se había instalado entre los dos, aunque era obvio que Eva no parecía inclinada a favorecer más conversación, a juzgar por su mirada esquiva o por la tensión que se apreciaba en su mandíbula.

Una vez hubo finalizado la pieza, Eva permaneció inmóvil durante un segundo en la fila que ya empezaba a deshacerse, con la vista enclavada en el suelo y las manos cerradas en puños, rígidos los brazos a ambos lados del cuerpo.

Al cabo de un brevísimo interludio emocional, se alejó del centro

del salón sin ofrecer a su acompañante una reverencia a modo de despedida y mucho menos esperar a ser acompañada por él; procuró tan solo, en su precipitación, esquivar las parejas que regresaban a sus lugares, las cuales se convirtieron de pronto en molestos obstáculos andantes.

Elijah observó la extraña urgencia con la que Eva cruzaba la sala y, aunque su corazón y sus sentidos lo instaban a correr tras ella, decidió con gran esfuerzo concederle espacio, a sabiendas de que seguramente ella no desearía su compañía en aquellos momentos.

Desde que hizo su sutil mención a los bailes de la corte y a su condición de debutante en Londres, ella en ningún momento le dedicó una mirada serena, por lo que, supuso, no iba a ser recibido con amabilidad si en esos momentos daba en la flor de seguirla para reunirse con su grupo.

De ese modo, la vio regresar al corrillo con paso urgente, retorciendo con frenesí las manos en todo momento, y observó cómo se inclinaba para decirle algo a la señorita Landsbury al oído. La dama la miró con gesto sorprendido, aunque en ningún momento le pareció a Elijah percibir angustia u horror en el rostro de la mayor, mucho menos una reacción consecuente a la urgencia con la que Eva se había escabullido de su lado.

No obstante, no trascurrió ni medio minuto antes de que la dama se levantara y, ajustando su brazo en el de la más joven, abandonaran juntas la estancia.

***

Una vez en la intimidad del carruaje que las llevaría de vuelta a la residencia de la señorita Landsbury, y solo entonces, Eva dio rienda suelta al maremágnun de emociones que bullía en su interior.

Y, de este modo, al igual que sucedería con todo el ingente caudal contenido por una presa al descubrirse una pequeña grieta en sus paredes, asimismo se desbordó de emotividad la joven.

Doblegada sobre sí misma en su asiento, cubrió el rostro con las manos mientras las lágrimas fluían sin cesar. Los sollozos, apenas contenidos, brotaban entre sus labios y agonizaban entre los dedos que trataban con fuerza de reprimir su sonoridad.

Dorothea, conmovida por la inesperada reacción de su protegida, y sorprendida especialmente por lo que la hubiera podido provocar, se inclinó hacia ella para tratar en vano de consolarla. De nada sirvieron las caricias en el hombro convulso, en la cabeza gimoteante o en las rodillas apretadas, la muchacha parecía encontrarse en un estado inconsolable.

—¿Qué es lo que está mal, Eva? —inquirió Dorothea, sin duda afligida al no poder proporcionar alivio a su querida niña—. ¿Qué ha sucedido ahí dentro?

Todavía demoró un buen rato en responder la joven, para desconsuelo de su protectora, pues bastante tenía con dominar los sollozos que sobrevenían en oleadas que la llevaban a convulsionar entre estertores. Una vez se sintió ligeramente capaz de sobrellevarlos, se permitió hablar tras las manos que todavía cubrían su rostro.

—¡No sé de qué forma, pero ha logrado descubrir que procedo de Londres!

No hizo falta mayor explicación, Dorothea sabía que se refería a Elijah Grayson, conde de Stanton. La buena mujer no era tonta y, aunque permaneciera en la soltería, los años y la vida le habían mostrado mucho acerca del mundo y del comportamiento de las personas; de ese modo sabía perfectamente que algo había surgido entre aquellos dos, por más que Eva tratara de mantener sus

sentimientos a buen recaudo bajo una coraza de indiferencia. Al menos el caballero no la había ofendido, que era algo que ella temió en un primer momento, dada la urgencia y el disgusto de la joven.

—Entiendo que te refieres al conde de Stanton…

No hizo falta confirmación, pues la sola mención del caballero provocó una nueva acometida de sollozos.

—¿Y qué hay de malo en eso? Londres es tremendamente grande.

Por vez primera apartó Eva las manos del rostro. De ese modo, se descubrieron los muchos rubores que lo vestían sobre la base del sofoco, así como la humedad que perlaba por completo la piel y brillaba sobre sus pestañas. La nariz permanecía roja e hinchada, y la barbilla temblaba en ese instante en el que el llanto había sido momentáneamente interrumpido. Su expresión reflejaba una extraña mezcolanza de incredulidad y sorpresa ante las palabras de su protectora y amiga.

¿Cómo podía decir Dorothea algo así? ¿Que qué había de malo? ¡Todo! ¡Todo, por el amor de Dios!

—Demasiado pequeño para cobijar la sombra del marqués de Grafton —susurró, trémula, Eva— y a mí bajo ella. —Un jadeo nervioso huyó entre sus labios—. Si viera con qué certeza se expresaba, con qué convicción me situaba en los salones londinenses…; no sé con quién ha podido hablar para alcanzar tal certidumbre…

—Pudo haber hablado con cualquiera. —Dorothea se encogió ligeramente de hombros—. Todo el mundo sabe que no naciste aquí y que llegaste con dieciocho años a mi casa. Eso no es ningún secreto, Eva.

Eva jadeó de nuevo con sonoridad. Su mirada permanecía extraviada sobre la base del miedo y la desesperanza, fija en ninguna parte y en todas dentro del reducido habitáculo tapizado en

terciopelo. ¡Si alguien hubiera podido escuchar la violencia con la que zumbaba su corazón, sin duda habría quedado espantado!

—Pero nadie sabía que viajé desde Londres hace ocho años; jamás hicimos mención a ese punto, fuimos muy cuidadosas. —Tragó seco, azuzada por los nervios que cerraban su garganta y apretaban sus entrañas—. El señor Grayson no debería saberlo, ninguno de su grupo debería hacerlo, resultaría tan sencillo que conociera a… —Sacudió la cabeza, como si con ese gesto hubiera tratado de apartar de sí tal posibilidad—. ¿Qué sucedería si el marqués acaba descubriendo que me oculto aquí, en Norwich? ¡Oh, eso sería terrible! ¡Terrible, querida Dorothea!

Fue tiempo de que Dorothea exhalara con largueza mientras reclamaba una de las manos de Eva para sostenerla entre las suyas. El guante de la joven permanecía humedecido a causa del mar de lágrimas que había tratado de contener segundos antes. Bajo el guante, la mano temblaba.

—¿Y por qué deberías seguir escondiéndote? —continuó Dorothea, inclinando la cabeza para buscar su mirada.

Ante la insistencia de Dorothea, que buscaba sus ojos con porfía, Eva fijó en ella una mirada velada por el llanto.

—Explícame eso, Eva —reiteró—, porque no lo alcanzo a comprender. Tú no has hecho nada malo y, sin embargo, eres tú la que te escondes mientras él, seguramente, continuará campando a sus anchas por St. James.

Eva se humedeció los labios. Su ceño fruncido escondía mil emociones distintas, a cual más turbulenta y angustiosa. Dorothea continuó:

—Llevas ocho años viviendo con miedo a que cualquiera descubra tus orígenes, a que tu paradero llegue a conocimiento de Severus Wakefield; ocho años manteniendo tu vida pasada escondida en la

caja de Eleanor.

Eva exhaló.

—Sabe por qué lo hago, usted sabe por qué hui de Londres…

Dorothea cabeceó. Habían hablado de eso hacía poco, cuando la joven se decidió a revelarle parte del contenido de aquella caja, especialmente lo que Eleanor había escrito en su diario personal.

—Lo sé, ahora más que nunca lo sé —aceptó—. Y por supuesto que te entiendo, querida: es normal sentirse asustada después de lo que has descubierto, pero ¿siempre será así? Dime, ¿te resignarás a mantener tu pasado encerrado de por vida en esa caja, y con ello condenar tu presente y tu futuro a permanecer también por siempre en la sombra? Estoy segura de que, si pudieras, tú misma te ocultarías dentro y no te permitirías salir jamás.

La respiración agitada de la joven, liberada a través de los labios separados y trémulos, provocaba el ascenso y descenso nervioso de la capa de lana que cobijaba su pecho. No entendía cómo podía permanecer tan tranquila su buena amiga cuando ella se encontraba al borde del colapso nervioso y tan agitada como un junco a merced del vendaval.

—¿Acaso no es hora de despejar las negras brumas que opacan tu pasado? ¿No deseas que la luz del sol entre hasta el fondo de tu alma y lo ilumine todo de una buena vez?

Dorothea reclamó la otra mano de la joven para resguardar esta vez ambas bajo el cobijo de las propias.

—Eleanor no querría que su hija viviera con miedo.

Su vista se enlazó a los verdes iris de la muchacha y comprobó así cómo las lágrimas continuaban empañando su hermosa mirada.

Decidió Dorothea que tal vez debía probar a tocar el alma y el corazón de su protegida con un argumento más amable y romántico, al fin y al cabo, Eva se merecía todo el sentimiento y el amor que

pudieran caber en un corazón. Y estaba segura de que aquel corazoncito latía de un modo muy especial en presencia de cierto caballero.

Una sonrisa dulce asomó a los labios de la mayor.

—Te agrada —dijo de pronto—. Y tú a él.

No esperaba Eva semejante giro cuando el tema a tratar era otro más negro y aciago, por lo que el hipido que le sobrevino de repente provocó que saltara con ligereza en el asiento.

—¿De qué habla? ¿A quién se refiere?

Los rubores que incendiaron de golpe el rostro de la joven, como una suerte de explosión repentina, confirmaron sin palabras la suposición de Dorothea.

—Y es totalmente justo y apropiado, querida niña —concedió con un cabeceo—. Elijah Grayson es un caballero espectacular, digno de admiración.

—¡Pero eso no es así…! —balbuceó bajo un ceño fruncido. No había ni un ápice de convicción en sus palabras y sí delatoras dosis de temblor y desánimo.

—¿Cuál de los dos puntos? ¿Que te agrada? ¿O que es un gran caballero?

Eva jadeó, desalentada, agotada y cada vez más encarnada.

—¡Ambos, me temo! Se equivoca usted.

Dorothea se cuadró en el asiento para mirarla esta vez con gesto serio.

—Dime que son la modestia y el pundonor los que te hacen hablar así o, de lo contrario, pensaré que eres una necia por ignorar lo que salta a la vista… o por considerarme a mí tan ciega como para no darme cuenta de ello.

Eva inhaló en profundidad e inclinó la mirada, pero nada dijo. Su silencio sirvió de aliento a su amiga para trazar recto por la senda

que acababa de escoger.

—Quizás sea hora de permitir que la luz entre hasta el fondo de tu alma, querida mía —murmuró, sonrisa amable en ristre—, especialmente cuando el portador de la luz es alguien como el conde de Stanton.

Eva meneó la cabeza en negación, aunque sin demasiado convencimiento. ¿Era posible que el corazón continuara galopando con semejante violencia en la carcasa de su pecho sin riesgo a colapsar o a reventar? ¿Era posible que la víscera romántica la traicionara de ese modo, y la delatara y la comprometiera por completo?

—No te escondas más —continuó Dorothea—. Es tiempo de dejar la oscuridad a un lado. Abre tu alma y tu corazón a las infinitas posibilidades que te presenta la vida, querida niña. Llevas demasiado tiempo privándote de experimentar, de sentir, como hicieron otras jóvenes de tu edad a su tiempo. Es bueno que te enamores, que te enojes, que sientas el corazón apretado en un puño y liberado cual mariposa en pleno vuelo después. Te mereces sentirlo todo.

Llegados a ese punto, la joven exhaló nuevamente en profundidad. Demasiado resuello, demasiado sofoco liberado en un corto espacio de tiempo para un único sayo. Así de prensada se encontraba su alma.

—Y quizás el conde de Stanton sea la persona adecuada para que tu corazón experimente dicha revolución. —Ante la mirada asustada de la joven, Dorothea continuó—: Tienes veintiséis años, mi querida, es justo que te enamores y seas feliz. —Se humedeció los labios en ese punto la señorita Landsbury, consciente de lo negativo que resultaría retomar el tema que había dado pie a la conversación. No obstante, debía hacerse—. Respecto al otro punto: creo que si permites que se te vea, las cosas se solucionarán de una forma más

eficaz de lo que lo harían si continúas en las sombras.

Eva levantó la mirada de golpe.

—Pero tengo que hacerlo —dijo de forma abrupta—. Esconderme, permanecer en las sombras, ¡tengo que hacerlo! Él me estará buscando, ocho años después, estoy segura de que todavía seguirá empecinado. —Un jadeo ahogado huyó entre sus labios—. Mi madre intentó prevenirme, ¡usted vio lo que ella escribió en su diario! Mi madre tenía miedo de que él acabara conmigo… —Tragó duro, áspero y doloroso—. Del mismo modo que acabó con ella.

Capítulo 15

Habían transcurrido cuatro días desde el baile de los Steele y en cada uno de esos cuatro Elijah había tenido que realizar grandes esfuerzos para vencer la tentación de visitar a Eva Burney.

Trató de convencerse de que su precipitado abandono del salón de los Steele, sin despedirse siquiera o sin esperar a que la escoltara hasta su grupo, suponía una muestra legítima e indiscutible de su repentino rechazo…

Pero ¿hacia su persona?

¿Y qué había hecho él para merecer tal rechazo?

Tan solo hizo mención —una muy sutil, por cierto— a su intuido origen, con lo que tocó con suavidad las teclas necesarias para conseguir una reacción por su parte. ¡Y vaya si la había conseguido! Aunque en modo alguno la que hubiera esperado.

¿Por qué Eva Burney parecía disgustada por el hecho de que él llegara a la conclusión de su procedencia londinense? No era un secreto, al fin y al cabo, pues el propio Phillips había llegado solito a la misma deducción. ¡Cuánta gente en el condado estaría al tanto de semejante circunstancia!

No obstante, frente a él, había apreciado esa mirada arredrada y

ese gesto de asombro, mezcla de incredulidad y miedo, que asomó a su rostro una vez debió sentirse descubierta.

¿Se avergonzaba Eva de sus orígenes, fueran cuales fueran estos? ¿Y por qué? ¿Acaso ocultaba algo turbio en su pasado, algo tan negro que debía ser olvidado y escondido para siempre? ¿Se había refugiado en Norwich en huimiento de un matrimonio indeseado? ¿Existía un desliz amoroso en su vida pasada que debía ocultarse? ¿Un romance malogrado? ¿Una caída en desgracia, tal vez? ¿Por eso se encontraba allí escondida, bajo el ala de una solterona con la que, supuestamente, no existía ningún grado de parentesco?

Demasiadas preguntas, demasiadas conjeturas, y todas ellas tan desafortunadas que impedían que la cabeza de Elijah permaneciera en paz.

Podía tratar de averiguar, sin embargo.

Podría encomendarle a Frederick, lord Lanport, la misión de investigar acerca de la señorita Burney, ya que se encontraba todavía en Londres. ¿Cuántos Burney habría en la ciudad? No dudaba de que un caballero con los contactos de su amigo pudiera realizar un cribado rápido y acertado.

Pero la correspondencia demoraría demasiado la posible respuesta y él no disponía de la presencia de ánimo requerida para lidiar con las dudas y la curiosidad durante mucho tiempo más. ¡Quería saber, quería avanzar de una vez los escalones que lo separaban de Eva, y quería que todo ello se sucediera ya!

También podría ser él quien viajara hasta Londres; pero ciertamente no deseaba abandonar Norwich en esos momentos y perder así la oportunidad de volver a ver a Eva pronto.

Aunque lo cierto era que habían pasado ya días desde la última vez que sus ojos se posaron en su adorable figura y en su precioso cabello rojo.

No la había visto ni aun después de haber salido a montar por el bosquecillo de robles que escoltaba el jardín posterior de su casa y demorarse aposta, bajo los viejos troncos que pretendían arañar el cielo con sus ramas desnudas, para tratar de distinguir su rostro de nieve del otro lado de las ventanas.

Tampoco volvió a repetirse la coincidencia acontecida en el almacén de la señora Long, y de hecho si se resignó a acompañar de nuevo a lady Averbury y a la señorita Killbuck en su caprichosa jornada de compras fue con la única esperanza de que tal fantasía se sucediera.

No, no la volvió a ver en cuatro largos días con sus insoportables noches de desvelo y dudas.

Pero nunca perdería la esperanza.

Podía sucederse el ansiado encuentro cualquier tarde, mientras él montaba en Pegaso y la preciosa Pandora hubiera salido a dar uno de sus paseos por el campo. Llevaría el cabello desprendido con informalidad de las horquillas, resguardado bajo un sencillo *bonnet*, mientras su rostro de porcelana se escarchaba en rubores a causa del ejercicio reciente y sus ojos brillaban como esmeraldas en el fondo del mar.

Resultaría una coincidencia maravillosa. Como maravillosa era ella, en esencia.

O tal vez podían coincidir durante una cena, una velada musical o algún baile improvisado. ¡Sin duda el campo gozaba de la estupenda baza de la improvisación!

Quizás la encontrara sentada frente a un pianoforte.

¡Oh, y cuánto daría en esos momentos por volver a girarle las hojas de la partitura! ¡Cuánto daría por observar fascinado el corretear de aquellos dedos finos y largos sobre las teclas de marfil! O tal vez por permitirse de nuevo acariciar uno de los bucles rojos

que descendiera en cadencioso abandono por su espalda.

No, de ningún modo podía abandonar Norwich, por más que la curiosidad lo estuviera carcomiendo por dentro.

Y en verdad lo carcomía, royendo en su alma con la misma constancia que una polilla roe impasible en un mueble de madera. Sin prisa, pero sin pausa.

Eva Burney le gustaba.

Mucho.

A esas alturas, negarse a la evidencia resultaba objeto de un completa necedad.

De hecho, hasta su amigo, el duque de Lennox, se había dado cuenta de su inclinación, puede que quizás antes de que lo hiciera él mismo.

Siempre con sus sonrisitas araneras, con sus pullas soterradas, con sus codazos disimulados cada vez que la señorita Burney aparecía en cualquier lugar escoltada por su protectora…

A Elijah todo esto al principio le molestaba un tanto… Finalmente acabó por claudicar a sus sentimientos hasta el punto de encontrar disfrute en cada pulla de su amigo.

Debía reconocer que, en ese entonces, resultaba delicioso que Damien mencionara a la señorita Burney como el sueño pelirrojo del conde, o que de continuo presentara ante sus ojos posibilidades variadas —y adoradas— de un futuro no muy lejano en el que la bella Pandora terminara por ser la condesa de Stanton.

A decir verdad, su excelencia no debía mofarse demasiado ni continuar expresándose con sarcasmo en cuanto a corazones enamorados y caballeros vencidos, cuando él mismo parecía haber caído rendido a los pies de la señorita Morris.

Como un bendito.

¿Quién lo iba a decir? Damien había viajado hasta Norwich con el

propósito único y exclusivo de velar por la cordura y el buen tino de su hermano Leonard y tratar así de alejarlo de la muchacha razón de sus desvelos, una a la que por cierto el duque desaprobaba por lo infausto e innoble de sus orígenes, su ausencia de blasones y su inexperiencia social, y al fin su propia excelencia había caído subyugado por la maestra de la joven.

A Elijah nada de esto le había importado jamás. Los orígenes sociales de la que fuera a convertirse en la elegida de su corazón carecían de significación para él. Tan solo precisaba la certeza de que fueran ese corazón y todos sus sentidos, su cuerpo por entero, los que eligieran a la mujer con la que compartir su vida.

Y, desde luego, hasta la fibra más remota de su ser vibraba ante la simple presencia o mención de Eva Burney; su corazón se encabritaba como corcel de batalla al saberla cerca, su aliento se agitaba clamando por entremezclarse con su aliento y cada uno de los músculos de su cuerpo se tensaba ante el anticipo y la necesidad de tocarla y sentirla como parte de su propio ser…, por lo que no había lugar a dudas.

Era ella.

Ella y ninguna otra.

***

—Una dama espera en el hall, señor. Ha solicitado ser recibida por usted.

Elijah observó al lacayo que le refería tal información bajo un ceño fruncido sobre la base de la sorpresa y el desconcierto.

¿Una dama? ¿Una dama solicitaba verle? ¿A él?

Aquel dato resultaba tan curioso como inesperado, pues, al fin y al cabo, él mismo era un convidado de Felbrigg Hall, por lo que no

mucha gente estaba al tanto de su estadía en aquel lugar y un porcentaje todavía menor solicitaría ser recibida por el conde cuando se encontraba el duque de Lennox entre esos mismos muros.

Por un momento, el corazón se permitió la licencia de cabriolar bajo la carcasa ósea que lo amparaba, al considerar, siquiera por un breve lapso, que la dama requirente fuera la propia Eva. No obstante, enseguida desechó tal posibilidad.

Una joven soltera, aunque no se encontrara en edad de considerar su reputación en riesgo, no visitaría la residencia de un soltero sin carabina o sin que las damas que residían en la casa se encontraran presentes. Y, por lo que había podido entender al lacayo, la visita acudía sola y pretendía ser recibida por él en particular.

Amparado por la curiosidad, acudió al salón adonde había sido escoltada la visita a la espera de ser recibida.

Si bien la posibilidad de que se tratara de Eva pulseaba todavía en sus entrañas, el hecho de encontrar en su lugar a la señorita Landsbury no supuso una decepción tan grande. Al fin y al cabo, Dorothea Landsbury era lo más cerca que podía sentirse de Eva en esos momentos.

—Señorita Landsbury, ¡qué inesperada sorpresa! —saludó tras ofrecerle la venia de cortesía y apreciar la cumplida reverencia con la que la dama le correspondía.

—Señor Grayson —comenzó ella en un tono perfectamente serio, mas afable—, espero que pueda usted disculpar mi osadía de presentarme sin invitación.

—Faltaría más —concedió él, indicándole con un gesto de la mano que ocupara el asiento frente al que él ocupó acto seguido—. Siempre es usted bien recibida, señorita Landsbury.

—Se lo agradezco, señor. —Se tomó la mujer unos segundos para asimilar el cumplido y considerar el mejor modo de referir el asunto

que la había empujado a dar el paso hasta Felbrigg Hall.

No quería pecar de entrometida, ni mucho menos, pero tampoco iba a consentir que su protegida se quedara de brazos cruzados mientras la vida y sus oportunidades pasaban ante sus ojos a riesgo de dejarla atrás. Por fortuna, su edad avanzada le concedía ciertas licencias ante los jóvenes, por más que uno de los implicados fuera un elegante y atractivo conde.

—Me gustaría, señor —se atrevió a comenzar, tratando de mantener a raya el lógico nerviosismo que acompañaba sus palabras —, dejar a un lado los rodeos e ir al grano, pues el motivo que me trae aquí, a hablar con usted, no admite circunloquios innecesarios.

Semejante determinación sorprendió a Elijah, lo que le agradó a su vez.

—Siéntase en libertad de hablar sin tapujos, señorita Landsbury.

Ella cabeceó en gratitud, tomó aire y acto seguido se expresó de corrido y sin pararse demasiado a pensar. Al fin y al cabo, llevaba días meditando aquella posibilidad como para arrepentirse en el último momento.

—¿Qué intenciones tiene usted con respecto a Eva?

Elijah se obligó a carraspear, a riesgo de atragantarse con su propia saliva. Aquello le había tomado absolutamente por sorpresa.

—¿Mis intenciones, señorita Landsbury?

Seguro se puso colorado, pues de pronto experimentó un calor delator en el rostro que le hizo sentir incómodamente vulnerable. No sabía qué le resultaba más extravagante: si conversar acerca de sus intenciones y sentimientos hacia Eva o hacerlo ante una mujer. O que aquella mujer le mirase con semejante determinación, esperando su respuesta.

Pocas veces había tenido que justificarse ante alguien, por eso verse en la obligación moral de hacerlo en aquel instante resultaba,

cuanto menos, insólito.

—Así es —afirmó ella—. Como protectora de la señorita Burney me veo en la necesidad de preguntarle acerca de sus pretensiones respecto a ella o a la posibilidad de un futuro con ella.

Elijah se cuadró en su asiento y su rostro desconcertado trocó en el acto en un visaje serio y formal.

—Mis intenciones son perfectamente honorables, señorita Landsbury.

Ella cabeceó de nuevo y esta vez se permitió esbozar una de aquellas sonrisas benévolas que el conde había percibido en alguna ocasión anterior.

—No albergaba dudas respecto a eso, señor —continuó—. No obstante, compréndalo usted, era mi obligación asegurarme de ello y escucharlo de sus propios labios. Eva es una muchacha excelente que merece sin duda alguna ser feliz.

—Por supuesto, señorita Landsbury, así lo creo también.

Entendió Elijah que la oportunidad que el destino acababa de pincelar ante sus ojos no podía ni debía ser desperdiciada.

—¿Usted es su única pariente?

Dorothea sonrió de forma enigmática.

—Algo así, señor Grayson —añadió, perdurando la sonrisa misteriosa—. Fui muy amiga de su madre en otros tiempos; éramos muy unidas.

—Pero ella no nació en Norwich, su procedencia no se encuentra en el condado…

Dorothea le miró de hito en hito; la sonrisa se suavizó en sus labios.

—Sé lo que usted quiere saber, conde. —Se tomó unos segundos para inhalar profundo y sopesar su proceder a continuación.

—¿Y podrá usted satisfacer mi curiosidad, señorita Landsbury?

¿Podía? Tal vez Eva no estuviera conforme con ella ni con su decisión, pero ella no estaba ni mucho menos dispuesta a que la joven niña continuara escondiéndose a riesgo de desperdiciar la oportunidad de ser feliz. Severus Wakefield no se merecía, ni remotamente, semejante sacrificio.

—No, no nació en Norwich —confesó, dispuesta a barrer a manotazos las sombras que empañaban a su protegida. Estaba decidida y no se volvería atrás—. Eva nació en Londres hace veintiséis años; como comprenderá, muy muy lejos de aquí.

—Tengo entendido que usted la acogió al quedar huérfana de su madre, pero me atrevería a suponer que no se trataba de una simple huérfana desamparada, ¿me equivoco?

Dorothea cabeceó despacio.

—No se equivoca. —Inhaló profundo—. ¿Conoce usted Wakefield Manor?

Elijah frunció el ceño tratando de identificar el lugar mencionado entre la infinidad de construcciones nobles que engrosaban la ciudad.

—Si no recuerdo mal —prosiguió Dorothea—, se encuentra en pleno West End.

Esta vez fue Elijah quien cabeceó en asentimiento. Sí, reconocía la vivienda, sita efectivamente en Mayfair. No había estado errado, entonces, en sus suposiciones al atribuir noble nacimiento a Eva.

—La residencia del marqués de Grafton —dijo—. Mi abuelo y mi padre lo conocieron y lo trataron durante años.

«Y siempre lo consideraron absolutamente despótico y perverso».

Dorothea esperó. Debía reconocer que, en el fondo, temblaba. Aquel era un paso muy importante, y dependía del conde que el camino se torciera de golpe o continuara derecho. Si se torcía…, ¡pobre Eva y pobre corazón enamorado! Pero… si había posibilidad

de trazarlo recto, ¡qué merecida dicha abrazaría su querida niña!

—Según tengo entendido, el marqués tuvo dos hijas —continuó Elijah—. La menor falleció poco después de que lo hiciera su madre…

Dorothea arqueó ambas cejas hasta que el arco que formaron en su vehemente expresividad rozó el nacimiento de su cabello rojizo, oculto en esos momentos bajo la cofia. La sorpresa que la invadió de golpe fue tan grande que temió no ser capaz de disimularla y que su rostro la delatara con absoluta impiedad. Con semejante temor en su interior, se llevó una mano al generoso busto para tratar de aplacar los rotundos latidos de su corazón.

La hija menor del marqués, muerta. Aquel dato resultaría sumamente interesante a Eva, desde luego, o al menos tan impactante como lo estaba siendo para ella.

—La mayor se casó —Elijah seguía refiriendo cuanto sabía, completamente ajeno a las cavilaciones de su interlocutora o a las reacciones consecuencia de sus palabras.

Dorothea ladeó el rostro ante esta última referencia. Eva le había dicho que, meses antes de su huida, Martha se había prometido con el primogénito del barón de Riverside, así que las palabras del conde de Stanton confirmaban este hecho.

—Y poco más puedo decir, puesto que yo jamás traté a la familia personalmente.

Dorothea exhaló bajito y con disimulado alivio.

—Es posible que, en un futuro próximo, coincida usted con el marqués en cualquier evento celebrado en la corte —añadió, procurando controlar su nerviosismo.

Elijah la miró de forma sesgada y sus labios, de igual modo, se torcieron en un visaje extraño.

—Resultaría por completo improbable, señorita Landsbury —su

ceño se reunió en un gesto descreído—, teniendo en cuenta que el marqués falleció hace ya algunos años.

Capítulo 16

Olía a tierra mojada, a frescura y a limpio; también se percibía especialmente en el aire el agradable aroma de la madera de roble que alimentaba las chimeneas de los hogares y concedía fragancia propia y particular a la estación fría.

La acuarela verde y ocre que dotaba de color el paisaje aparecía brillante, como si la mano divina hubiera deslizado un brochazo húmedo sobre su lienzo para conferirle mayor refulgencia y vistosidad. Así solía acontecer durante los prolegómenos de la lluvia inminente, cuando en el aire se respiraba la esencia de la humedad que estaba por llegar y los escenarios verdes parecían adquirir un matiz propio.

Y, de ese modo, resplandecían los bosquecillos y la campiña de Norwich en horas vespertinas, mientras los pajarillos lanzaban al viento de la tarde sus cánticos desde el refugio procurado entre el follaje y la brisa rumorosa, fría y cortante de principios de febrero, que se deslizaba entre las ramas de los árboles y creaba una susurrante composición.

Tres mujeres caminaban en agradable compañía y distendida conversación por la vereda que serpenteaba y bordeaba el robledal

centenario, a las afueras de Norwich.

El paso habitual de los carruajes había horadado los márgenes del camino con sus rodadas, lo que formaba dos surcos de pequeña profundidad y una elevación verde en su centro. A ambos lados del sendero, los viejos robles crecían entrecruzando sus ramas desnudas para formar una cúpula vegetal sobre los paseantes.

Dorothea Landsbury caminaba con el brazo enlazado al de su buena amiga, la señora Norris, mientras Eva paseaba ligeramente separada del par, deleitándose con la belleza del entorno en lugar de participar de la conversación de sus acompañantes. Cada pocos pasos, se inclinaba la joven para admirar el encanto de algún tronco derribado, vestido por completo de musgo, o la suave delicadeza que reflejaba la legión de campanillas de invierno que cubría el suelo a baja altura con sus pétalos blancos.

De cuando en cuando, Dorothea lanzaba una mirada de soslayo a su protegida mientras esbozaba una sonrisa traviesa que tan solo ella podía identificar. Eva no sospechaba lo que estaba por venir o, de hacerlo, seguramente se hubiera negado a acompañarlas. Pero todo obedecía a un buen fin, pensó Dorothea en su descargo; al mejor de los fines, se habría atrevido incluso a decir, por lo que esperaba que Eva no tomara a mal su pequeña licencia.

Elevó la mujer la mirada al cielo plomizo y, por un instante, temió que la lluvia fuera a estropear sus planes; pero una segunda mirada al cruce de caminos que se sucedía a poca distancia frente al grupo le confirmó que todo estaba bien y que el plan discurría tal y como se había acordado.

Elijah Grayson apareció justo cuando las tres mujeres se encontraban a la altura de la bifurcación. Hacía el trayecto a pie, tal como ellas, y aparecía tan apuesto y elegante como cabía de esperar en un auténtico prohombre. Ataviado con un redingote color pardo

sobre un frac en tono oliva, abrochado al frente con doble botonadura dorada, pantalón gris con solapa de prendedura, botas *hessian* y elevado sombrero de copa, el caballero se detuvo en el mismo instante en el que lo hicieron las damas.

—¡Señor Grayson, qué agradable sorpresa! —Dorothea trató de expresarse con un asombro que en realidad resultaba del todo fingido, aunque, por fortuna, la mirada y la sonrisa intencionada que intercambió con el conde solo fue percibida por ellos dos.

Eva, en su posicion ligeramente retrasada, fue la última en percatarse de la aparición del conde y por ello hubo de recibirlo con una sucesión de rubores y una cabriola de su corazón, amén de la repentinamente acelerada respiración que obligó a su pecho a ascender y descender en agitado vaivén.

¿Qué hacía él allí?

—Lo mismo digo, señorita Landsbury —saludó el conde ofreciendo el cabeceo de cortesía, sin poder evitar deslizar en el proceso una mirada fugaz a la muchacha pelirroja que permanecía algunos pasos por detrás de sus acompañantes—. Un absoluto placer encontrarlas paseando por tan bello entorno.

Las tres mujeres se inclinaron en reverencia casi a un tiempo, aunque sin duda la de Eva resultó más lenta que las de las otras damas. En su caso, la lentitud obedecía al desconcierto y a la vergüenza que le suponía rememorar su último encuentro en casa de los Steele. ¿Qué pensaría Elijah, en ese momento, de ella? ¿Qué consideración de su persona resultaría tras haber presenciado un comportamiento tan inmaduro?

—¿Camina usted sin rumbo, conde? —preguntó Landsbury de repente.

Eva dirigió una mirada sorprendida a su protectora, pero se cuidó de expresar cualquier emoción más allá del repentino fruncimiento

que acusó su ceño.

—Así es —aseguró él, afable—. En realidad abandoné Felbrigg Hall con el único pretexto de disfrutar de la belleza del paisaje y las bondades del clima antes de que empiece a diluviar.

—Pues entonces, señor, tal vez no le importe acompañarnos durante un trecho —convidó la señorita Landsbury—. Haga compañía a la señorita Burney, si le parece bien, pues mi amiga, la señora Norris, y yo caminamos adelantadas, conversando acerca de consomés y confituras. —Agitó la mano para restar importancia al asunto—. Temas que seguramente no resulten del interés de los jóvenes.

El caballero aceptó el ofrecimiento con un cabeceo y una disimulada sonrisa agasajada a su benefactora, gesto que esta agradeció con otra sonrisa similar mientras ceñía el brazo de su amiga con intención irrefutable de retomar camino.

De ese modo, Elijah se acercó a Eva y le ofreció un nuevo cabeceo y una sonrisa tímida a modo de tregua.

Eva lo recibió inclinando la mirada al suelo y acentuando rubores mientras, y en realidad porque no se sentía capaz de ejecutar ningún otro movimieto racional, se obligaba a reanudar el paseo, a pesar de que sentía las piernas doblegarse a cada paso y el corazón a punto de expulsarse solito fuera del cuerpo.

Podía ser ingenua e inexperta en numerosas facetas del mundo y de la vida, y sin duda alguna lo era, pero desde luego no se consideraba tonta y estaba segura de que aquel encuentro con Elijah Grayson no resultaba tan fortuito como su protectora trataba de aparentar. La buena de Dorothea había tenido algo que ver; no estaba segura de si la señora Norris actuaba a modo de cómplice o, como ella, permanecía en la ignorancia acerca de los planes de su amiga, pero de que Dorothea había movido sus cartas para que

aquel encuentro tuviera lugar no le cabía la menor duda.

Y, aunque la certeza de dicha implicación avivaba el ejército de hormigas que había empezado a corretear por su vientre y hacía borbotear la sangre en sus venas, no podía en modo alguno sentirse decepcionada ante la intervención de su protectora.

¿Para qué negarlo?

Debía reconocer que llevaba días agonizando de deseo de volver a ver a Elijah y tan solo el bochorno que le producía evocar su mutis injustificado del baile de los Steele la cohibía de haber procurado un encuentro.

—Señorita Burney, me gustaría disculparme…

Fue Elijah quien habló en primer lugar, procurando tal vez derribar el tabique de hielo que separaba aquellos dos corazones que latían al unísono, aunque ninguno de los implicados pudiera saberlo. No obstante, no pudo continuar, puesto que Eva le interrumpió.

—¡Señor Grayson —exclamó con tono urgente, acusando rubores implacables—, soy yo la que desea pedir disculpas por mi injustificado comportamiento en el baile de los Steele! ¡Me siento profundamente abochornada por ello!

Ya estaba, ya lo había dicho; y de ese modo se llevó una mano al talle para concederse al fin tomar aire y restaurar la respiración que, sin saberlo, había pausado para hablar.

—Usted no ha hecho nada reprobable, señorita Burney —Elijah hablaba en tono quedo—. La falta ha sido mía por insistir en un tema que usted no deseaba tocar. —Ante el gesto de Eva, que parecía dispuesta a rebatir estas palabras, Elijah se apresuró a añadir—: Y que yo, en modo alguno, debí sacar a la luz sin su consentimiento. Me conduje con torpeza y por ello le pido perdón.

Eva meneó la cabeza y replegó los labios al interior de la boca. No sabía si estaba preparada para apartar de sí los numerosos velos

que ocultaban con diligencia su pasado, pero comprendió que tal vez sí podía pemitirse descorrerlos levemente a un lado. Al fin y al cabo, no tenía por qué mostrar a Elijah más allá de lo que suponía su propia alma.

—Usted no tenía por qué saber… Es decir… Yo… —Se paró, con lo que motivó a que el caballero se detuviera también a su lado. Los nervios la obligaron a enlazar las manos y a retorcerlas con desasosiego. Las cejas azafranadas se reunieron sobre la marcada arruga de su ceño—. Es cierto que procedo de Londres, señor Grayson, tal y como usted adivinó. Nací allí y allí me crie. —Inhaló en profundidad para exhalar, acto seguido, todo el aire retenido—. Y efectivamente debuté en Buckingham… hasta que vine a Norwich con dieciocho años.

«Lo sé», pensó Elijah, en cambio se limitó tan solo a asentir.

—Lo anterior a esa fecha no es relevante y me gustaría dejarlo a un lado, si a usted le parece bien.

De nuevo Elijah cabeceó.

—Aceptaré saber lo que usted desee compartir, señorita Burney —dijo, mirándola de hito en hito; sus pupilas de brea centelleaban sobre la base de la contención autoimpuesta con tal de no delatarse o actuar de un modo impropio—. Aunque no voy a negar que, a estas alturas, me gustaría saberlo todo de usted.

Semejante afirmación provocó un jadeo sonoro en Eva. También que los labios se separaran para conceder libertad a una respiración que escaseaba y se entrecortaba por momentos. Sintió las rodillas blandas, como la mantequilla en pleno verano, y el corazón apretado. ¿Había oído bien?

—Me temo que no hay demasiado que saber. —Forzó una sonrisa —. Mi existencia en Norwich, como usted comprenderá, ha sido especialmente tranquila y carente de emociones. —Tragó seco y se

obligó a mirarlo, a pesar de la incomodidad que le infligían los rubores de los que era consciente—. Soy una mujer soltera de veintiseis años sin demasiadas alteraciones en su día a día; lo cual, sin embargo, resulta de agradacer. Me gusta esta existencia apacible en un lugar idílico como es Norwich.

Elijah miró hacia delante para comprobar con relajo cómo las damas que los precedían continuaban su paseo, ajenas a la conversación de los dos. Con esa seguridad, tal vez, regresó la mirada a Eva para expresarse en un tono bajo y grave:

—Es usted una mujer de veintiséis años a la que me gustaría seguir conociendo, si usted así lo permite, pues intuyo que no existe ni un punto referente a su persona que pueda desagradarme o decepcionarme.

Fue debido quizás a la poderosa turbación que le provocaron tales palabras que Eva necesitó desligar la mirada de aquellos ojos obsidiana que la mantenían atrapada en su órbita ineludible; de ese modo, siguió la senda que la vista del caballero había tomado segundos antes —una mucho más segura y sensata que continuar anclada en aquella mirada impenetrable— y, al percibir que Dorothea y la señora Norris se encontraban ya bastante adelantadas, compredió que, por el bien de su salud mental, debían retomar el paseo.

—Debemos continuar o nos echarán de menos —dijo con cierto atropello y ninguna convicción.

Elijah asintió. Era consciente de la agitación de la señorita, amén del nerviosismo que transmitían sus gestos, todo ello provocado sin duda por él mismo, y no deseaba en modo alguno ocasionarle angustia.

Caminaron algunos minutos en silencio, cada cual tratando de aprestarse para el torbellino de sentimientos y emociones que los

embargaban en presencia del otro. Y todo ello era mucho y tremendamente abrumador.

Mientras Eva caminaba con la mirada inclinada —especialmente concentrada en la puntera de las botinas que asomaban de forma intermitente bajo el ruedo de la falda—, y los nervios a flor de piel, lo mismo que su corazón —que parecía dispuesto a abandonar el sayo que lo cobijaba para reclamar liberación—, Elijah sentía como una auténtica tortura el hecho de caminar al lado de la bella Pandora y verse privado de tocarla, tal y como deseaba; de rozar al menos uno de aquellos dedos enfundados en raso que permanecían suspendidos tan cerca de su cuerpo y a la vez tan lejos como la luna.

Se moría por inclinarse hacia ella y aspirar la fragancia que la envolvía, agonizaba por acariciar tal vez uno de aquellos bucles sedosos que se insinuaban bajo el *bonnet* de paja trenzada o por besar aquellos pómulos elevados, de un delicioso tono cereza y leche. ¡Besar sus labios sería una deliciosa quimera!

—Creo que debo disculparme también por otra cosa. —Eva consiguió sorprender a Elijah con su intervención inesperada—. Me temo que, nada más conocerle, no fui demasiado benévola en lo que a primeras impresiones se refiere.

—¿De verdad? —Elijah alternó una sonrisa escéptica con un gesto de absoluta sorpresa, no obstante, se obligó a continuar caminando a la vista de que su acompañante así lo hacía también.

—La primera vez que lo vi en la cena benéfica de los Jones —prosiguió ella—, pensé de usted que era un completo estirado y un esnob.

—¡Vaya! —Elijah arqueó ambas cejas entanto liberaba un jadeo, y esta vez tuvo que realizar tremendo esfuerzo para continuar andando, por más que el pasmo lo empujara a quedarse quieto—.

No me lo esperaba, señorita Burney. —La sonrisa torció entonces sus labios en hilarante visaje—. Aunque creo que me lo merezco, sí.

Eva replegó los labios al interior de la boca en la ardua contención de una sonrisa.

—Estirado esnob… —repitió él en un murmullo, adornando cada palabra con una sonrisa incrédula—. Dios bendito…

—Desde luego no fue usted muy amable con el señor Weston. —A esas alturas, ya resultaba bastante complicado reprimir la risa para que no derivara en carcajada—. El pobre solo quería bailar esa noche y usted no se mostró nada colaborativo a su propósito.

Elijah cabeceó y trató en vano de disimular la gran sonrisa que adornó su gesto al rememorar el momento, amén de recordar también la cara de incredulidad que aquel caballero le dispensó ante su desplante.

—El salón era demasiado pequeño…

—No, no lo era, y usted lo sabe. —No existía reproche real en el tono de Eva, sino de sincero divertimento—. Después, cuando nos encontramos en el campo y usted desatendió mi necesidad de auxilio…

Llegados a ese punto sí se vio Elijah en la necesidad imperiosa de detenerse; su acompañante hizo lo propio.

—¡Oh, cielo santo! —Fingió entonces sentirse vivamente indignado y, para enfatizar su intención, se llevó la mano al pecho con teatralidad y la reposó sobre el corazón, lugar exacto donde se suponía que había recibido la estocada. De no haber sido por la suave sonrisa esbozada, se habría podido considerar legítima su indignación—. Le recuerdo, señorita, que tratamos ese asunto en un encuentro posterior —alegó en su defensa—. Si no recuerdo mal, durante la velada en casa del doctor Gratley, cuando el señor Phillips nos presentó.

—¡Ah, lo recuerda usted!

Elijah amplió la sonrisa.

—Sí, y recuerdo haberle dicho que uno, por más caballero que pretenda ser, no puede socorrer a quien no desea ser socorrido. Se condujo usted con cierto orgullo en aquella ocasión. Reconózcalo.

Fue el momento de Eva de sonreír.

—Es posible —admitió—. No esperaba que fuera usted tan bien mandado como para ni siquiera insistir en su ofrecimiento. —Pretendió Elijah rebatir este punto cuando la prosecución de Eva lo silenció—. ¿Qué pensó usted de mí por aquel entonces?

La repentina pregunta lo tomó por sorpresa, no pudiendo evitar tras eso tornarse serio de golpe.

La miró fijamente, de forma inclinada y devota, como un beato observaría a su más admirada deidad si esta se dignara a aparecerse ante sus impíos ojos. Los de ella no lo eran, desde luego, ni impíos ni álgidos ni indolentes, en realidad todo lo contrario; y de ese modo, absorbido por la profundidad insondable e hipnótica de aquellos verdes lagos sin fondo en los que podía fácilmente perderse para siempre, durante un eterno instante, se dejó engullir por su mágica quietud.

—Mi primera impresión fue que era usted preciosa.

No esperaba Eva semejante respuesta y, por ello, experimentó tal vez con mayor vehemencia el vuelco repentino de su corazón. Se llevó la mano al talle, la otra al pecho, y trató con ese gesto, en vano, de aplacar la ansiedad que le sobrevino.

Perdida, confusa y al borde del vahído, miró al frente; las damas ya se habían alejado bastante.

Comprendió Elijah su intención, percibió su agitada presencia de ánimo y, sintiéndose responsable de ser el causante de semejante angustia, muy a su pesar y con un gesto del brazo, la instó a

continuar caminando.

***

Una vez llegaron a la residencia de la señorita Landsbury, Elijah y Eva permanecieron de pie al otro lado de la cancilla entreabierta que Dorothea y la señora Norris acababan de traspasar, sin atreverse a rebasarla, pero tampoco sin intención alguna de separarse para dar por finalizado el paseo.

Simplemente continuaban uno frente al otro; Elijah mirando a Eva con absoluta devoción y Eva observando el suelo trebolado bajo sus pies.

—¡Señor Grayson! —exclamó Landsbury desde el jardín—. ¿Nos acompaña a tomar el té? Después de un buen paseo, y con este frío, siempre sienta bien. Además, estoy segura de que la cocinera nos sorprenderá con algún delicioso emparedado.

Elijah miró a Eva con largueza. ¡Claro que deseaba acompañarlas! De hecho anhelaba poder disfrutar cada instante de cada día al lado de Eva para, tal y como había mencionado antes, poder conocerla en profundidad, convencido de que, cuanto más supiera de ella, más le agradaría.

No obstante, y en contra de sus deseos más íntimos, comprendió que no debía imponer su presencia.

—Se lo agradezco, señorita Landsbury —respondió, solícito—. En otra ocasión, tal vez.

Aceptó la respuesta la señorita Landsbury. Tras dar una última mirada a su protegida, y entendiendo que tal vez la pareja precisara un instante de intimidad para despedirse, decidió entrar a la casa en compañía de la señora Norris tras dispensarle ambas la consabida reverencia al caballero.

Una vez a solas, Elijah sintió que los minutos se escapaban entre sus dedos, con cada hálito, con cada mirada dispensada, y que era incapaz de retenerlos. El tiempo volaba al lado de Eva y cuanto más ansiaba estar con ella más rápido parecía discurrir este, y lo separaba del objeto de su desvelo con absoluta impiedad.

—A juzgar por nuestra conversación reciente, me temo que no es la primera vez que demuestro frente a usted una falta de caballerosidad y tacto por completo irreparables —habló, deseoso de generar conversación y liberar su alma del peso que, efectivamente desde que iniciaran dicha conversación, pesaba dentro de él.

Ella le regaló una mirada con ceño.

—Le recuerdo que fui yo la de las primeras impresiones erradas…

—Propiciadas por mi conducta, sin duda —intervino él. Una sonrisa dispensatoria curvó sus labios—. ¿Cree que podrá perdonarme?

Ella se ruborizó un tanto, aunque, a decir verdad, desde que Elijah se cruzara aquella tarde en su camino, jamás desaparecieron los colores de su rostro.

—Absolutamente, señor Grayson.

Y, acto seguido, llevó la mano a la parte superior de la cancilla para abrirla del todo y cruzar al otro lado. Quiso el destino que Elijah hiciera lo propio; y supo el buen Dios que no existió en su gesto ninguna intención oculta, tan solo el deseo y la necesidad de mostrarse caballeroso y abrir él mismo la puerta una vez advirtió el propósito de la señorita Burney de traspasarla.

De ese modo, las manos se encontraron sobre la misma tabla de madera, los dedos se rozaron, por un instante una mano cerró levemente sobre la otra.

El contacto duró apenas unos segundos antes de que el buen juicio, la prudencia y la sensatez instaran a ambos a retirarlas. No

obstante, la sensación de calambre, el fuego en la piel —a pesar de los guantes, en el caso de Eva— y el pulsar de la sangre en las sienes, en los pulsos y en las entrañas, resultaron imposibles de atajar, aunque el contacto se hubiera ya disuelto.

—Empezamos con mal pie, señorita Burney, y no se imagina cuánto lo lamento. —La voz de Elijah sonó en un sensual tono ronco y bajo. Sus ojos prendían en los anhelantes ojos de Eva con la desesperación del náufrago en mitad del océano. Un océano verde e infinito—. En mi descargo, si lo hubiera, he de reconocer que me pone usted nervioso.

Eva jadeó, absolutamente sorprendida.

—¿Yo? ¿A usted? ¿Nervioso?

—¡Sumamente! Y nunca nadie antes había conseguido ponerme así —continuó él en aquel tono dulce, grave y cadente que provocó dolorosa piel de gallina en todo el cuerpo femenino—. Pienso diferente en su presencia, sin orden ni concierto. Delante de usted, me siento indefenso como un niño, y del mismo modo inexperto, torpe y hasta descortés.

—Le pido disculpas, entonces, por hacerle sentir así…

—¿Disculpas? ¡Jamás! No se disculpe por nada, señorita Burney. Es cierto que el poder que usted ejerce sobre mi persona es algo absolutamente nuevo para mí, pero por nada del mundo soportaría dejar de sentirme así después de haber experimentado todo lo que siento en presencia de usted…

Azorada, inclinó la mirada.

Elijah adelantó la diestra para, empleando apenas el dedo índice, tocar la barbilla de la joven y acompañarla para que levantara el rostro.

—No, no baje la mirada —pidió, reclamando sus ojos—, no me prive de ella o me perderé. Sus preciosos ojos marcan el rumbo de

mi existencia.

Sin desligar la mirada de aquellos ojos que lo observaban con anhelo —brillosas las pupilas y enternecido el gesto, alzado hacia él el bello rostro de nieve y luna llena—, Elijah, ofreciéndole a su vez una sonrisa dulce que era el fiel reflejo de su sentir, se despidió con un ademán de cabeza lento pero firme, inamovibles sus ojos de aquellos verdes que él bien sabía ya señalaban su destino.

Acto seguido, se apartó para alejarse.

Supo que debía hacerlo en aquel preciso instante, muy a su pesar, o no habría sido capaz de contenerse ni un segundo más.

Era tan grande la tortura que le suponía la privación de inclinarse hacia Eva y beber de su boca hasta sentirse saciado como inhumana la ardua contención exigida para llevarlo a cabo.

Capítulo 17

—Soy el único hijo de los condes de Stanton —comenzó diciendo Elijah a su atenta interlocutora mientras paseaban ambos, escoltados a cierta distancia por Dorothea y por otra de sus buenas amigas y vecinas, la señora Milton, por la vasta campiña despejada, recorriendo con paso distraído la senda que serpenteaba entre toscos vallados de madera dispuestos para cercar los rebaños de ovejas—. ¿Usted tiene hermanos o hermanas?

Eva contuvo un jadeo.

Por un lado estaba decidida a no mentir al conde más que cuando esto resultara absolutamente necesario, asunto que no estaba reñido con la concesión de omitir cuanto fuera indispensable, al no encontrarse la omisión dentro de la falta de mentir. Por tanto se dio un instante para pensar la respuesta. Pensó en Martha Wakefield y confió en no estar faltando a la verdad al referir lo siguiente:

—No, no tengo hermanos ni hermanas.

Elijah asintió mientras continuaba abriendo su alma a aquella joven que escuchaba con atención todo lo que le refería. En realidad, y del mismo modo que él deseaba saber todo acerca de Eva, sentía que necesitaba que Eva supiera todo acerca de él.

—Heredé el título demasiado joven —explicó—. No voy a decir que no estuviera preparado para ello porque me temo que desde el nacimiento me prepararon a fin de acatar las responsabilidades inherentes al título cuando llegara el momento de hacerme cargo de él. —Elijah exhaló despacio—. Sucede que, simplemente, no debió ser aquel el momento de tomar las riendas del condado y no solo a causa de mi juventud, sino porque mi padre, el conde, no tendría que haber abandonado este mundo en el tiempo en el que lo hizo. Tenía mucha vida por delante.

Eva se llevó las manos al estómago.

—¿Puedo preguntar…?

Eijah esbozó una sonrisa condescendiente ante la curiosidad de la joven.

—Falleció en un accidente de carruaje, cuando regresaba a casa después de asistir a una sesión en el Parlamento. —Eva separó los labios en un gesto involuntario que denotaba su conmoción—. Mi madre le siguió meses después. —Una nueva exhalación procuró aligerar el alma cargada de pesar del conde, mientras Eva se llevaba una mano a los labios en el ahogo de un sollozo—. La pobre no soportó encarar la vida sin su adorado esposo y mucho me temo que la superó la pena.

—Lamento tanto escuchar acerca de su terrible pérdida… —Fue lo único que Eva atinó a decir, pues se sentía, en esos momentos, sinceramente conmovida.

¿Cómo no hacerlo, cuando ella había vivido en propias carnes la dolorosa pérdida de su madre? En el caso de Eijah debió de ser en extremo peor, pues había perdido a ambos progenitores —e intuía que los dos adorablemente cariñosos con su único hijo— en un breve espacio de tiempo.

¡Pobre, pobre Elijah! ¡Cuánto debió de sufrir su doble pérdida!

¡Qué solo debió de sentirse de golpe, al encontrarse de pronto a cargo de un título y sin la necesaria guía que suponían sus padres!

¡Cómo deseó en ese instante poder darle un abrazo y ofrecerle su apoyo! ¡Cuánto deseaba besar su frente y colmarlo del cariño que le fue arrebatado de joven!

Apreció Elijah el brillo en la mirada de su acompañante, consecuencia de las lágrimas que la joven trataba de retener, y semejante descubrimiento enterneció su corazón y lo inclinó hacia ella más de lo que ya lo estaba; ese gesto contrito, esas lágrimas, que asomaban en el arco azafranado de sus pestañas, desvelaban sin duda la nobleza y la inmensidad del sentimiento que cobijaba en su alma aquella hermosa señorita.

—Se lo agradezco, señorita Burney. Formaban un matrimonio muy bien avenido, en contra de lo que resulta habitual en determinadas esferas sociales, donde abundan los arreglos en pos de la conveniencia y muy poco el amor. Ellos se querían de verdad.

Eva suspiró, lo que evidenció cierto temblor en su hálito. Las lágrimas velaban sus pupilas.

—Entiendo perfectamente cómo debió de sentirse usted. —Se concedió un instante para aspirar una ingente bocanada de aire y parpadear para tratar de aplastar las lágrimas—. Mi madre también falleció —dijo de pronto y sin pensarlo demasiado—, aunque, en su caso, por desgracia, no le fue dispensado un matrimonio colmado de amor. —Replegó los labios al interior de la boca al recordar ciertas escenas entre Eleanor y Severus, siempre con malos modos y malas palabras por parte del marqués—. Cuando me dejó, yo tenía dieciocho años y sentí que mi mundo entero se sepultaba con ella en aquella fosa.

Elijah escuchaba con atención y semblante serio. ¿Cuánto estaría Eva dispuesta a permitirle descubrir acerca de su vida y de su

pasado? ¿Cuánto de su alma podría vislumbrar a través de aquellos ojos empañados de emoción?

Él ya disponía de sus propios informes, gentileza del señor Phillips y de la señorita Landsbury, pero la única información que para él tendría validez sería la que la propia Eva le ofreciera. Ninguna otra.

—Fue por aquel entonces cuando me vine a Norwich —explicó. Mientras caminaba no miraba a Elijah, sino que su mirada permanecía inclinada, atendiendo a los propios pasos a través de la cortina acuosa que la empañaba—. Descubrí por casualidad que la señorita Landsbury había sido una muy buena amiga de mi madre, y consideré que tal vez estaría dispuesta a acogerme en su hogar y en su vida. —Una sonrisa dulce estiró sus labios—. Acerté.

Elijah meditó unos segundos acerca de aquella información. La señorita Landsbury le habló de Wakefield Manor, residencia del marqués de Grafton, y aunque no había sido explícita en su informe, no era muy dificil atar cabos y llegar a ciertas conclusiones.

—¿Y su padre?

Eva alzó veloz la mirada y reflejó en su gesto el desamparo y el pavor de una criatura que se descubre de pronto abandonada y desprotegida en medio de la temible nada.

Cuando se encontró con aquellos ojos de obsidiana, fijos por entonces en los suyos, comprendió que allí podría alcanzar refugio, un puerto seguro en el que mantenerse a salvo de las cicatrices de la vida y los horrores del pasado. De ese modo, con semejante convencimiento en mente, el ceño que sombreaba su mirada fue relajándose poco a poco, tal vez conforme los oscuros orbes la atrapaban, como si de dos pozos insondables de lava negra que todo lo engullen se trataran.

En respuesta a la pregunta de Elijah, se limitó a negar despacio con la cabeza.

Aquello desconcertó un tanto al conde porque, si bien debía reconocer que lo despistaba un tanto el apellido Burney, pues este nada tenía que ver con el linaje del marqués, el hecho de que Landsbury hiciera mención a Wakefield Manor —y a ningún otro lugar— en una conversación en la que Eva era protagonista, para él suponía una clara manifestación de realidades.

¿Por qué entonces Eva negaba con la cabeza en referencia a su padre? ¿Había fallecido? ¿Serían los Burney empleados al servicio del marqués? ¿Radicaba en ese punto su confusión respecto al apellido?

No obstante, algo seguía sin cuadrarle: Eva había confesado haber debutado en Buckingham…

—Lamento sus circunstancias, señorita Burney, y lamento que se encuentre usted sola en el mundo.

Eva sonrió con amplitud. Ya las lágrimas parecían haberse disuelto en el océano de jade en el que se habían sostenido durante todo ese tiempo.

—Pero no lo lamente —dijo— porque no estoy sola. Dorothea Landsbury es la persona más maravillosa con la que pude encontrarme en esta vida. Ella es ahora madre, hermana y amiga.

Agradeció Elijah interiormente que esto fuera así, y la certeza de saber que la señorita Landsbury era tal y como decía Eva resultó por completo reconfortante. Le habría disgustado comprobar que, efectivamente, aquella hermosa criatura se encontraba sola en el mundo.

Apareció entonces en su cabeza, fruto de una extraña eventualidad o tal vez a propósito de un caprichoso quiebro del destino, la remembranza de cierta escena acontecida tiempo atrás en el bosque, apenas rebasada la alborada, cuando, mientras galopaba, se encontró con la señorita Burney, quien portaba una misteriosa caja en sus manos. Fue en ese momento, a la vista del

objeto y de su hermosa portadora, que se consolidó en su mente la representación de Pandora.

—En una ocasión caminaba usted por el bosque portando una pequeña caja de madera. —Sus pensamientos se hicieron verbo en los labios.

La sonrisa de Eva se esfumó de golpe, y así mismo: de golpe, acudieron los rubores a su rostro para escarcharlo cual amapola al sol. Liberó muy despacio el aire que aún contenían sus pulmones mientras dedicaba al caballero una mirada prolongada, casi implorante.

No quería mentirle, no quería mentiras entre ellos dos…, pero tampoco deseaba revelar más de lo necesario.

Lo único que debía hacer era ser prudente en lo que descubría.

—Así es —dijo, cautelosa—. Esa caja es el único recuerdo material que poseo de mi madre.

Elijah asintió.

—¿Hacia dónde se dirigía en horas tan tempranas? Recuerdo que usted me dijo entonces que regresaba a casa, pero dudo mucho que hubiera salido usted a pasear con una caja…

Eva jadeó y, por un momento sintió la necesidad de detener sus pasos y conminar al caballero a hacer lo propio. Se tomó un instante para normalizar la respiración, que se mostraba agitada, a la par de un corazón por completo desbocado. Una mano voló al talle, la otra reposó en el pecho, sobre el lugar exacto bajo el que batallaba su corazón.

—Me dirigía a ver al condestable de Norwich. —Se obligó a no apartar la mirada de aquellos ojos que la miraban con asombro; tarea ardua, pues temblaba de miedo e inseguridad.

«No pregunte más, señor, o me veré forzada a falsear mi respuesta…».

Aquella revelación tomó por sorpresa a Elijah.

—¿Al condestable? —Movió la cabeza, sinceramente confundido.

Un ceño oscuro sombreaba su mirada. ¿Por qué aquella mujer se sentiría en la necesidad de visitar a un representante de la justicia, y por qué consideró que debía acudir a su presencia en unas horas en las que ojos indiscretos no pudieran convertirla en pasto de murmuraciones?

Eva tragó seco. ¿Podía seguir hablando sin riesgo de comprometerse? ¿Podía dejar así el asunto y limitarse a callar?

Algo en la expresión de Elijah Grayson le aseguraba que no.

—Deseaba mostrarle ciertos documentos personales que guardo en esa caja —dijo, comedida—. Consideré que tal vez él podría brindarme la justicia que procuraba.

«No pregunte, no pregunte, se lo ruego. Conténtese con esto que le cuento y no pida más…».

Pero no hubo de contentarse con ello, muy al contrario, porque de nuevo la certera saeta de la confusión y la duda aguijoneó al conde y lo obligó a perpetuar el ceño sombrío y a observar a la joven con cierto sesgo. ¿Procuraba justicia? ¿Respecto a qué asunto?

Landsbury no había mencionado nada al respecto.

—¿Necesita usted ayuda, señorita Burney? Porque si puedo servirle en algo, poseo ciertos contactos de relevancia en la ciudad. Incluso podría hablar con el duque, él cuenta con…

Eva negó con la cabeza y silenció con su gesto a Elijah, al tiempo que esbozaba una sonrisa trémula y se obligaba a reanudar el paseo. Con cierta reticencia ante la falta de información y ante lo poco dispuesta que parecía la joven a compartir sus preocupaciones, Elijah se limitó a seguirla.

—Agradezco su ofrecimiento, señor Grayson, y su buena intención —señaló ella—. He tardado mucho tiempo en darme cuenta de esto,

pero me temo que no puedo hacer gran cosa con todo lo que guardo en esa caja. Nadie puede ayudarme.

—¿Está segura?

Eva asintió. ¿Cómo condenar a un personaje como el marqués mediante la exposición del diario personal de su difunta esposa? Una mujer a la que tacharían de poseer una imaginación inflamada al final de sus días, en el caso de mostrarse benévolos, o de haber perdido la cabeza, en el peor de los casos.

—Lo estoy. Ojalá no lo estuviera, pero lo estoy.

—¿Por eso se dio la vuelta aquel día?

Ser consciente de su impotencia resultaba frustrante.

—Así es. La realidad se abrió paso en mi cabeza.

Elijah continuó meditando en ello unos segundos más. Aunque ciertamente no sabía sobre qué meditaba, puesto que no alcanzaba a comprender qué podía haber en aquella caja que apremiara a Eva Burney a procurar justicia. ¿Asuntos de herencias, tal vez?

—Reitero mi ofrecimiento, señorita Burney. Si puedo ser de ayuda, será un placer para mí colaborar.

—Lo tendré en consideración, señor, gracias.

Y continuaron caminando un buen tramo en silencio.

A su alrededor los pajarillos canturreaban, con lo que apuraban las últimas horas del día, mientras los sutiles colores del atardecer descendían sobre ellos como un suave manto crepuscular anunciador del final del día.

Aquel lapsus de silencio y calma propició que, por vez primera, ambos fueran conscientes de la presencia de las damas que los seguían a cierta distancia; de ese modo, percibieron sus risas y sus chascarrillos variados, y el descubrimiento repentino conllevó el intercambio de miradas entre Eva y Elijah y la consiguiente sucesión de sonrisas cómplices.

El mal trago de segundos antes parecía haber quedado relegado a un segundo plano, lo que dio paso a la realidad de su mutua compañía en un entorno tan hermoso como podía serlo la campiña a las afueras de Norwich.

Semejante certeza regresó los rubores a las mejillas de Eva, aunque eran estos mucho más amables que los que escarcharon sus pómulos minutos antes. De igual modo un ejército de mariposas principió a aletear al unísono en su vientre, lo que ocasionó caos y confusión y un agradable cosquilleo de emociones contenidas.

Allí, a su lado, se encontraba él; de seguro el hombre más apuesto del imperio, aquel que había comenzado sacándola de quicio y provocando en ella impresiones nefastas y que en esos momentos —y en realidad desde mucho antes— había conseguido monopolizar sus pensamientos en las horas diurnas, y en especial en las nocturnas. Aquel hombre elegante, atractivo, divertido y cautivador que, al parecer y por algún extraño misterio del universo, parecía sinceramente interesado en ella.

A su vez, tras aspirar una profunda bocanada de aire, inflamando con ese gesto sus pulmones de vitalidad y arrestos, Elijah decidió poner fin a aquel silencio repentino que ya no tenía cabida entre los dos.

—¿Asistirá al baile de los Spencer, señorita Burney?

Eva recordó la tarjeta de los Spencer que, en efecto, reposaba en una peana en el hall. Se había olvidado por completo de ella.

—Recibimos recientemente la invitación —afirmó—. Imagino que la señorita Landsbury deseará asistir.

—Acudirá entonces acompañada por la querida señorita Landsbury, supongo…

Eva lo miró con interés y sonrisa suspicaz en ristre. El buen tono había regresado y desplazó de golpe la sensación pesarosa

recientemente acontecida.

—¿Desea usted pedirme algo en particular, señor Grayson?

Decidió Elijah, con gran divertimento, seguirle la chanza.

—Es muy posible, señorita Burney. —Se paró entonces para mirarla con fijeza y, ante la mirada divertida de la joven, dedicarle una cómica reverencia que sin duda no pasó desapercibida a las dos damas que los escoltaban—. ¿Me concedería usted el honor de permitirme que las acompañe al baile de los Spencer?

Eva se llevó una mano al pecho mientras ampliaba la sonrisa. Con disimulo miró hacia atrás, para encontrarse con las dos mujeres paradas en medio del camino, tomadas ambas del brazo, mientras lucían sendas sonrisas en sus rostros estupefactos.

—Me sentiría muy afortunado si me permitiera usted ejercer de acompañante.

Eva sonrió, sentía el corazón derretirse en su interior. Sentía las rodillas entrechocarse y la dicha instalarse en sus labios, lo que formó con ello la más sincera y agradable de las sonrisas.

—Será un placer, señor Grayson.

Capítulo 18

Eva permanecía parada de pie bajo el umbral, calibrando la posibilidad de traspasarlo y dar un giro a su vida, o regresar sobre sus pasos y continuar en la sombra.

En las manos sostenía la caja de madera. Aquella caja que había marcado su destino, resguardado tantos secretos, y a la vez había albergado en sí misma un misterio que ni la propia Eva había sido capaz de desentrañar. Al menos hasta ese momento. Pero tal vez eso podía —y debía— cambiar.

Observó a la querida y noble Dorothea quien, como era habitual en esas horas, permanecía en la sala esperando a su protegida para desgustar en compañía el *five o´clock tea*[2].

Perfectamente dispuesto en la mesa auxiliar, se encontraba el servicio compuesto por la bandeja, la tetera de hermosa porcelana de Chelsea, el samovar, la lechera, el azucarero y las pinzas, así como dos tazas gemelas ubicadas la una frente a la otra; todo esto complementado por el mantelito bordado con sus servilletas a juego.

En un extremo de la mesa, destacaba el generoso *plum-cake*, y a juzgar por la mirada contenida que Dorothea le dedicaba al bizcocho, la buena mujer estaría deseando degustarlo.

Una sonrisa suave asomó a los labios de Eva. Dorothea se mantenía siempre fiel y apegada a las tradiciones, y la ceremonia del té en particular suponía para ella una tradición de la que, por demás, se sentía sumamente orgullosa.

Tras inhalar una honda bocanada con la que tomar arrojos para lo que estaba por venir, y tras ser testigo de la mirada pacienciosa de Dorothea en pos al dulce dispuesto para acompañar el té, decidió Eva que lo mejor era no hacer esperar más a su protectora, traspasar de una vez el umbral y tomar las riendas de su vida.

De ese modo, cruzó rauda la estancia para, decidida y en silencio, sentarse al lado de Dorothea. La caja bien visible sobre sus rodillas.

En efecto, los ojos de Dorothea se deslizaron sin lugar a dudas sobre la tallada caja de madera y allí permanecieron durante lo que a Eva semejó una eternidad.

El *plum-cake* y el té, al parecer, habían perdido significación para la muy querida señorita Landsbury.

Observó Eva cómo Dorothea miraba la intrincada rosaleda de la tapa, la hermosa talla en relieve que ella misma había reseguido con los dedos tantas veces durante tantísimas noches, mientras los ojos permanecían ciegos a causa del llanto provocado por la ausencia de su madre. Apreció la sonrisa dulce que estiró con levedad los labios de la mayor y también el velo nostálgico que acudió a toldar su mirada. Su rostro reflejaba una emoción tan pura y tan sentida que Eva no pudo reprimir el escalofrío que le sobrevino.

—Hacía mucho tiempo que no la veía así, tan de cerca… —murmuró Landsbury, fija su atención en la hermosa madera. Entregado el corazón a su contemplación—. ¿Puedo?

Eva entendió su petición y cabeceó en asentimiento.

Dorothea, con la precaución que acompaña un respeto casi reverencial y los recuerdos más queridos, adelantó una mano para

deslizar los dedos con timidez sobre los retorcidos tallos de las rosas, sobre cada torneada hoja, sobre cada apretado pétalo y cada abultada espina.

Observó Eva cómo la barbilla de Landsbury temblaba y comprendió que la mujer se encontraba sumamente conmovida. Tanto cariño expresado sin tapujos consiguió ablandar una vez más su corazón, pues resultaba obvio que las dos profesaban un amor inmenso hacia el recuerdo de Eleanor.

Acarició la mano de su protectora en un gesto de acompañamiento y afecto y, tras eso, dedicándole una mirada que solicitaba su atención, apartó la mano para girar la llave y levantar la tapa.

El interior de la caja quedó por completo a la vista de Dorothea, quien no pudo evitar llevarse una mano al pecho, consecuencia de tanta emoción acusada de golpe, y la otra al adolorido estómago. Un sonoro sollozo huyó entre sus labios con la cadencia del peso que es liberado de pronto tras mucho tiempo de haber sido retenido.

—El diario personal de mi madre —comenzó a enumerar Eva, aunque no hacía falta que procediera a ningún tipo de listaje, puesto que Dorothea permanecía con la mirada fija en el contenido; y este, por completo a la vista—. Toda la correspondencia que intercambió con usted… y esto.

Introdujo la mano para rescatar de debajo del grueso atado de cartas un ovalado guardapelo de plata que el paso del tiempo había envejecido y toldado el brillo del metal.

Eva extendió la palma abierta hacia Dorothea para mostrárselo. Bajo el cabuchón de cristal asomaba un grueso rizo de color rojo.

—¿Es suyo?

Dorothea apartó la mirada de aquella bonita joya para aposentarla en Eva, mientras negaba lentamente con la cabeza. Gruesos

lagrimones pulseaban en el arco ovalado que formaba la cuenca de sus ojos bajo un ceño fruncido sobre la base de la emoción.

Eva jadeó. Era sin duda lo que había sospechado.

—No es mío tampoco —apuntó—, pues la fecha que aparece grabada en el reverso señala 1796. Yo ni siquiera había nacido por aquel entonces. Si no pertenece a usted…

Dorothea inclinó la mirada y se humedeció los labios con suma lentitud.

A pesar de la inclinación que acompañaba, no solo la mirada sino también la cabeza de su protectora, Eva descubrió cómo la primera lágrima, en silenciosa avanzadilla, se deslizaba veloz por el pómulo de la querida Landsbury.

Aquello encogió el corazón de Eva y sin duda supuso una confirmación a sus sospechas para la que, en realidad, ni palabras se necesitaban.

No obstante, decidió hablar. Precisaba hacerlo. Acababa de abrir la caja y con ello también su alma… y la puerta tras la que se escudaban los fantasmas de su pasado. Todo había quedado a la vista. Así que lo que permanecía escondido también debía revelarse.

—Querida Dorothea, usted me dijo que debía dejar la oscuridad a un lado, que debía vencer el miedo con el que observo mi pasado y permitirme ser feliz. —Se concedió un instante, pues la emoción que la desbordaba también a ella era demasiado grande como para desatenderla. De ese modo, se llevó una mano al pecho tan solo para apreciar el feroz golpeteo del corazón contra las costillas y ser consciente así de la alteración de su ánimo. El aliento se atropellaba en sus labios entreabiertos por necesidad. Las lágrimas picaban tras los párpados—. Quiero hacerlo: quiero ser feliz. Creo que este es un buen momento.

Con la cabeza aún inclinada, Dorothea asintió. Nuevas lágrimas

acompañaron a aquella primera y solitaria en urgencia espantada, mientras la barbilla continuaba trémula.

—Lo es —concedió la mujer.

Eva replegó los labios al interior de la boca y apretó un instante los párpados para aplastar en el proceso un millón de lágrimas.

—Usted leyó estas cartas, usted escribió otras tantas —siguió, las lágrimas pulseaban en sus pestañas rojizas y las coronaban como corona el rocío del amanecer las espadañas que crecen junto al río —. A estas alturas, las dos sabemos que el marqués de Grafton no es mi padre. —Dorothea alzó con urgencia su mirada brillosa para fijarla en la anhelante vista de jade, opacada también por la humedad preámbulo de un llanto incipiente—. Se lo ruego, querida Dorothea, necesito saberlo… ¿Quién es mi padre? —Cerró la mano sobre el guardapelo y apretó fuerte, con lo que sintió el frío del metal incrustarse en la carne—. Esto era suyo, ¿verdad? Este rizo rojo perteneció a mi padre…

Las lágrimas empezaron a descender raudas y en silencio sobre el rostro de nieve de Eva, lo que formó gruesos regueros que surcaron con rapidez los pómulos para morir en la vertiente rojiza de los labios.

Dorothea continuaba con la mirada fija en los ojos de su querida niña; su tez madura doblegada por el llanto se hacía acompañar por labios apretados, lívidos y temblorosos.

Como apretado y tembloroso se encontraba su corazón.

Había llegado la hora.

Y era justo.

Eva merecía ser feliz, por fin la muchacha lo había entendido, no había cabida para el dolor, el miedo y la soledad. En ese momento podía ser feliz al lado de Elijah Grayson… Y para ser feliz debía conocer la verdad.

Una sonrisa dulce asomó a sus labios. Adelantó la mano para tomar la de Eva, que sintió en ese instante tan gélida como la nieve, y cobijarla con afecto en la suya. Ciñó con firmeza los dedos largos y finos mientras la sonrisa se perpetuaba en su rostro.

—Ven conmigo, Eva —dijo—. Debo mostrarte algo.

Capítulo 19

Eva se sentía particularmente abstraída aquella noche.

De no haberse comprometido a asistir con Elijah al baile de los Spencer, y de no haber comprobado de primera mano la ilusión que el conde parecía manifestar por el simple hecho de encontrarse allí, a su lado, en calidad de acompañante, hubiera rehusado asistir.

Lo que Dorothea le había revelado la había descolocado tantísimo…

Y no porque no le agradara lo desvelado, sino porque de ninguna manera aquella nueva información, que se había abierto paso entre susurros y secretos, se trataba de algo que Eva hubiera esperado.

Pensando en ello, deslizó la mirada hacia el lugar donde la dama en cuestión permanecía sentada en agradable conversación con su habitual corrillo de comadres afectas. Las miradas de ambas se encontraron en la distancia, consecuencia de un innegable entendimiento entre las dos. Y al encontrarse las miradas, las sonrisas asomaron raudas a los labios de ambas en emotivo intercambio de terneza y sentimiento.

Algo había cambiado entre ellas desde que mantuvieron aquella última conversación. El cambio, por supuesto, había acontecido para

bien.

Ese vínculo emocional naciente entre las dos, esa empatía mutua que mostraron nada más conocerse, a pesar de la distancia obvia conscuencia de edades tan dispares, se había vuelto más firme e indisoluble, si algo así podía ser posible. Pero lo era, ¡sin duda lo era!, y para entonces las dos tenían claro que las unía algo mucho más fuerte que una encantadora conexión sensitiva.

—Señorita Burney… —El amable reclamo del caballero que permanecía a su lado la devolvió a la realidad. Regresó a ella con un parpadeo rápido, un suspiro y una mirada tierna—. ¿Se encuentra bien?

Durante algunos segundos Eva le sostuvo la mirada, regalándole a su vez una sonrisa que reflejaba a la perfección la terneza de sus sentimientos.

Sentimientos que habían nacido en lo más profundo de su alma sin consentimiento y sin haberlos esperado —del modo, y entonces lo entendía, que suelen sucederse las mejores cosas en la vida—, como una pequeña semilla a la que ella no se había ocupado de regar y mucho menos de cuidar. No obstante, esa semilla, ese brote incipiente y minúsculo al que ella misma había desatendido a propósito, supo abrirse camino a través de su alma y de sus sentidos, y se nutrió del fuego líquido que corría por sus venas y de cada latido vehemente del corazón, lo que tomó forma y cuerpo muy a pesar de la propia Eva.

Con el correr de los días, de las semanas y de aquellos meses invernales, en medio de tantas emociones contenidas a la fuerza, se había fortalecido hasta florecer con una delicadeza asombrosa hasta ocupar en ese tiempo todo el hueco disponible dedicado a la sensibilidad del corazón.

¿Se encontraba bien? Mejor que nunca.

Allí, a su lado, se encontraba el culpable de que aquella semilla, por la que jamás hubiera aventurado siquiera un ápice de esperanza, se convirtiera en la más hermosa y ramificada de las plantas, una cuya floración reverberaba pasión, entrega y una inclinación tierna y devota como nunca había imaginado.

Elijah era el responsable de ocasionar la lava ardiente que fluía por las venas de Eva, también las dolorosas pulsaciones en las muñecas y en las sienes, las respiraciones atropelladas y el feroz martilleo de aquel corazón que latía como un loco en su presencia y ante su simple evocación; y de todo esto se había nutrido la semilla hasta dar lugar a lo que entonces sentía.

Una creciente sonrisa empezó a florecer en sus labios, el rubor le calentó las mejillas, pero no de vergüenza, sino de pura felicidad.

—Me encuentro perfectamente, señor Grayson —dijo con dulzura, sin deslizar la mirada ni borrar la sonrisa que curvaba sus labios.

Elijah continuó perdido en la inmensidad de aquellos lagos tropicales del verde más límpido que había visto jamás y una sonrisa asomó a sus labios.

Le había preocupado encontrar a Eva particularmente distraída esa noche, como si su cabeza se hallara tan lejos de aquel lugar que le fuera a resultar impensable captar su atención de ningún modo.

Y deseaba captar su atención, puesto que había decidido revelarle sus sentimientos a la bella Pandora, la mujer que llevaba tiempo arrebatándole la cordura y hasta cada latido y cada pensamiento.

No podía continuar negándolos o, peor aún, tratando de mantenerlos controlados de forma estricta para evitar que asomaran al exterior, como si el simple hecho de ignorarlos o dejarlos a un lado fuera a suponer su desaparición. Ni desaparecería ya todo aquello que sentía por Eva, ni Elijah deseaba que lo hiciera, pues jamás en sus treinta y dos años había experimantado nada parecido,

mezcla de conmoción y frenesí, de agonía y optimismo.

—Siendo así… —Elijah se inclinó y adelantó hacia ella la diestra para dispensársela—. ¿Me concede el próximo baile, señorita? Sigo sin desear pedírselo a ninguna debutante.

Eva se humedeció los labios mientras esbozaba una sonrisa cómplice a las palabras del conde y, despacio, relajó su mano enguantada en la mano firme y fuerte que le había sido ofrecida.

—Por supuesto, señor, será un placer bailar con usted.

***

Jamás un baile había resultado tan intenso para Eva como aquel minueto que Elijah le había solicitado.

Las miradas se buscaban y se encontraban en cada giro, las manos que se reunían en el aire, aun sin tocarse, parecían arder ante la simple insinuación de un contacto que ni siquiera se producía.

¡Y qué cabriolas las de su corazón, que superaban con creces los movimientos ejecutados por los pies! ¡Qué cosquilleo en el estómago tras cada vuelta, al buscarse entre el resto de bailarines para encontrarse en el acto sus miradas, como si una atracción invisible e innegable los mantuviera firmemente unidos en la distancia!

¡Qué apuesto y elegante aparecía Elijah a sus ojos, al contemplarlo por vez primera sin el velo prejuicioso con el que lo había observado hasta poco tiempo atrás!

Alto, fornido, atlético…

Los ojos negros del conde insinuaban una profundidad insondable y su mirada resultaba tan penetrante, tan intensa —él a la vez se mantenía tan serio y circunspecto en su pose— que Eva sentía en su presencia fundirse el alma y doblegarse las rodillas como si hubieran

sido moldeadas en mantequilla.

Una vez finalizada la pieza, abandonaron el centro del salón para regresar al lugar desde donde habían estado observando al resto de bailarines.

Mientras cruzaban la estancia, Eva se percató de que Elijah acababa de reposar con terneza la mano en su espalda a modo de acompañamiento. Semejante contacto provocó que se envarara y contuviera la respiración, y que hasta el corazón se saltara algún latido.

Manteniendo el paso, se descubrió sonriendo como una tonta.

Le encantaba aquel caballero que caminaba tras ella. ¡Dios santo, aquel a quien había tachado de arrogante, de necio y cretino, aquel cuya sola presencia conseguía antaño encresparla como una gata a la que empujan al agua, aquel con el que había tenido unos cuantos desencuentros verbales…! ¿Para qué negarlo y hacerse la tonta? ¡Aquel caballero era el mismo al que hoy quería y con el que sentía que deseaba pasar el resto de su vida!

Lo que restó de la velada transcurrió en un aparte del salón, a una distancia aceptable y correcta de la señorita Landsbury y del resto de matronas.

Conversaron acerca de banalidades, en realidad la simple compañía silenciosa supuso para cualquiera de los dos un bálsamo agradecido, mientras se sucedían las miradas encontradizas y al mismo tiempo huidizas, sonrisas tímidas y rubores que calentaban las mejillas de aquella muchacha de veintiseis años con la vehemencia con la que calentarían las de una joven debutante.

En un ángulo opuesto de la sala, distinguió Elijah a Damien que conversaba con cierto acaloramiento con la señorita Morris; el descubrimiento arrancó una sonrisa al conde.

Al parecer aquellos dos no hacían otra cosa más que retarse

mutuamente allá donde fueran a coincidir, y se desafiaban como el mar desafía al acantilado que osa oponerse a él, cuando estaba claro que entre los dos existía una atracción innegable. ¡Pobre duque de Lennox, al final su excelencia acabaría sucumbiendo, y su caída resultaría más estrepitosa que la de su hermano Leonard!

Cuando la velada tocaba a su fin y la señorita Landsbury anunció que deseaba retirarse, antes de abandonar la casa para escoltar a las damas al carruaje y acompañarlas a casa, Elijah tocó con sutileza el codo de Eva para reclamar su atención. En el momento en el que ella volvió la cabeza en su dirección, el conde le susurró al oído:

—¿Me concedería mañana una entrevista privada?

Eva contuvo el aliento.

No tenía demasiada experiencia ni conocimiento en los preceptos del arte del cortejo. Cuando abandonó Londres para refugiarse en Norwich, apenas había tenido contacto con un par de pretendientes que la habían rondado —sin éxito alguno, por fortuna, pues por aquel entonces era obvio que tan solo pretendían emparentar con el marqués—, pero no era tonta, y sabía que cuando un caballero soltero solicitaba a una señorita soltera una entrevista privada, no pretendía jugar una partida de bridge ni conversar acerca del tiempo ni del estado de los caminos.

Exhaló de una vez todo el aire retenido para regalarle una sonrisa trémula.

Estaba preparada.

Ya no era una debutante.

Tenía veintiseis años y una inclinación firme y romántica hacia Elijah Grayson.

—Será un placer, señor Grayson.

Sabía que el viaje que compartirían en carruaje hasta la casa de Dorothea supondría un auténtico revoltijo de emociones y

sentimientos.

Capítulo 20

—¿Estás decidido, entonces?

Acababan de regresar del baile y, mientras las damas se habían recogido con premura a sus respectivas alcobas, Damien y él habían alargado la noche en la biblioteca, aprovechando los rescoldos postreros de la chimenea y el delicioso coñac de las bodegas de Felbrigg Hall.

Por respuesta a la pregunta del duque, Elijah ofreció un cabeceo lento y conciso que Damien avaló con un balanceo de cabeza similar, amén de una expresión cavilosa, mientras humedecía el gaznate con un largo trago de brandy que lo obligó a carraspear después.

Le sorprendió a Elijah que el duque no hiciera ningún apunte al respecto más allá de aquel breve gesto de aceptación y ensimismamiento, limitándose a extraviar la mirada en ese instante en el líquido ambarino que ondulaba al fondo de su copa.

¿Dónde había quedado el esperado: «Piénsatelo bien», o el: «Puede que te estés precipitando en tu elección, al fin y al cabo apenas sabes algo de ella», o si acaso el típico y tópico: «Has de elegir bien a la futura condesa de Stanton, no puedes arriesgarte a ornar con el título a una mujer cualquiera»?

Estaba claro que la señorita Bella Morris había ejercido un cambio bastante notable en su excelencia; un par del reino antaño prejuicioso, o escrupuloso, en el trato diferenciado que solía dispensar a aquellos que pertenecían a clases sociales consideradas inferiores, puesto que en ese momento parecía haberse redimido de sus preceptos enjuiciadores y en cierto modo esnobistas.

Si el romance de su hermano Leonard con la estudiante de la escuela de señoritas le había convertido en un basilisco —todavía recordaba Elijah la de pestes que el duque había lanzado contra aquel disparatado encaprichamiento del joven Leonard— al conminarlo a viajar hasta Norwich con el único fin de impedirlo, la extraña relación que él mismo había ido forjando con una de las principales maestras acababa de situarlo en el punto de mira de lo que antes hubieran sido sus principales reprobaciones.

¡Pobre, pobre Damien! Su excelencia hacía bien, desde luego, en mantenerse callado, pues de necios era escupir al viento.

—Irás mañana, por lo tanto.

Nuevo cabeceo en respuesta por parte de Elijah.

—¿Deseas que te acompañe? —La pregunta sorprendió a Elijah, que boqueó un segundo antes de permitirse reaccionar.

—Te lo agradezco, Damien, pero es algo que me gustaría cerrar por mí mismo. —Inhaló profundo, asomando a sus labios una sonrisa plagada de esperanza. Por supuesto que deseaba privacidad a la hora de exponer sus sentimientos y su admiración a la señorita Burney; y si bien la compañía de Damien fortalecería su seguridad y confianza en sí mismo, consideraba el momento lo suficientemente privado e íntimo como para ser compartido con alguien más.

—Admiro la claridad de tus sentimientos, amigo mío, y te felicito por ellos.

Elijah lo miró con largueza. Por algún motivo le semejó que

Damien se encontraba sometido a una punzante disyuntiva, a una batalla interna que el duque debía resolver más pronto que tarde.

—Soy muy consciente de lo que siento, Damien.

—Y es muy valiente de tu parte admitirlo y entregarte a ello, hasta el punto de dar el paso que pretendes dar.

De nuevo le semejó a Elijah apreciar un viso de nostalgia en la mirada del duque.

—Por mi parte está más que decidido —admitió Elijah—. Ahora solo me resta esperar y confiar que la señorita Burney me conceda su aceptación.

Damien lo miró con amplitud para terminar dedicándole una sonrisa amable. Seguramente una en la que prevalecía la envidia sana.

Dejó su copa vacía sobre la repisa de mármol de la chimenea y, como si al hacerlo se hubiera quitado un peso de encima, se concedió la ligereza de exhalar en profundidad.

—Sería una auténtica necia si no lo hiciera —antes de que Elijah pudiera replicar sus palabras, añadió—: Y estoy convencido de que la señorita Burney no es necia en absoluto. De hecho, desde el principio la consideré una joven muy dotada de virtudes.

Elijah enarcó una ceja a la vez que sus labios se curvaban en una sonrisa ladeada y traviesa.

—Demasiadas, por lo que tengo entendido. —Y selló sus labios con un trago rápido a su copa.

Damien jadeó mientras meneaba la cabeza en negación. Frederick. Estaba claro. Se había ido de la lengua.

Se alejó el duque de la chimenea para iniciar un paseo sin rumbo por la sala, manos recogidas a la espalda y pose erguida, mirada perdida al frente.

—No se pueden intercambiar confidencias en esta casa, me temo

—protestó con cierta hilaridad, aunque mostrando a su vez un ligero ceño que reflejaba contrariedad.

Mientras seguía con la vista el extraviado deambular de su amigo, la sonrisa de Elijah se tornó esta vez conciliadora.

No pretendía conceder importancia a aquel asunto cuando estaba claro que Damien no poseía ningún argumento real en contra de Eva o contra la inclinación que Elijah pudiera sentir hacia ella.

El conde de Lanport le había comentado en *petit comité* que Damien consideraba a Eva demasiado perfecta para ser real, esa era su única tara atribuible, y lo cierto era que para Elijah Eva suponía la perfección personificada.

Miró a Damien.

En verdad, en ese instante, Elijah casi sentía lástima por él, pues estaba claro que el duque luchaba contra demasiados demonios internos que se esforzaban por derribar su aplomo. Con semejante suposición en mente, ¿cómo podía tomar como ofensa las palabras que Damien había expresado en el pasado?

Había, sin embargo, un punto importante que Elijah deseaba compartir especialmente con el duque.

—Por lo que he podido averiguar, la señorita Burney tiene algo que ver con el marqués de Grafton —informó, lo que cambió por completo el rumbo de la conversación, aunque mantuvo a Eva como protagonista de la misma.

Aquel aporte sorprendió de veras al duque, pues no había esperado la existencia de semejante vínculo entre la bonita pelirroja y el marqués.

Detuvo de inmediato su paseo, y su extravío, para cuadrarse en medio de la sala y observar a Elijah con largueza. ¿Eva Burney relacionada con el marqués de Grafton? ¿Con semejante energúmeno?

—¿Con Wakefield? —El ceño de Damien revelaba su sincera confusión—. Hace tiempo que no escuchaba semejante nombre. Si no me equivoco falleció hace, ¿cuánto? ¿Tres años? ¿Cuatro?

—No recuerdo la fecha —admitió Elijah—, pero sí que el suceso dio mucho de que hablar en todos los círculos de importancia. Incluso en la corte se hizo vaga mención de ello.

Damien ladeó la cabeza en tanto meditaba la cuestión.

—Un asunto turbulento el de su fallecimiento —recordó—. La noticia ocupó titulares en las principales gacetas de Londres y, durante mucho tiempo, no se habló de otra cosa, como tú bien dices. Desde luego, en la alta sociedad nadie podría esperar que un marqués fuera encontrado muerto en plena noche, bajo el azote de una lluvia torrencial, en una calle siniestra del East End. —Damien arrugó el gesto—. Tirado sobre los adoquines como una alimaña.

Elijah exhaló.

—Era un personaje un tanto turbio, el marqués, según tengo entendido. —Había escuchado tantas cosas sobre Wakefield en boca de caballeros de honor que no se atrevía a ponerlas en duda, aunque siquiera el considerarlas le provocaba el rechazo que siempre le había profesado, aun sin conocerlo—. Le clavaron un estilete cerca del corazón, si mal no recuerdo.

—Recuerdas bien —concedió Damien—. En sus últimos años, el marqués no se había granjeado muy buena reputación y sí había enfadado a mucha gente; se dice que se había aficionado a la compañía femenina que podía obtener en Whitechapel y que quizás la noche de su muerte no se dignó a costear los servicios requeridos, y eso provocó su deshonroso fin. ¿Quién sabe? —El ceño fruncido se acentuó—. ¿Y dices que tu señorita Burney tiene algo que ver con él? ¿Cómo es eso posible?

—No lo sé, es algo que todavía debo averiguar, y espero hacerlo

pronto —afirmó Elijah, y selló sus palabras con un largo trago a su bebida.

Comprendió Damien que el conde no pretendía ahondar más en el asunto, por lo que respetó su decisión.

Pero, de forma privada, debía admitir que sentía gran curiosidad por comprender la relación que pudiera tener aquella joven pelirroja con un hombre como el marqués de Grafton, un notable del reino que había permanecido en lo más alto y refinado de la pirámide social para terminar arrojándose al foso él solo sobre la base de decisiones erradas y de un comportamiento vil y censurable.

Se decía que, tras el fallecimiento de su segunda esposa y de su hija menor, había perdido por completo la razón y que actuó desde entonces de un modo desatinado y canallesco, por completo impropio de un caballero.

En sus últimos años, había dilapidado buena parte de su fortuna en el juego —acumuló deudas abominables— y en inversiones desatinadas, e incluso se rumoreaba que desde el propio St. James, como par del reino que era, le habían pedido cuenta de sus actos.

Existían murmuraciones, además, acerca de que había tentado a esposas de ciertos caballeros insignes del magno imperio, con lo que se ganó profundas enemistades y se involucró por ello en algunos duelos de los que, según se rumoreaba, había salido como gallo desplumado.

Al propio Damien debía una cierta cantidad de dinero, pues Severus Wakefield no dudó en recurrir al ducado para solicitar una pequeña financiación sobre la base de cierta inversión que deseaba realizar y que, al parecer, había sido un auténtico fiasco.

Una vez falleció el marqués, Damien decidió no exigir el pago de la deuda a su yerno, pues el matrimonio ya había sufrido una auténtica caída en desgracia debido al mal gobierno de Wakefield,

con lo que se vieron expulsados de la buena sociedad del mismo modo que había sido repudiado el marqués desde el deceso de su esposa y su hija más joven.

Capítulo 21

Eva era consciente del frenético bulle-bulle en su estómago, consecuencia del ejército de hormigas que empezó a corretear sus entrañas desde la noche anterior, una vez supo que Elijah se disponía a visitarla al solicitar para ello una entrevista privada.

Si la intuición no le fallaba, y algo en su fuero interno le aseguró que no lo hacía, el conde manifestaría unos sentimientos de los cuales ya había mostrado sutiles pinceladas en sus anteriores encuentros.

«… a estas alturas, me gustaría saberlo todo de usted», había dicho cuando se encontraron de forma sospechosamente fortuita durante aquel paseo por el bosque, entendía Eva que previa confabulación por parte de la querida Dorothea.

«Es usted una mujer de veintiséis años a la que me gustaría seguir conociendo, si usted así lo permite, pues intuyo que no existe ni un punto referente a su persona que pueda desagradarme o decepcionarme», había dicho también durante el citado paseo.

¡Y cielo santo, Eva había memorizado palabra a palabra cada una de las expresadas por Elijah, hasta grabarlas a fuego tanto en su cabeza como en su corazón! ¿Cómo olvidarlas cuando nunca antes

ningún hombre le había dispensado semejantes cumplidos, más allá de torpes intentos de un beso robado o de adulaciones vanas, con la cabeza más puesta en su dote que en su persona?

«Pienso diferente en su presencia, sin orden ni concierto. Delante de usted, me siento indefenso como un niño, y del mismo modo inexperto, torpe y hasta descortés». ¡Oh, aquellas palabras habían supuesto la culminación de un deseo que Eva no sabía latente en su interior! Tras escuchar aquello, su corazón, hasta entonces impenetrable como los cascotes del mar del norte, se derritió de terneza ante Elijah Grayson y se rindió por completo a él.

«Por nada del mundo soportaría dejar de sentirme así después de haber experimentado todo lo que siento en presencia de usted…».

¿Sería él consciente de todo lo que, de la misma forma, había conseguido hacerle sentir a ella? ¿Sería consciente de lo que su sola presencia, su voz y cada una de sus miradas obsidianas podían provocar en su cuerpo y en cada una de sus terminaciones nerviosas, hasta doblegarla como un junco a merced del viento?

«No baje la mirada, no me prive de ella o me perderé. Sus preciosos ojos marcan el rumbo de mi existencia».

Sus ojos negros, sus expresivos, penetrantes e insondables ojos negros sí que actuaban para ella como el faro del poeta, imperturbable guía en medio de la negrura. Elijah era su luz. La esperanza tras un pasado turbio y plagado de inseguridades.

En la atmósfera sonó lánguido el eco de un suspiro y Eva se ruborizó como amapola escarchada al sol tras ser consciente de que había sonado demasiado alto. Dorothea, por supuesto, lo había escuchado… y por eso sonreía.

Retumbó la aldaba de la puerta principal con un sonido rotundo y metálico.

Eva dio un respingo. Ambas mujeres se miraron.

—Prométeme que no dudarás —dijo Dorothea, se tornó muy seria y firme en su elocuencia—. Prométeme que dejarás a un lado absurdos remilgos y que, si él te dice lo que ambas pensamos que te dirá, aceptarás.

Eva tragó seco.

Si Elijah le decía lo que ella esperaba y deseaba, por supuesto que respondería en consecuencia, con el mismo ardor, pasión y corazón que sentía cada vez que su nombre y su imagen acudían a su mente.

Lo prometía. Y no solo a Doorthea, también a sí misma.

***

Habían salido a pasear por los jardines posteriores de la vivienda.

Ambos caminaban en silencio. Elijah pensando el mejor modo de iniciar un discurso que sin duda podía cambiar su vida, y Eva concentrada en mantener los nervios a raya y la respiración bajo control.

Durante toda la noche, había estado ensayando Elijah el mejor modo de acercarse al corazón de Eva, pero lo cierto era que jamás había sido un hombre afecto a grandes discursivas ni su verba abrazaba la lírica, como sucedía en el caso de los aprendices de trovadores o de ciertos caballeros con los que había coincidido en clubes londinenses y que, sin duda, se jactaban de sentirse dignos sucesores de Byron.

Conversar con otros lores no requería gracia ni pasión, tan solo respuestas claras y exigencias firmes. Ninguno de aquellos caballeros de almidonadas camisas y elaborados lazos de *cravat* esperaba metáforas ni comparativas almibaradas… ¿Las esperaría Eva?

Sí había coqueteado con algunas señoritas en el pasado, pero nunca abrazando la idea de alcanzar un compromiso formal, por lo que ni precisó ni deseó locuacidad para obtener un acercamiento.

Jamás en sí mismo había echado en falta el don de la elocuencia, especialmente delante de una mujer, puesto que jamás lo había necesitado.

Hasta entonces.

Delante de Eva Burney, efectivamente y tal como le había referido en el pasado, se sentía como un niño. Un chiquillo inseguro, inexperto…

Con semejante consigna en mente, ¿cómo podía él abrirle su corazón para mostrarle lo que habitaba dentro? O mejor dicho: para mostrarle quién habitaba dentro.

Si lo hubieran observado en ese instante algunos de aquellos lores con los que solía departir en sociedad, se habrían mofado de él.

Y le habría estado bien empleado.

Podía que incluso Frederick se carcajeara en su cara ante la inseguridad que transmitía en cada gesto el antaño, seguro y confiado conde de Stanton; posiblemente Damien se abstuviera de hacer tal cosa o siquiera algo parecido, pues él mismo se encontraba también sumido en un terrible dilema emocional.

Exhaló en profundidad mientras se entretenía estirando las manos hasta inferirse dolorosa rigidez en los dedos, para cerrarlas en puños a continuación. Jamás hasta entonces le habían sudado tanto.

Volvió el rostro hacia la mujer que caminaba a su lado con la mirada inclinada y los labios apretados y una sonrisa embobada estiró los suyos.

Su perfil le semejó tan hermoso, tan dulce le pareció la fina tez de porcelana y tan sedoso y brillante su cabello rojo que supo que debía hablar en aquel preciso instante… o silenciarse para siempre

como un estúpido cobarde.

—Señorita Burney…

Ella alzó la mirada del suelo para fijarla en su persona. La claridad hipnótica de los verdes jades silenció a Elijah de golpe, lo que lo obligó a entregarse durante inciertos segundos a la devota adoración de los hermosos ojos que con anhelo lo miraban.

Tragó seco, apretó los párpados un instante y se obligó a recuperar la cordura.

—Señorita Burney —continuó—, es posible que ya conozca usted el motivo de esta visita. —De nuevo precisó Elijah pausarse para inferirse una vez más presión en las manos, apretando y cerrando los puños sin medida—. Hace tiempo que vivo sometido a una terrible tortura y por eso siento que necesito manifestarle a usted la realidad de mis sentimientos, a riesgo de perder la razón…

Eva sostuvo su mirada. El corazón zumbaba como un loco bajo la carcasa ósea que lo cobijaba.

—… O de perderla a usted. —Elijah detuvo sus pasos. Eva hizo lo propio. Parados el uno frente al otro, retomó Elijah su emotivo discurso—. Es usted la razón única de mis desvelos, la causa de que este corazón asentado se comporte como el de un inexperto zagal, usted es lo que único que tengo en mente cuando abro los ojos en la mañana y mi último pensamiento nocturno sin duda va dirigido a usted.

Eva se humedeció los labios. Sentía un intenso picor tras los párpados a causa de la imposibilidad de parpadeo, y su aliento entrecortado apenas fluía entre los labios.

—La admiración que sentía por usted desde el principio ha crecido tanto, es tan grande y tan fuerte a estas alturas, señorita Burney, que no se imagina usted la intensidad de mis sentimientos en este momento. —Elijah tomó aire—. Yo… Debe usted saber que…

—¡Siénciese, se lo ruego! —Eva se llevó la mano trémula a los labios. Sus pupilas brillosas también vibraban de anhelo y emoción —. No se comprometa más, señor.

Ante aquella inesperada petición, Elijah se envaró. Sintió la patada en la boca del estómago y la dolorosa puñalada sobre el corazón. Con todo, a pesar del impacto que supusieron para su alma las palabras de la joven, encontró arrojos dentro de sí para expresar su sentir:

—Si mis sentimientos la ofenden de algún modo…

Eva esbozó una sonrisa temblorosa que desconcertó a Elijah.

—No, no se trata de eso, señor. —De nuevo se humedeció los labios—. En modo alguno; es solo que, antes de continuar despojando su alma ante mí, ha de saber usted la verdad sobre esta a quien usted dice admirar con intensidad. —Se disponía Elijah a replicar cuando Eva le interrumpió para continuar su discurso—. Permítame que despoje también yo mi alma delante de usted y, si después de eso sigue pensando de igual forma, prometo escucharlo.

Elijah ladeó la cabeza para observarla con interés. Ante la mirada cargada de anhelo de Eva, cabeceó en asentimiento.

—¿Damos un paseo? —preguntó ella—. Quiero enseñarle algo cerca de aquí, pero antes debo entrar en la casa para recoger mi caja.

Capítulo 22

Jamás hubiera imaginado Elijah que su propuesta romántica fuera a culminar en el cementerio de Norwich.

Eva y él cruzaron el camposanto sumidos en un silencio reverencial que tan solo se quebraba por el sonido de la hierba al crujir bajo sus pies, tiesa bajo el inclemente azote de la escarcha vespertina.

A aquella zona apenas llegaba durante el día la luz del sol, por lo que las temperaturas se sentían cortantes como el acero y gélidas como la caricia del fúnebre crespón, el aire olía de forma perpetua a tierra mojada y a musgo, y podía apreciarse el vaho blanquecino que fluía entre los labios al caminar. Un ambiente de lo más apropiado al lugar en el que se encontraban.

Elijah observaba a Eva por el rabillo del ojo, caminando con su cajita en las manos, la cabeza y la mirada inclinadas al suelo, enfrascada en sus propios pensamientos —a juzgar por la liviana arruga que apreció en su ceño y sus labios apretados— y lo conmovió lo hermosa que aparecía a sus ojos, como la más perfecta y acertada réplica de Pandora. El mito transformado en mujer a su lado.

Bella, misteriosa y etérea en sus andares como tan solo podía serlo un personaje quimérico… o la propia Eva Burney.

Se detuvieron al fondo del camposanto, delante de un egregio sepulcro conformado por un macizo bloque de piedra caliza que el tiempo había vestido de verdín y humedad.

Eva volvió el rostro hacia Elijah y tendió la caja en su dirección.

Obligándose a apartar la mirada de aquel bello rostro de ojos implorantes, Elijah miró primero la caja, el bello y minucioso tallado que aparecía en la tapa, y acto seguido deslizó la vista al sepulcro, pues acababa de descubrir segundos antes un tallado similar en aquella piedra sacra.

Ornando la tumba, efectivamente, bajo un requiebro formado por la piedra en su cumbre a modo de bóveda, aparecía cincelada una rosaleda idéntica. Igual de torneados a los de la caja eran los tallos cargados de espinas, similar composición formaban las hojas ahuecadas en racimo, hermanado era cada pétalo, cada capullito cerrado, y en el centro del grabado, la misma hermosa rosa se descubría por completo escarchada.

¿Se trataba de una coincidencia? Miró a la joven con un gesto interrogante que ella debió apreciar, pues enseguida sació su curiosidad.

—Bajo esta losa descansa mi padre —dijo muy seria, concediendo reverencia a su tono bajo y melancólico—. Me enteré hace muy poco que soy hija del capitán Edgar Landsbury. —Deslizó Elijah la mirada a la piedra para leer, en efecto, ese nombre en el epitafio—. Aunque durante dieciocho años llevé el apellido Wakefield.

Raudo como la centella que cruza el cielo, Elijah fijó de nuevo la mirada en Eva, a quien descubrió entonces pálida como un difunto en su mortaja y trémula la barbilla en la contención del llanto.

—¿Hija del marqués de Grafton? —preguntó bajo un ceño fruncido

a causa del desconcierto. Ciertas cosas empezaban a cuadrar—. ¿Era usted acaso esa hija menor que falleció?

Eva cabeceó en asentimiento.

—Solo que no fallecí, como puede usted comprobar. —Una sonrisa nerviosa asomó apenas unos segundos a los labios femeninos para desvanecerse de inmediato después—. Seguramente eso fue lo que el marqués decidió decir ante la sociedad para justificar mi huida.

Elijah volvió a mirar la solemne tumba.

—El capitán Landsbury… —murmuró, dando voz a sus pensamientos en tanto empezaba a atar los primeros cabos sueltos —. Entiendo que sería hermano de la señorita Landsbury. Ella es por tanto…

—Mi tía —finalizó Eva con una sonrisa—. El capitán Landsbury se lesionó durante los enfrentamientos contra Francia en 1795. Lo licenciaron del ejército y regresó con mi madre, pero su felicidad duró poco, pues esas viejas lesiones tuvieron como resultado su muerte algún tiempo después.

Elijah escuchaba en un silencio respetuoso todo cuanto Eva le refería, pues estaba claro que, al hacerlo, al compartir con él aquellos secretos familiares le estaba revelando su alma, con lo que le permitía observar dentro y a través. Sin duda la mayor muestra de confianza e intimidad que podía ofrecerle.

—Mi madre quedó sola entonces, llevándome en el vientre. —Eva suspiró, sus ojos permanecían velados por un llanto que se anunciaba inminente—. Entiendo que aceptó el cortejo del marqués para tratar de ofrecerme a mí una vida estable y cómoda, amén del abrigo que suponía una familia de peso y respeto.

—Pero el marqués no sabía de su existencia, ¿me equivoco?

Eva jadeó una sonrisa.

—¡No, no lo sabía! —La amargura se reflejaba en sus labios

rosados y temblorosos—. De haberlo sabido jamás hubiera aceptado a mi madre ni a la bastarda con la que cargaba. Y con la que él cargó después sin saberlo.

Inclinó la cabeza tras decir esas últimas palabras y, casi al mismo tiempo, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y desde su alma como si lo hicieran de un surtidor, una tras otra y con una ligereza asombrosa.

Conmovido en lo más profundo del alma, Elijah se inclinó hacia ella para enmarcar el entristecido rostro de nieve entre sus manos y acunarlo con gran afecto y devoción. No soportaba observarla triste, con ese velo de dolor y pesar que enturbiaba sus bonitos ojos. Inclinándose un poco más, buscó la mirada de Eva y la encontró de inmediato por completo aguada.

—Eva, míreme… —Por vez primera la llamó por su nombre, lo que provocó un gemido y un sollozo de emoción en la aludida—. ¿Cree usted que un apellido podría cambiar lo que siento o hacerme dudar acerca de ello? —Decenas de lágrimas surcaban el rostro de la joven mientras los verdes jades permanecían enlazados a la mirada obsidiana de Elijah—. Lo mismo me da Burney que Wakefield o que Landsbury…

Eva jadeó, temblaba toda ella como una florecilla frente a la tempestad.

—¡Yo la amo, Eva! —continuó Elijah, su tono elevado era vivo reflejo de su emoción—. ¡La amo con sus luces y sus sombras! La amo por entero y por el hecho de ser simplemente usted… —Una sonrisa nerviosa torció los labios del caballero—. Adoro cada momento en el que usted está, cada lugar donde yo pueda sentir su presencia, adoro sus ojos verdes, su cabello de fuego y esa mirada censora que me dedica cuando me llama «arrogante esnob». —Ante estas palabras, Eva sonrió en medio del llanto. Elijah se tornó serio y

grave para concluir su discurso—. Adoro el modo en el que esta sonrisa hace cascabelear mi alma o cómo su mirada es capaz de derretirme el corazón y mi ser entero desde dentro, hasta hacerme olvidar mi título, mi destino y hasta quién soy. La amo absoluta y rendidamente, Eva…

Engarzada su mirada en aquellos ojos que adoraba, embriagado por la fragancia que emanaba la dulce piel de porcelana, cedió a la tentación de acortar distancias y acercarse a su rostro.

Eva tampoco pudo reprimir una sonrisa tímida y nerviosa. Consecuente con la cautivadora proximidad de sus rostros, consciente de la fragancia masculina que erizaba su piel y aceleraba su corazón, cerró los ojos y aceptó el acercamiento para concederse por vez primera en mucho tiempo la licencia de sentir.

De ese modo sus labios se encontraron.

La timidez inicial de Eva, así como el respeto y la devoción que Elijah sentía hacia ella permitieron apenas que los labios encajaran en una sutil caricia que demoró tan solo segundos, aunque para ellos ese roce fugaz supuso bendita eternidad.

Se separaron muy lentamente.

Abrió Eva los ojos, todavía humedecidas las pestañas, para descubrir en los ojos de Elijah la verdad que encerraban sus palabras y que eran vivo reflejo de todo el amor que sentía por ella. Fue consciente, en ese instante, de que ella misma deseaba compartir lo que le restaba de vida con aquel caballero.

Descendió Elijah las manos de su rostro para tomarla por el talle y ajustarla con suavidad a su cuerpo, la caja que Eva aún sostenía se deslizó entre sus manos para caer al suelo, sobre la hierba escarchada a sus pies.

Ninguno se percató de ello porque de nuevo Elijah se inclinó hacia Eva, de nuevo buscó su mirada y otra vez sus labios se acercaron

para sellar un beso casto que dio paso de inmediato a una sucesión insaciable de besos, suaves y etéreos como alas de una mariposa.

Ninguno de los dos podía asegurar el tiempo que trascurrieron imbuidos en la idílica burbuja de felicidad surgida en torno, tan solo la cordura requerida ante el lugar sacro en el que se encontraban consiguió devolverlos a la realidad.

Una realidad colmada de sonrisas, rubores y miradas intensas.

No obstante, y a pesar de la magia del momento, a pesar de la intensidad con la que el corazón golpeaba en su pecho y la sangre pulsaba en sus sienes, Eva comprendió que todavía quedaba un punto por resolver.

—Tengo que contarle algo horrible, horrible de verdad. —Ahogó un jadeo que provocó que Elijah la mirara con gravedad—. Mi madre sospechaba que la enfermedad que la llevó al sepulcro no había surgido de forma natural, así lo dejó plasmado en su diario…

Elijah se envaró.

—Mi madre estaba convencida de que el marqués la envenenó —prosiguió ella ante el silencio del caballero—. De que, poco a poco, día tras día, le fue suministrando algo que, según ella, pudo causarle el malestar que la condujo a la muerte. He estado leyendo después acerca de ciertos venenos que en efecto pueden producir una sintomatología similar a la tuberculosis.

Ceño fruncido a severidad, Elijah apretó los puños a los costados. Consciente del gesto, Eva sintió sobre sí la sombra de la duda.

—¿Usted me cree?

Elijah intensifió su mirada.

—Resulta terrible de considerar, y sería una grandísima abominación, pero no es impensable teniendo en cuenta el carácter del marqués, del que he oído que era terriblemente altivo, arrogante e implacable, supondría una ofensa enorme para alguien como él

descubrir que su esposa lo había engañado al llevar en su vientre una hija a la que él dio después su apellido. Por tanto, le creo. —Cayó entonces en la cuenta acerca de algo—. ¿Por eso pretendía usted acudir al condestable aquel día?

—Así es —afirmó ella—. No obstante, reflexioné tras toparme con usted, a tiempo de no exponerme al ridículo ni exponer a mi madre a la burla. ¿Qué pensaría el condestable, y el resto del mundo, ante las palabras que dejó escritas una mujer enferma en su lecho de muerte, dedicadas a un hombre encumbrado y respetado por todos? La tacharían de loca, una loca de inflamada imaginación y crecientes dotes literarias en sus últimos alientos. Y a mí no me haría el menor caso, nada conseguiría.

Comprendió Elijah el que llegara Eva a semejante conclusión. No lo tendría nada fácil, no, siendo mujer y al portar el diario de otra como única prueba. Desconocía, no obstante, Eva la poca consideración y el nulo respeto que el marqués despertó entre la alta sociedad en sus últimos años. Ni murió encumbrado ni nadie sufrió por él tras su muerte; hacía tiempo que la flor y nata había dejado de mostrarle deferencia alguna.

—¿Por qué cree que envenenó a su madre?

Eva se humedeció los labios.

—Para vengarse de ella, tal vez. Puede que intuyera que yo no era su hija, puede que en los últimos tiempos sospechara que ella lo engañó y le ocultó la verdad de mi origen, y quiso vengarse de ella… —Conforme hablaba, estaba claro que Eva ganaba en nervisosimo e inquietud—. Mi madre estaba convencida de que después el marqués se vengaría también de mí y me quitaría de en medio. Así lo plasmó ella en su diario. Por eso hui, porque leí lo que ella dejó escrito, a pesar de que antes de abandonar el mundo de los vivos insistió mucho en que no abriera la caja.

Elijah esbozó una sonrisa confundida.

—Pero si le pidió que no abriera la caja, no tendría forma de advertirle del peligro que supuestamente creía que corría usted.

Eva inclinó la cabeza y, atrapando el labio inferior entre los dientes, sonrió con nostalgia.

—Me conocía bien —dijo—. Sabía de mi innata curiosidad y que esta no me permitiría guardar la caja sin husmear en su interior. Mi madre sabía, y estoy convencida de ello, que cuanto más me advirtiera no abrir la caja, precisamente más me orillaría la curiosidad a abrirla.

Elijah le regaló una sonrisa.

—Mi bella Pandora, la curiosidad la llevó a destapar la caja prohibida…

Eva lo observó sin acabar de entender tales palabras, pero no hizo falta comprenderlas ni tuvo tiempo de pensar mucho en ello, puesto que enseguida Elijah tomó entre las suyas las pequeñas y delicadas manos femeninas para besar uno a uno los nudillos enguantados.

—Eva, ha de saber que el marqués de Grafton falleció hace años.

Eva aspiró una gran bocanada de aire. No podía creer lo que oía.

—Entonces ¿todo este tiempo…?

—Usted estaba a salvo, no había peligro alguno. Se mantuvo en la sombra sin necesidad. —La miró con renovada intensidad—. Eva, si usted lo desea, yo la acompañaré a hablar con el condestable. Tendrá que escucharnos, tendrá que escucharla a usted. Poseo contactos, el duque de Lennox los posee también, podemos hacer correr la voz de lo que sucedió entonces con su madre.

Eva negó con la cabeza. La lividez en su rosto era notoria.

—No tendría ya demasiado sentido —murmuró—. Si el marqués falleció, no tiene razón de ser procurar justicia humana cuando ya la justicia divina se encargó de actuar.

Elijah cabeceó, admirado de la sensatez y el buen juicio que mostraba su adorado petirrojo.

Cayó entonces Eva en la cuenta de otro factor del que se había olvidado.

—¿Y Martha? —preguntó. Ante la mirada interrogante de Elijah, continuó—: La hija mayor del marqués.

Elijah recordaba a la citada hija mayor; la había visto en algunos eventos sociales acompañada de su esposo antes de que los malos pasos de Wakefield los orillaran a ambos a la indiferencia y desestimación de la buena sociedad. Una pareja un tanto atípica, y despótica, a pesar de su situación.

—Según tengo entendido, su esposo y ella tuvieron que trasladarse a Escocia tras el fallecimiento de Wakefield; aunque el esposo gozaba de una posición acomodada, eran muchas las deudas a saldar y las murmuraciones que acallar, los bienes materiales no bastaron para compensar las faltas del marqués. —No quiso ahondar demasiado en detalles, ni revelar aquello que ninguna señorita de cuidada moral debería conocer. Intuía que Eva había sufrido ya bastante en el pasado, por lo que no tenía sentido revolver las cenizas para enturbiar con ellas la mirada.

—Estaba prometida con el hijo del barón de Riverside —rememoró ella, al tiempo que recordó también el envanecimiento con el que Martha destacaba, cada vez que podía hacerlo y surgía la ocasión, dicha ventaja por sobre la propia Eva—. Al menos consiguió lo que deseaba.

Con las manos de Eva todavía entre las suyas, y su mirada enlazada a la de ella, acarició con los pulgares el dorso de seda en afectuoso gesto.

—Pero no se casó con Riverside —explicó Elijah—. El hijo del barón rompió el compromiso poco después de que falleciera

Wakefield, al parecer tras haberse enterado de la escasez de las arcas del marqués y de las cargas económicas que se echaría a la espalda si aceptaba acatar el compromiso adquirido antes de la caída en desgracia del marqués. Por lo visto, huyó de la promesa dada con idéntica premura con la que el gato escaldado huye del agua fría.

Aquello extrañó a Eva.

—Entonces…

—Se desposó con Randolf Montgomery.

Boqueó Eva, sintiéndose por completo abrumada ante la información que acababa de recibir.

¡Martha casada con el señor Montgomery! ¡No podía imaginar cómo pudo llevarse a cabo semejante unión cuando la propia Martha había hecho continua y exagerada mofa de Eva tras verse obligada a aceptar la imposición de un matrimonio con aquel anciano feo y desagradable! ¡Cuánto se había burlado! ¡Cuánto había presumido de su compromiso con un hombre atractivo, joven y rico tras saber que la hermana pequeña había sido condenada a aceptar un vejestorio por esposo!

Sin duda el Universo, en sus giros, requiebros y designios varios, había actuado con implacable justicia.

—Señorita Eva Landsbury —dijo Elijah de pronto, con absoluta serenidad—, he escuchado todo lo que usted quería decirme y le aseguro que mis sentimientos no han cambiado, ni lo han hecho los propósitos que me llevaron hoy hasta usted.

Sin liberar las manos de Eva y ante su mirada perpleja, Elijah se inclinó despacio para hincar la rodilla derecha en el suelo. Los ojos de Eva se velaron en el acto a causa del aluvión de lágrimas que acudieron a ellos en desbandada.

—Prometió escucharme si yo la escuchaba primero, así que… —Se

humedeció los labios, fija su mirada en ella—. ¿Me haría el grandísimo honor de aceptarme como esposo y convertirse así en mi adorada y queridísima condesa?

Eva jadeó. Las lágrimas corrían ya por sus mejillas sonrojadas.

—Sí, por supuesto que sí, señor Grayson. —Inspiró una honda bocanada—. Elijah…

Desde su posición inclinada, la rodilla todavía en el suelo, Elijah desvió la mirada hacia la tumba.

—Prometo cuidarla y amarla mientras exista un hálito de vida en mi ser, señor.

Emocionada ante aquellas palabras, Eva se inclinó también para postrarse de hinojos a su lado y fundirse ambos en un beso que prometía volverse interminable.

Cuando al cabo de unos minutos se separaron, envueltos ambos en llanto y alegría, unidas sus frentes, sus hálitos y sus corazones, Elijah murmuró:

—Creo que debemos hablar con la señorita Landsbury.

Eva cabeceó, sonriendo entre lágrimas de felicidad.

—Se alegrará muchísimo.

Epílogo

Tres meses después…

Dando muestras de una vitalidad innata, amén de una presencia de ánimo comprensiblemente animada, entre vítores de alegría, felicitaciones y pétalos que volaban sobre sus cabezas, Elijah subió al carruaje descubierto en el que pretendían iniciar el trayecto que los llevaría a Stanton House.

De pie sobre el vehículo y antes de ocupar su asiento, buscó en los bolsillos del pantalón algunas monedas que arrojó al aire. Antes de que tocaran el suelo, un buen grupo de chiquillos se arremolinaron alrededor del carruaje entre chillidos de alegría y pequeños empujones en pos de la competitividad.

Elijah estalló en carcajadas.

Deslizó la mirada al arco porticado del sacro edificio para encontrar bajo su forma a su buen amigo Damien, duque de Lennox, y a todo su grupo.

Ambos caballeros intercambiaron una sonrisa cómplice y un cabeceo.

Todo había salido bien en favor de todos.

Leonard, el hermano del duque, se había prometido al fin con su

querida señorita Rutley, y el propio Damien parecía tener su destino ya escrito y conjurado al lado de la señorita Morris, por más que ambos parecieran resistirse a aceptarlo. Más pronto que tarde entrarían en razón. Tenían que hacerlo. La atracción entre los dos era tan obvia como las llamaradas que engordan el fuego eterno del averno.

Se recogió a un lado los faldares del frac para sentarse con su habitual elegancia al lado de la bella mujer que lo miraba con arrobo.

Su mujer. Su condesa.

Eva estaba bellísima.

Tocada con un *bonnet* de encaje blanco ornado con florecillas de tela del que descendía el liviano velo de encaje y seda, su cabello rojo recogido en suaves ondas y su rostro radiante, su mirada brillosa de dicha y su sonrisa como sello de la felicidad que sentía fueron suficientes para que el corazón del conde diera un vuelco y su sonrisa prevaleciera.

Encima del vestido de muselina blanca, de amplio escote cuadrado y ligera caída, se abrochaba bajo el busto un abrigo largo del mismo tono. Sobre el regazo reposaba el hermoso ramo de flores que la había acompañado durante la ceremonia.

Atrapó Elijah su mano enguantada para sostenerla con firmeza.

—¿Eres feliz?

Eva amplió su sonrisa.

—No podría serlo más.

Durante un eterno instante, se miraron con fijeza y se regalaron privadas promesas de amor, confianza y lealtad a través de aquellas miradas vidriadas a causa de la emoción y de la anticipación de un futuro prometedor.

Miraron entonces hacia el grupo de personas que los despedían

frente al pórtico de la iglesia que ellos acababan de abandonar.

Algunas mujeres lloriqueban, o fingían hacerlo, otras sostenían en la mano sus sales aromáticas, mientras que Dorothea Landsbury se despedía con amplia sonrisa, agitando en el aire su diestra.

—¿Te entristece dejarla sola? —preguntó Elijah en un murmullo, ciñendo con cariño la mano de Eva bajo la suya.

—Así es —dijo ella—, pero no estará sola mucho tiempo. —Ante el gesto de sorpresa que Elijah le dedicó, continuó su explicación—. El señor Phillips solicitó su consentimiento para cortejarla. ¿Recuerdas al señor Phillips?

Elijah parpadeó con cierta confusión, tratando de recordar.

—¿Phillips? Sí, creo que sí…

Se trataba del caballero de baja estatura y trato obsequioso que los había presentado en primer lugar, para ofrecerle tiempo después los valiosos informes acerca de la procedencia de Eva; aquel que había definido a la señorita Landsbury como una mujer intachable y de gran honorabilidad.

—¿Y ella aceptó el cortejo?

—¡Claro! —exclamó Eva, risueña—. Siempre le agradó la compañía del señor Phillips; es un buen hombre, lleva viudo más de quince años. Creo que los dos podrán hacerse muy felices el uno al otro.

Elijah sonrió.

—Del mismo modo que lo seremos nosotros.

El carruaje arrancó entre las risas, los aplausos y los clamores de buenos deseos por parte del séquito presente, que se arremolinó en apretado corrillo una vez que el carruaje dejó tras de sí, y sobre la tierra pisada del atrio, la estela de sus rodadas.

—Como lo seremos nosotros, mi querido Elijah…

Como si ambos se encontraran ya dentro de una burbuja que nadie podría perturbar, sin apartar la mirada de su ya querido

esposo, Eva se acercó muy despacio buscando sus labios para encontrarlos en el preciso instante en el que Elijah acortó el acercamiento, ladeó la cabeza y acopló sus labios sedientos a los dulces de la bella Pandora.

Agradecimientos *Mi bella Pandora*

Una vez más, otra historia más, esta damita decimonónica atrapada en el siglo equivocado, romántica empedernida y soñadora diurna, se siente en la obligación de mostrar su más sincero agradecimiento a todas aquellas almas que, de un modo u otro, hacen posible el cumplimiento de sus sueños románticos y literarios.

En primer lugar, y con permiso del resto, me gustaría mostrar mi sincera gratitud al equipo de editorial Selecta por, una vez más y siempre, manejar con tanta elegancia y acierto su varita mágica creadora de sueños. Es un placer compartir mis desvaríos con un equipo capaz de darles forma y vida con semejante delicadeza e ilusión. En especial mi gratitud infinita para Lola, mi editora, por comprenderme, por animarme, por ser paciente conmigo y aconsejarme con acierto. Gracias por hacerlo todo tan fácil.

En segundo lugar, mi gratitud y mi cariño eterno para mi admirada compañera Claudia Cardozo, por zambullirse de nuevo en otra aventura literaria con esta que suscribe. Es un placer incuestionable bosquejar historias a tu lado, compañera, y reír juntas y crear tramas a tu lado, compartiendo tés virtuales y siempre, siempre, la misma idea del romance y de la vida. En esta ocasión me encantó

recrear el personaje de Pandora en pleno siglo XIX.

Gracias a mis chicas de ultramar, siempre fieles a mi pluma: Anabel Reyes, Patricia Lodigiani, Lety Aparicio, Beatrice Pinto, Sandra Arredondo, Micaela González, Paula Gardenal, Raquel Canavese, Mika_Books, Lorena Rivero, Marinieves Aquino, Gabriela (entremislibros.8).

Gracias a las Lectoras Insurrectas por tantísimo cariño, y a todas las maravillosas lectoras que conocí a través de ellas: Mabby, Miriam Bonardini, Marcia Galarza, Adriana, María José, Debora Cinnalli, Debora Silva, Conchi Chazarra, Danisa Luna, Gabriela López… Os amo a todas, y qué gusto saberos del otro lado.

Gracias a mis queridísimas amigas, lectoras unas, bloggers y compañeras autoras otras, por querer todas y cada una de mis historias; Vero RG, Ana B. Pena, Silvana Vázquez, Fina Andrés, María José Alcaraz, Ana F. Malory, Marta Luján, Julianne May, Alejandra Macol, Ana Fernández, Ana Ordóñez, Sabela y Lucía, Lisi Paz, Marta Fernández, Susa Paz, Laura Sánchez, Marisa Paz, Isabel Meléndez, María Teresa. Gracias por acompañarme. De un modo u otro, sois parte importante de todo esto.

Gracias a Elizabeth y a Diego, siempre.

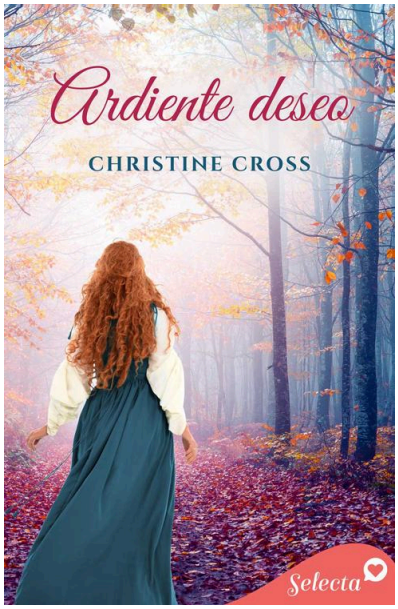
Y gracias a ti, lector, que tal vez me lees por vez primera, ojalá desees continuar conociendo los desvaríos de esta humilde y romántica soñadora que un día soñó con compartir sus desvaríos con el mundo.

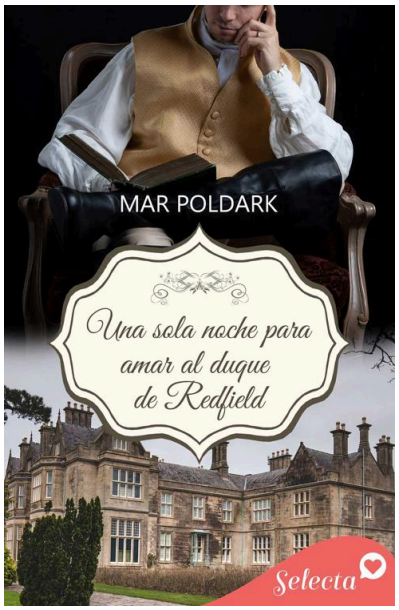
Si te ha gustado

Mi bella Pandora

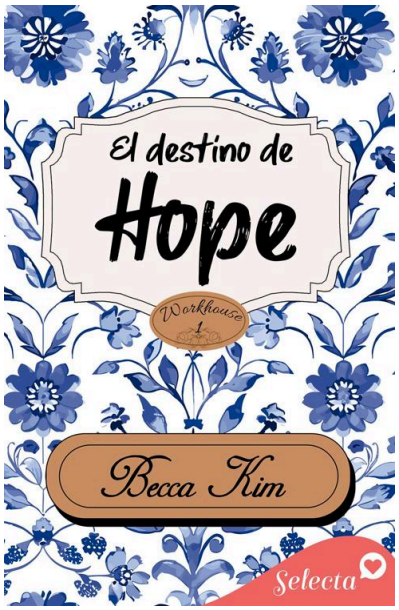
puedes disfrutar de estas

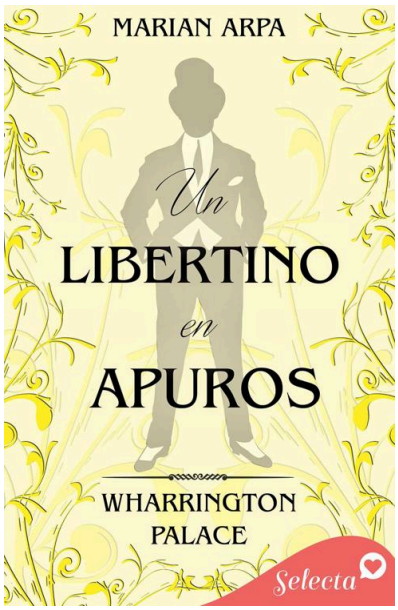


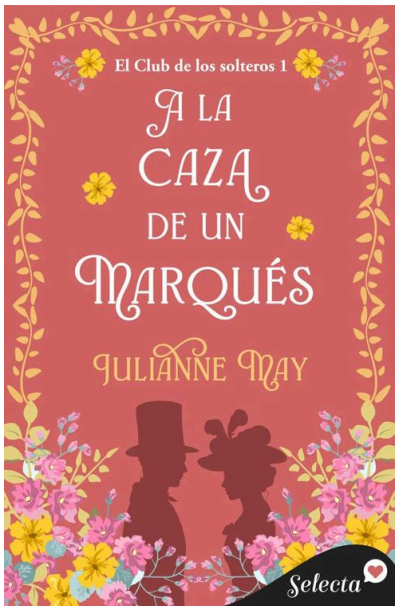


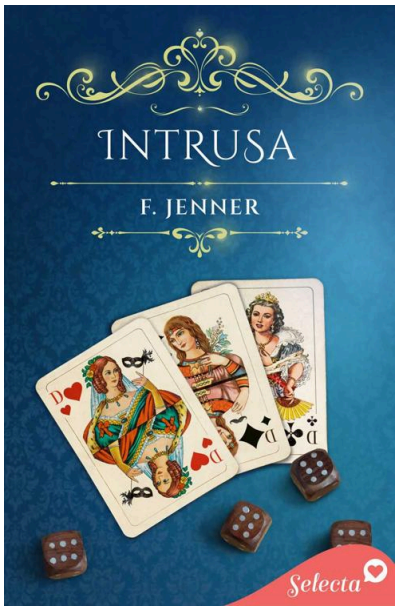

MAR POLDARK
Una sola noche para amar al duque de Redfield
Selecta


LA DORMIDA PASIÓN DEL HIGHLANDER
SANDRA BREE
ALEXANDRA BLACK
Selecta


El destino de Hope
Workhouse 1
Becca Kim
Selecta


MARIAN ARPA
Un LIBERTINO en APUROS
WHARRINGTON PALACE
Selecta


El Club de los solteros 1
A LA CAZA DE UN MARQUÉS
JULIANNE MAY
Selecta


INTRUSA
F. JENNER
Selecta

Elizabeth Bowman nos ofrece la segunda parte de la bilogía Villanas, que puede leer de forma independiente. Una historia ágil y divertida con pequeñas dosis de misterio, diálogos chispeantes entre los protagonistas.



La vida debería sonreírle a Eva Wakefield. Hija de un marqués poderoso e influyente, en pleno corazón de Londres, la elegancia y las fiestas están a la orden del día. Pero Eva nunca ha sido feliz. Su padre y su hermanastra jamás la han querido; y todo parece empeorar cuando su madre, su único pilar en el mundo, fallece y le entrega en herencia una misteriosa caja con el precepto

de que la custodie y no destape jamás los terribles secretos que contiene o, de lo contrario, **su vida cambiará para siempre**.

Pero Eva, al igual que Pandora, sucumbe a la curiosidad y abre la caja. Comprende entonces que **debe huir y ponerse a salvo pues su vida corre peligro**. Se refugia con Dorothea Landsbury, una antigua amistad de su madre, muy lejos de la ciudad; y allí permanece escondida durante ocho largos años, huyendo de su pasado mientras procura mantener la caja —y sus secretos— a salvo.

Elijah Grayson, conde de Stanton, jamás imaginó que su vida pudiera trastocarse de ese modo cuando aceptó acompañar a su amigo Damien a Norwich. Todo obedecía a un inocente cumplimiento de amistad…hasta que conoce a aquella muchacha pelirroja, su bella Pandora, cuyo pasado esconde tantos secretos como la caja que custodia.

Nada parece sencillo entre ellos al principio; chocan constantemente como el mar contra las rocas, se retan, se detestan… hasta que comprenden que la atracción que sienten por el otro es más fuerte que cualquier prejuicio o desencuentro.

Misterio, secretos del pasado y un delicioso romance que se fragua a fuego lento.

Elizabeth Bowman, nació en Galicia la primavera de 1980 y desde niña vivió fascinada por la magia de los bosques gallegos y las leyendas oníricas que encierran sus paisajes.

Cursó estudios sanitarios aunque enseguida descubrió que su verdadera pasión era la literatura. Influenciada por los grandes autores gótico-románticos del siglo XIX (Austen, Poe, Radcliffe, Bécquer...) empezó a escribir sobre lo que hoy se ha convertido en su auténtica pasión: la epoca de Regencia, plasmando en sus escritos los mundos fantásticos, elegantes y apasionados que habitan su cabeza. Mundos plagados de damas y caballeros decimonónicos, vestidos de corte imperio y salones de baile ingleses, siempre con la verde campiña como telón de fondo.

A la edad de diecisiete años publicó un pequeño poemario que apadrinó el poeta gallego Manuel María. Desde entonces colabora ocasionalmente con revistas digitales, webs literarias y foros de romántica.



Edición en formato digital: junio de 2025

© 2025, Elizabeth Bowman
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-53-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Desfase.
[2] El conocido té de las cinco, el más importante según la tradición.

Índice

Mi bella Pandora
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos Mi bella Pandora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Elizabeth Bowman
Créditos
Notas